

*Tres ensayos
sobre la mujer chilena*

LUCIA SANTA CRUZ

TERESA PEREIRA

ISABEL ZEGERS - VALERIA MAINO



Editorial Universitaria

La mujer en el siglo XIX

Teresa Pereira

INTRODUCCION

El presente trabajo tiene por objeto dar una visión de la mujer en el siglo XIX y del papel que le cupo desempeñar durante este periodo. No se trata de una rigurosa investigación histórica, ni se extraen aquí conclusiones; es más bien un ensayo, basado en datos provenientes de diversos testimonios contemporáneos. Las fuentes usadas están constituidas en gran medida por las narraciones de los viajeros que visitaron Chile durante los primeros años del siglo. Aunque ellas son una fuente histórica reconocida tienden, sin embargo, a destacar lo pintoresco e inusitado que suele no corresponder a lo más representativo y generalizado. A estos testimonios se agregan las memorias y obras costumbristas de connacionales, ensayos y artículos sobre tópicos femeninos publicados en revistas y diarios de la época.

Quiero terminar esta introducción agradeciendo a las personas que colaboraron e hicieron posible la realización de este trabajo: Cecilia Goldenberg y Virginia Kreminsky, alumnas del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.

ASPECTOS FISICOS DE LA MUJER CHILENA

El gran número de viajeros que llega al país recién iniciada la Independencia, ha retratado en sus memorias una imagen física de la mujer chilena que nos permite extraer aquellos caracteres más permanentes y significativos: el talle grueso, estatura mediana, pies pequeños, regularidad y dulzura en su fisonomía donde destaca un hermoso cutis; ojos negros y abundantes cabellos largos, brillantes y oscuros que generalmente trenzan bajo sus espaldas; las jóvenes suelen adornarlo con flores naturales, ya sea una rosa o un junco tras las orejas. Indudablemente, estos son los rasgos que caracterizan a las descendientes de la unión del conquistador español con el elemento aborigen.

Motivo de asombro es el precoz desarrollo físico en las jóvenes, ya que es corriente ver muchachas altas, robustas y desarrolladas de sólo 11 y 12 años, lo que contribuye a las tempranas uniones matrimoniales y a la gran fecundidad de la mujer chilena.

La diversidad de ambientes, de actividades y de medios económicos, va diferenciando con el paso de los años las características físicas de la mujer. La mujer campesina aumenta su obesidad y su físico se adapta a los rigores o bondades del clima. La dura realidad que enfrenta una mujer obrera deja huellas en su organismo: en la edad madura presenta una constitución más bien robusta y una estatura menos que mediana; ha perdido generalmente los dientes superiores y una serie de partos continuados le produce una vejez prematura.

Otro factor que va diversificando los tipos femeninos, es el aporte de nuevos elementos raciales que se inició durante el siglo XIX. «No hay que buscar en Valparaíso a las verdaderas chilenas, comenta hacia 1820 Alejandro Caldeleugh (designemos así a las descendientes de las razas españolas e indias mezcladas) entre las jóvenes de la sociedad, pues un gran número de extranjeros enriquecidos han casado con las nativas y le han impreso a su descendencia, el sello imborrable de una nacionalidad diferente». Estos frecuentes enlaces van introduciendo en este sector características más variadas; se hace así casi imposible definir un tipo representativo.

Abundantes retratos describen a las jóvenes de sociedad. Escogemos el testimonio de una conocida visitante inglesa, M. Graham, que, por ser una opinión femenina, esperamos sea más objetiva en sus juicios sobre los atributos físicos del sexo femenino. Al recordar una tertulia en casa de la distinguida y hospitalaria familia Cotapos expresa: «Jamás había visto tantas mujeres

hermosas. . . no me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas una de extraordinaria belleza, pero sí puedo afirmar que tampoco vi alguna fea. Son por lo común de mediana estatura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos azules y negros, y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello la diestra mano de la naturaleza. . . y éstas lindas criaturas dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapaisible y áspera«.

Al avanzar el siglo XIX, otros testimonios nos permiten ir configurando una imagen de la mujer chilena: los cuadros en que artistas nacionales y extranjeros retratan a la dama de sociedad y posteriormente, el testigo fotográfico, mudo pero exacto, que abunda en los diarios y revistas de la época. Observando las pinturas del destacado retratista Monvoisin de mediados del siglo pasado, notamos los rasgos femeninos más comunes: talle fino realzado por el vestido de terciopelo francés; cabellos castaños oscuros peinados a la moda, partido al medio y aplastado, y que cae formando bucles. Frente despejada, ojos oscuros y nariz perfilada. Se desprende del conjunto un aire de distinción y de romanticismo, estilo que hace su aparición entonces en nuestro país.

Los cuadros de Rugendas, en cambio, representan más bien tipos populares. En el »Presidente en las carreras de Renca«, vemos dentro de una gran cantidad de figuras que forman una amalgama de diversos elementos de la sociedad chilena de la época, a mujeres del pueblo similares a las de zonas rurales como Colchagua, Talca y Ñuble, que mantuvieron las características físicas criollas por excelencia a que hemos hecho referencia anteriormente, y que son producto del mestizaje continuado, que en el siglo XIX cristalizará en un conjunto racial homogéneo.

Por su parte la mujer indígena conserva en general las características etnológicas que le son propias, no obstante el mestizaje que la afectaba.

EL AMBITO DE LA MUJER

Durante el siglo XIX, la mujer se mantuvo dentro de los moldes clásicos del espíritu de la época, en que el hogar y la familia constituyen su mundo.

La vivienda y su decorado, las costumbres sociales y religiosas del periodo, nos dan el marco y el ambiente en que transcurre la vida cotidiana de la mujer.

Dos formas de vida surgen del estudio del periodo. La mujer de las zonas rurales tiene un contorno y una mentalidad muy diferentes a la de la ciudad. De ahí que sea necesario describir en forma independiente estos dos ámbitos tan diversos. El urbano es el centro del gobierno, de la cultura, de las nuevas costumbres y esto se traduce en el surgimiento de las mujeres de élite que han dejado una mayor cantidad de testimonios. Pero no debemos olvidar que el siglo XIX fue eminentemente rural, y la silenciosa mayoría de la mujer chilena se encuentra en ese campo. En efecto, a mediados de siglo la población rural constituía el 80% de la población total, en tanto que el censo de 1895 arrojó una población rural equivalente al 54% de los habitantes.

I. EL ACTIVO MUNDO URBANO: LAS FORMAS DE VIDA Y EL HOGAR

Una vez precisada la necesaria división entre la ciudad y el campo debemos llamar la atención sobre las características urbanas en el siglo XIX.

Las ciudades de Chile que presentan más interés para nuestro estudio, por existir más antecedentes respecto de ellas, son Copiapó, La Serena, Valparaíso, Santiago, Concepción y San Carlos de Ancud, que ya a principios de siglo comenzaban a revestir características de tales, siendo Santiago la más representativa.

Es posible distinguir en este periodo dos momentos que transforman claramente la vida familiar y las costumbres. La época de la Independencia y la post-emancipación, que corresponde a un periodo de transición. La sociedad necesariamente refleja en esta época la situación política imperante. El lujo que vivió el siglo XVIII dio paso a una vida más austera, manteniéndose gran parte de las costumbres coloniales que lentamente se fueron modificando.

La gracia y la belleza juvenil de la mujer chilena está plenamente representada en este retrato de doña Carmen Arriagada de Gutike, del pintor alemán Mauricio Rugendas.



Se advierte luego un periodo de consolidación. Una vez conseguida la estabilidad republicana, el país pudo expandir sus fuerzas hacia el desarrollo económico que le proporcionó un bienestar material hasta entonces desconocido. Unido a lo anterior, nuevas corrientes de pensamiento, como el liberalismo, varían la antigua estructura social.

Como consecuencia, se pudo apreciar una menor cohesión moral en la sociedad hacia fines de siglo y un refinamiento material y cultural que se exteriorizó en el salón, la vestimenta, la decoración, etc., de los grupos más altos de la sociedad.

Es interesante señalar el establecimiento en Chile de colonias europeas muy valiosas, que introdujeron en ciertas provincias del país sus costumbres. En 1854 se comprueba la existencia de 19.669 extranjeros, principalmente ingleses, franceses y alemanes. Esto constituye el 1,4% de la población, porcentaje que no es significativo, pero que se concentra en algunas zonas: Atacama, Llanquihue, Osorno y Valparaíso.

Por otra parte, hubo una expansión del mundo urbano, que vio engrosar sus filas con un contingente venido de las áreas rurales. Estos nuevos grupos determinan una mayor estratificación social, que se reflejó en costumbres diversas, según el nivel socioeconómico de cada uno.

a) *Primera mitad del siglo XIX*

El Santiago de 1820 no variaba fundamentalmente del colonial en su aspecto externo: calles empedradas, largos muros de adobe encalados o pintados de rojo, algunos campanarios, huertos floridos y dos y tres palacios constituían el conjunto.

Lafond de Lurcy nos da una acertada descripción de una casa de familia principal: «estaba en la esquina de dos calles... tenía una puerta cochera que se abría a un patio embaldosado, rodeado de corredores; a los lados estaban las piezas ocupadas por los niños. En el fondo, frente a la puerta de entrada, estaba la antesala, el salón o cuadra y el comedor... »La puerta de la antesala, que ocupaba uno de los lados del frente, conducía a un segundo patio, rodeado igualmente de corredores donde estaban los dormitorios de la familia. En el centro reposábase agradablemente la vista en un jardín adornado con un bonito juego de agua. Al fondo, la cocina comunicaba a otro patio, donde habitaban los sirvientes, bajo la dirección de una anciana llavera».

En el interior de las viviendas se fue incorporando el mobiliario de procedencia inglesa o francesa. El interés por adoptar la última moda se manifiesta

en la gran aceptación que tenían los vestidos europeos, los objetos de uso corriente, como utensilios para el té, y los escritorios y costureros de manufactura británica.

En los salones, el estrado comienza a desaparecer y se colocan largas filas de sillas frente a frente, que reemplazan a los cojines y taburetes. El piso es de ladrillo y cubierto con un petate; una tira de alfombra suele colocarse bajo los asientos. Las flores, algún fanal y el infaltable mate adornan la mesa. En el pebetero de plata, se queman pastillas olorosas para perfumar el ambiente. Las casas de las principales familias están amobladas con más lujo. Sofás y sillas forradas en brocato, grandes espejos, finos tapices, pianos ingleses, que habían estado de moda en París tiempo atrás, son los principales elementos de decoración. El dormitorio de doña Mercedes Marín de Del Solar era un ejemplo característico: la pequeña mesa donde se encontraban sus libros y útiles de costura; el gran brasero de plata; el majestuoso lecho francés; el piano abierto, la guitarra, el ostentoso reloj de bronce, las flores en un jarrón y el perfume fragante del zahumerio, permiten adentrarse en la atmósfera que rodeaba a una dama de la sociedad.

Los ranchos de los habitantes más humildes se construían con postes de espino y vigas de canelo que se amarraban con tiras de cuero. El techo era de paja o de totora; las murallas, empalizadas con revoques bastante deteriorados. Los muebles eran escasos, generalmente había una o dos camas, que ocupaban los mayores de la familia. Los niños y los jóvenes dormían sobre cueros tirados en el suelo; «encontré viviendas de mejor condición, muchas de las cuales tenían su huertecito con cerezos y manzanos, algunas hortalizas y flores. En el corredor de una de ellas, una mujer tejía un paño azul, muy basto»¹.

Las velas de sebo eran el alumbrado común de la época y las estufas, un lujo excepcional. El confort era algo desconocido en Chile e incluso las familias más ricas vivían modestamente en el interior de sus casas.

La vida transcurría plácidamente; las comidas y la larga siesta interrumpían los trabajos, las visitas y las tertulias.

La comida era demasiado cargada de ajo y aceite para el gusto extranjero. Constaba de varios platos: una ligera entrada, luego el caldo, a continuación la olla podrida (que contenía las carnes y verduras de la estación) y después el lomo, el pescado o el ave, uno de los cuales era plato intermedio. Como postre, frutas de la estación: sandías, higos, uvas. Al final de la comida

¹ Maria Graham. *Diario de mi residencia en Chile*, p. 39. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, Santiago 1972.

aparecen confites, chancaca, camotes, helados, etc. Los vinos eran del país, españoles y franceses, según el gusto del anfitrión. Era considerado como muestra de atención dar comida de su plato a un amigo, servir con la cuchara que se estaba comiendo o insistir tomara algo directamente de la fuente.

En los estratos medios, cuando había invitados, se comía en el salón en una pequeña mesa y todos se servían de la fuente común; incluso los trozos de carne se sacaban con la mano.

La alimentación era abundante en todas las clases sociales; el pueblo comía a orilla del fogón de la cocina el asado o la cazuela de ave que es reemplazado a veces por el valdiviano y el charquicán.

Durante las tertulias se sirven dulces y bizcochos. Cada dama saca de la fuente un poco del dulce con el tenedor y lo lleva a la boca. El dulce es a veces de una consistencia poco más espesa que la de un almibar y hay que enroscarlo con destreza. (Era el dulce de cayote de origen andaluz). Después llega una bandeja con copas de agua.

La comida era objeto de una serie de rituales en los galanteos femeninos. Después de un almuerzo campestre »princiaron a circular en la punta de los tenedores los pequeños trozos escogidos de las viandas que las damas enviaban a los hombres como una manifestación íntima de preferencia y de amistad. El favorecido contestaba de la misma manera, con gran estupefacción de uno de los convidados recientemente desembarcado². También se acostumbraba rogar a una dama que endulzara el licor, bebiendo del vaso primero y los jóvenes cambiaban de vaso enlazando los brazos y vaciándolo sin derramar una sola gota en el vestido de la dama. Todas estas libertades eran demostraciones de afecto un poco vivas, pero que no encerraban ningún mal pensamiento.

El uso del mate seguía siendo general; casi siempre era de plata, incluso en las viviendas más modestas. Su preparación era todo un ceremonial: una de las jóvenes o señoras de la casa colocaba la yerba y el azúcar y le vertía el agua caliente, la que provenía de una tetera que se encontraba sobre un brasero encendido. Luego probaba la bebida y lo hacía circular entre todos los presentes con la misma bombilla. »El primero de nosotros que se sirvió, cuenta Max Radiguet, saltó como con delirio; y dejó caer a sus pies la bebida infernal: había recibido en la boca una sustancia líquida, hirviente y devoradora como el plomo fundido. Esta mala aventura despertó nuestra pruden-

²Gabriel Lafond de Lurcy. *Viaje a Chile*, p. 55. Editorial Universitaria. Santiago, 1970.

cia, y pudimos saborear sin inconveniente este licor, cuyo aroma y gusto nos parecieron preferibles a los del té³. En las casas más acomodadas se servía también té chino, queques y helados en las tardes.

El tabaco se consumía en grandes cantidades y no sólo entre los hombres; todas las mujeres, con pequeñas excepciones, fumaban. Se comentaba como algo extraordinario que la familia Lecaros hubiese prohibido fumar en el salón.

El traje de las chilenas era bastante parecido al de las inglesas y francesas, pero por lo general no usaban sombrero ni capota. Se colocaban un pañuelo en la cabeza, o un manto que cubría los hombros y caía en largos pliegues hasta la rodilla. Trenzaban su pelo en la espalda o lo levantaban con buen gusto con un hermoso peinetón de carey e incluso de oro, para ocasiones más especiales. Las campesinas y mujeres del pueblo usaban el llamado rebozo, pieza cuadrada de tela (que lo usaban todo el tiempo, avergonzándose si se las veía sin él, andando como ellas decían »en cuerpo«), sobre una blusa blanca o de color y una amplia pollera, en géneros de lana o de calicó británico o hindú y medias de algodón. Las más acomodadas sustituyeron poco a poco el rebozo por los chales de satín o terciopelo francés. »El chal de una chilena elegante es una prenda de vestir muy rebelde, pues sucede muy a menudo que se desliza del hombro y exhibe así un hermoso cuello... que las señoritas siempre quieren ocultar⁴. Para ir a la iglesia mantenían el traje español, es decir, de negro y con mantilla.

Se conservaba la costumbre de hilar, tejer y teñir las telas y hacerse la ropa de uso personal en la casa; los zapatos y los sombreros eran los únicos artículos que se compraban.

Las damas de sociedad usaban el manto por las mañanas solamente para ir a misa, y luego permanecían en la casa con vestidos hechos por la familia. »El corte general era de manga muy ancha, la cual contenía otra manga... que ocultaba el brazo hasta la mano. Para salir de visita se usaba como mejor prenda el vestido de terciopelo, aun en los meses que no eran de invierno y un chal más encima, terminado en punta por detrás, generalmente de rica cachemira de la india... un retrato del marido rodeado de brillantes... un peinado de morcillones con crespos⁴.

En la isla de Chiloé las damas tenían una extraña costumbre: rara vez

³William Ruschenberg, *Noticias de Chile. 1831-1832*, p. 36. Editorial del Pacífico, Santiago 1956.

⁴Ramón Subercaseaux, *Memorias de 50 años*, p. 71. Imprenta Barcelona, Santiago 1908.

usaban medias y zapatos en su casa y llegaban a la iglesia descalzas andando por el barro; se ponían los zapatos al entrar, para volver a quitárselos al salir.

Las chilenas en su gran mayoría no usaban cosméticos, como carmin, polvo de arroz, postizos, etc., salvo aquellas menos dotadas por la naturaleza. Sin embargo nunca dejó de oírse a todas horas en las calles de Santiago la voz chillona de una vieja que de puerta en puerta repetía: ¡Solimán crudo!; líquido blanquecino con que las mujeres se friccionaban el cuerpo y que fue base de los futuros afeites femeninos.

En sus recuerdos, Pérez Rosales hace mención de ciertos atributos femeninos: »Merced a la sencillez y a la limpieza del vestido corto, nunca profanado por la tierra y las inmundicias de la calle, lucía en todas partes la airosa santiaguina uno de sus más inocentes y poderosos atractivos, aquel pulido y bien calzado pie que nunca deja de admirar la raza sajona cuando visita las regiones meridionales«.

Lo más característico de la vida social y familiar de la época eran las tertulias o reuniones en casas particulares, en que siempre presidía la señora de la casa.

William Ruschenberg, oficial de marina norteamericano, hace una vívida y detallada descripción de una tertulia en el salón de una doña Juana, en Valparaíso. Allí residían tres hermanas trigueñas que peinaban el cabello en dos grandes rollos sobre cada sien; lucían chales de crespón de china bordados y vestidos de muselina francesa y en el cabello rosas y claveles. Se servía el con-sabido mate y el té en una bandeja y, más tarde, llegaban los licores y alfajores. Las hijas tocaban el piano y cantaban. Al llegar algunos caballeros, llamaba la atención la frialdad que se empleaba en recibirlos. Las mujeres, en cambio, eran efusivas con las visitas femeninas. La conversación se animaba de a poco; se criticaban los vestidos, se hablaba de teatro, de la enfermedad de algún miembro de la familia, y de los acontecimientos recientes de Lima y Buenos Aires. Antes de despedirse, la dueña de casa ofrecía flores a cada una de las visitas de una manera muy primorosa. Este regalo se acostumbra hacer en las primeras visitas y era una manera de manifestar que siempre serían objeto de una cordial acogida.

Extrañaba a muchos visitantes extranjeros la costumbre de las mujeres de sentarse en el estrado en sofás y sillas a lo largo de la muralla, separadas de los hombres. Pero estas limitaciones cedían muy pronto a la viveza del carácter, pues las jóvenes solían pararse e ir a conversar. De pronto, cuando se tocaba el piano o la guitarra, todos se agitaban, pues era la señal para el baile.

Las chilenas se distinguan, muy especialmente durante este periodo, por su afición a la danza. Los gestos y movimientos que debían efectuar les permitían lucir sus encantos. La danza más corriente en los salones era el ceremonioso minuet, más descuidado que en Europa. También se bailaba la alamanda, las danzas españolas y las cuadrillas introducidas por los ingleses. Se incorpora el cuando de Argentina y la popular zamacueca desde Lima, donde la mujer del pueblo despliega su donaire.

En las ciudades de provincia poco difieren las reuniones sociales de sus congéneres santiaguinas. En Copiapó, que adquiría día a día más impulso debido a los yacimientos mineros, se celebraban las tertulias para festejar acontecimientos especiales como bautizos y matrimonios. El minuet abría la sesión, bailado por la notabilidad femenina más importante; después se arriesgaban las demás damas.

Más tradicionales eran las costumbres en el populoso barrio del Almendral, en Valparaíso, donde las mujeres se sentaban en fila y nunca quitaban sus chales de la cabeza. Se tocaba el arpa, la vihuela y la guitarra, se cantaban aires patrióticos mientras algunas jóvenes trabajaban en labores de mano.

La recadera era un personaje insustituible para los acontecimientos sociales. Llevaba los saludos e invitaciones: «de parte de misia... que su merced tenga muy buenos días...» y continuaba su mensaje. Habíalas tan expertas que eran prestadas en ocasiones importantes.

La vida al aire libre y los paseos al campo era la distracción preferente de las familias chilenas. Las señoras de más edad iban en carretas, pero el caballo era el medio de movilización usual en estas excursiones. Las jóvenes montaban en sillas inglesas. «La generalidad de ellas, dice Mary Graham, vestía casacas de color, largos vestidos blancos y sombreros adornados con flores y otras veces plumas». Los días festivos era corriente ver a las mujeres recorrer a caballo la ciudad.

En los alrededores de Copiapó, los habitantes iban al río a refrescarse del calor; las mujeres eran buenas nadadoras y, al parecer, según comentarios de viajeros, se bañaban en un estado bastante natural, pero separadas de los hombres.

En Santiago era frecuente ver a las jóvenes y señoras en las tardes por el Tajamar, reemplazado más tarde por el paseo de la Cañada. Iban en calesas, carruajes de pobre aspecto, tirados por una mula, conducidos por cocheros con libreas chillonas: «calzones rojos, casaca verde, sombrero de picos con forro amarillo y frecuentemente con un haz de plumas». Las calesas se colo-

caban en fila, y los jinetes, haciendo proezas ecuestres, se acercaban a conversar.

Nunca se veía a un caballero acompañando a una señora en estos carruajes, aunque fueran marido y mujer, quienes, por lo demás, pocas veces aparecían juntos en público.

Las jóvenes debían pasear siempre acompañadas por una mujer de respeto que abría la marcha; seguían en filas las hijas o muchachas y los jóvenes a la retaguardia. Estos sólo lograban algún signo de aprobación a través de una mirada o del movimiento del abanico.

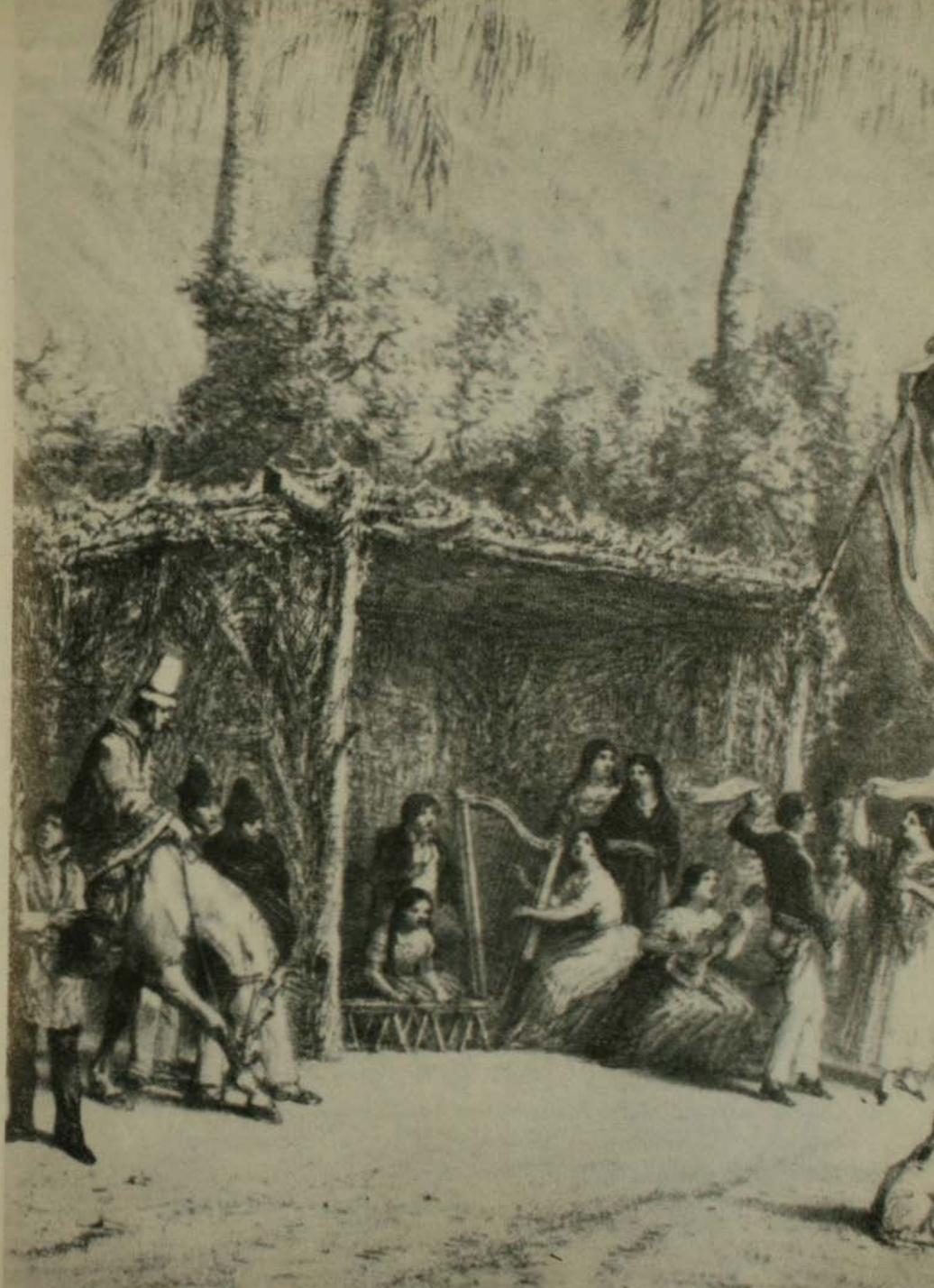
Después de la independencia, el teatro nacional pasó a ser frecuentado, no sólo por el pueblo, sino que por las clases más cultas. Las damas asisten de gran toilette y con peinados de buen gusto, a las primeras filas, que son los palcos privados. En la platea están «las tapadas», damas que por no tener palco, o no haber cambiado de vestido, mantienen el incógnito con un chal sobre sus cabezas.

Las carreras de caballo constituyen una importante diversión; a ella concurren hombres y mujeres de todas las condiciones y edades. Las señoras van en grandes carretas entoldadas tiradas por bueyes y parten en la mañana temprano, llevando consigo provisiones para todo el día. El incentivo femenino para asistir es el cultivo del trato social.

El carnaval era una institución anual, que duraba oficialmente tres días al año, seguidos de cuarenta días de cuaresma. Todos participaban y se disfranzaban alegremente. Era la oportunidad que tenían muchos galanes de saber si eran correspondidos, ya que se permitían algunas libertades prohibidas por la rigidez de las costumbres.

El pueblo sentía gran entusiasmo por las chinganas y los cafés. Junto con beber vino y chicha y comer buñuelos fritos en aceite, se bailaba al son del arpa, la guitarra y el tamborín, que con mano robusta golpeaba una mujer. Un conjunto femenino cantaba canciones amorosas y patrióticas. La chingana más conocida y antigua era la de «doña Teresa Plaza», entre el Tajamar y la Cañada. Hacia el año 1831, llegaron las famosas petorquinas que recuerda Zapiola, tres hermanas que produjeron una revolución por la perfección y novedad de su canto y baile que eran acompañados por una gran fineza en la ejecu-

Las fiestas populares chilenas eran armonizadas al son de arpa y guitarra por mujeres de nuestro pueblo. Las cantoras estaban siempre presentes en toda celebración popular.



ción. En la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, era rara la casa que no tuviera ese destino. Mujeres y niños concurrían también asiduamente a las chinganas. Las damas de Santiago asistían y observaban durante un rato sin participar activamente; a veces iban de tapada a sorprender a los maridos y novios.

La santiaguina asistía a las fiestas religiosas con gran puntualidad. Al concurrir a misa llevaba a falta de silla una pequeña alfombra para sentarse con las piernas entrecruzadas. Esto constituía una curiosidad muy remarcada por los extranjeros.

Conocida anécdota es la que protagonizó doña Manuela Warnes de Prieto, al asistir a un oficio religioso en julio de 1821, algo escotada y con mantilla en vez de manto; el ostiario y futuro obispo José Alejo Eyzaguirre, la hizo retirarse; ella reclamó a O'Higgins, quien ordenó el destierro del distinguido sacerdote.

La Semana Santa era observada rigurosamente: el Miércoles Santo llevaba la mujer en su frente una cruz de ceniza, que el sacerdote le había impuesto. El Jueves Santo, las calles estaban llenas de grupos de mujeres que se dirigían a visitar iglesias y el Domingo de Ramos recibían durante la misa una pequeña reliquia bendita, que era de singular importancia para la mujer del pueblo.

Algunas procesiones, como la de Corpus Christi, gozaban de gran popularidad. «La marcha imponente de la procesión por la carrera que le formaron las filas de la guardia civil, el recogimiento religioso del acompañamiento, el ruido de las armas, de las campanas y de la música», formaban un cuadro no sólo religioso, sino poético, según recuerda el ameno costumbrista Jotabache. Gran medida del éxito se debía al aporte de la mujer, pues acostumbraban las señoras a decorar los altares, que rivalizaban en belleza, adornados con flores y joyas.

Corrientes eran las mandas y votos que se ofrecían para obtener la salud de los parientes. Mujeres de alto rango se vestían de rústicos géneros, medias de algodón y zapatos toscos.

El pueblo, especialmente las mujeres, concurría con fervor a las fiestas de sus santos patrones. Ciertas tradiciones indígenas imprimían un sello característico a las costumbres religiosas populares. Clásico ejemplo es el de los niños muertos, pequeños angelitos que vuelan al cielo, velados con un ritual de alegría patética. Para Nochebuena, todas las mujeres, sin excepción de clases sociales, estrenaban vestidos nuevos. Si era necesario, los nuevos trajes eran pagados en mensualidades o fiados.

La imagen de la mujer y el hogar

La mujer fue durante el siglo XIX en Chile el centro del hogar. En la época se consideraba que la más importante de las actividades que podía desarrollar era, precisamente, el cuidado de los hijos y los quehaceres domésticos. Así, doña Mercedes Marin de Del Solar, al repartir los premios a las alumnas de un colegio en 1848, declaró que: «sólo el desorden de las costumbres, el trastorno de todos los principios, pueden hacer que se miren en una sociedad como bajos, y despreciables los cuidados caseros».

El hogar era el centro de toda la actividad de la época: vida familiar, cultural, social, constituyendo también en muchos casos la base de grupos políticos de importantísima actuación en la vida institucional de Chile.

La vida familiar tuvo un carácter y estructura patriarcales, transmitidos por el ancestro español. La familia era numerosa debido al crecido número de hijos y a que albergaba a parientes solteros y viudas, con lo que se llegaron a constituir poderosos clanes cuyas ramificaciones alcanzaban prácticamente a todos los sectores de la actividad nacional.

Lafond de Lurcy relata su primer encuentro con una familia chilena santiaguina: «me encontré en el salón de la casa con la madre de toda la familia, doña Carmen Landa de Iñiguez —expresa—. A pesar de sus 60 años, me pareció muy bien conservada. Su aspecto severo, lleno de dignidad, hacía notar en ella el hábito del mando, lo que no era de extrañar en el jefe de una familia tan distinguida. A la vista de tantos sobrinos y nietos, yo le dije a la dueña de casa: Señora, ¿tiene usted una familia bastante numerosa? Usted no conoce a todos sus miembros, me contestó ella. Luego conocerá en Santiago mucha gente sin salir de mi familia». El padre era el señor y jefe indiscutido, pero la madre era, como vemos, la reina majestuosa dentro de su hogar.

Los hijos, al contraer matrimonio, seguían generalmente viviendo en las casonas paternas. El matrimonio era concertado por los padres o requería al menos de la autorización de ellos, quienes examinaban con detención los méritos del pretendiente y a veces acordaban una dote siguiendo la costumbre colonial. Los extranjeros fueron fácilmente admitidos por las clases altas. En La Serena y Valparaíso por ejemplo, muchos de ellos descollaban en el comercio y se casaban con chilenas de origen tradicional, para fundar destacadas familias que desempeñarían un gran papel durante la segunda mitad del siglo XIX: Ross, Edwards, Gallo, Subercasseaux, Lyon, etc. La mujer cumple así un papel importante de enlace y ascenso de nuevos elementos sociales.

Las personas de edad eran objeto de respeto y veneración. Como el matrimonio se efectuaba a temprana edad, las generaciones convivían durante largos años. La abuela reunía a los hijos y nietos a su alrededor para contar hechos y recuerdos por ella vividos; era el custodio de la tradición y de la austeridad en las costumbres.

A las criadas encargadas del servicio doméstico se las consideraba parte de la familia, especialmente a las dedicadas al cuidado de los niños. En las clases acomodadas eran numerosas, y debían preocuparse del aseo y la cocina y acompañaban a las niñas en sus salidas fuera de casa. Habíalas algunas que cumplían labores más variadas, como la retratada en la espontánea carta de doña Adriana Montt de León a su hijo: »Te dije en la anterior que había destronado a la Hermenegilda, mi amanuense, pues ésta se había puesto muy habladora y cuanto pasaba lo contaba al revés, debido a la vejez... Como yo ya no sabía leer, la tenía para que también me leyera cartas, ella era todo para mí, pero le he hecho una pillada, no me las leía entera ni ponía lo que le dictaba...«. Las mamás ayudaban a educar e inculcaban en la niñez usos y creencias de un mundo mágico de origen rural o indígena. A veces nacían en la casa del abuelo y morían en la del nieto. »De todas esas buenas mujeres con la que más regaloneaba era con mi manenena. Ella había criado a mi mamá y por eso pretendíamos con ese nombre decirle mamá-abuela. En las tardes de invierno ella nos entretenía contándonos cuentos de príncipes encantados, que nos gustaban muchos«... »para dormirmos por la noche, mi 'manenena' nos cantaba el *Ven a nuestras almas, Oh Espíritu Santo* o algún otro canto místico, lento, monótono, con lo que pronto se dormía ella y nosotros⁵.

Las costumbres familiares eran austeras, un fuerte sentido cristiano las guiaba. Se dedicaba un buen rato del día a la lectura del *Año Cristiano*, que no faltaba en ningún hogar. Todas las madres y dueñas de casa de la época reunían diariamente por las tardes a la familia y los sirvientes para el rezo del rosario. Los domingos se añadía una pequeña instrucción religiosa y se recitaba la doctrina con sus clásicas preguntas y respuestas.

No hay duda que la estructura familiar debió ser profunda y sólida, pues pudo resistir todas las vicisitudes que sobrevinieron al país durante sus primeros años hasta 1830: las luchas por la emancipación, la separación en las familias entre realistas y criollos, la desorganización, etc. La zona sur se vio más afectada, especialmente Concepción, con las sucesivas expediciones españolas que arrasaban el territorio al igual que los ejércitos patriotas.

⁵ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, p. 42. Editorial Orbe, Santiago 1942.

La constitución de las familias no tuvo así la cohesión que alcanzó en Santiago. Las clases sociales se resintieron en sus modales y cultura. Existía mayor pobreza, difícilmente se podían restaurar las casas y estancias y éstas dejaban ver las huellas de la guerra.

Una mayor familiaridad reinaba en las costumbres, acota el diario de John F. Coffin, comerciante americano capturado con su buque en Talcahuano: »En la elección de compañero del momento me ha parecido que se presta poca atención a la posición social aun entre las mujeres, y el señorito más rico de la comarca se chancea con su lacayo con igual familiaridad que con un hermano. He aquí que en el porte y en la conversación se advierte entre todas las clases sociales cierta desenvoltura y naturalidad«.

Muchos salones en los hogares de familias principales, desempeñaron un papel más allá de lo estrictamente social y familiar. Algunos fueron verdaderos núcleos de la revolución de la Independencia y la mujer fue el alma de todos ellos. Sobresale entre otros el de doña Javiera Carrera quien se dedicaba por entero a esta causa. La casa de doña Luisa Recabarren de Marin fue el centro de reunión de hombres destacados. Camilo Henríquez, Gregorio Argomedo, Juan Mackenna y otros asistían frecuentemente. Era una mujer culta y conocedora de la literatura francesa. El hogar de doña Antonia Salas de Errázuriz acogía a los desamparados, su único fin era hacer el bien y llevar la paz a los angustiados.

Hacia 1840, en un periodo de estabilidad política, doña Isidora Zegers de Huneeus inauguró en sus salones la moda de las reuniones musicales, invitando a los cantantes y pianistas extranjeros de paso por el país. Cultivaba las principales relaciones de la época, entre ellos, don Andrés Bello, José J. Vallejos, Manuel Antonio Tocornal, Mercedes Marin, Rugendas y Monvoisin, que pintó su retrato.

Enriqueta Pinto, casada con el Presidente Bulnes, de esmerada educación, hizo también de su hogar un centro social y cultural. Chile se convirtió, desde el gobierno de Prieto en adelante, en refugio de los sudamericanos que huían de la agitación política de sus países. Doña Emilia Herrera de Toro no estuvo ajena al sentimiento de hospitalidad: para muchos de estos emigrados constituyó un segundo hogar el de la familia Toro-Herrera. »Mitre meditó en Lo Aguila su monumental *Historia de San Martín*. Sarmiento borroneó las páginas densas y apasionadas del *Facundo*. Alberdi allí dio comienzo a sus *Bases* y Juan M. Gutiérrez a sus más inspirados versos«⁶. La afición política y el senti-

⁶Luis Gálvez, *Emilia Herrera de Toro*. Artículo de El Imparcial. 8-VI-1955.

miento americanista fueron incubándose en el espíritu de doña Emilia y conformaron las bases de su futura acción pacificadora en las relaciones chileno-argentinas.

La imagen de la mujer que surge de los testimonios de la época, presenta algunos rasgos que podrían indicarnos en alguna medida su modo de ser. Los antecedentes que tenemos acerca de la mujer de sociedad, son más precisos, pues los viajeros se hospedan en familias acomodadas de Santiago y Valparaíso, y los costumbristas y memorialistas pertenecen a los grupos altos de la sociedad y se refieren en forma más extensa a las mujeres de su ambiente.

Los rasgos externos más señalados entre otros son su cortesía natural y sencilla, sus maneras afectuosas y espontáneas, su franqueza en el actuar, que incluso hizo reflexionar a un viajero ante el juicio equivocado que a veces ello provocó: »recuerdo que en un primer viaje algunos ingleses, tan ignorantes como yo era entonces en esta materia, me contaron algo sobre la inmoralidad general de Santiago, pero después vi que encontraron razón para cambiar de idea y confirmarse en ello al ligarse en nudo matrimonial con alguna bella hija del país«⁷.

Las expresiones de amabilidad no eran en la mujer una mera fórmula. Cuando hacían amistades éstas eran generalmente sólidas y duraderas... »No se conforman con recibir amablemente a los forasteros, sino que han conservado otra costumbre muy sugestiva. Poco después de la llegada, las mujeres entregan al huésped un pequeño regalo, de cierta manera como un testimonio de la amabilidad y buena voluntad con que podrá contar, siempre que éste se les haya acercado desde un principio en forma atenta e interesada, como lo requiere la costumbre. A veces se tratará de una rosa o de una simple fruta, o en otros casos será una esfera de cera, llena de agua olorosa, en cuya preparación las mujeres empeñan una buena parte de sus conocimientos caseros«⁸.

En la lejana Chiloé, en la ciudad de San Carlos de Ancud, las mujeres son descritas con rasgos similares, como de muy buen natural y dispuestas a abrir sus puertas y recibir en la medida que sus medios lo permiten. Se agregaba a ello una cierta desenvoltura y curiosidad que sorprendía a más de

⁷Samuel Haigh, *Viaje a Chile en la época de la Independencia* 1817, p. 68. Editorial del Pacífico, Santiago 1955.

⁸Eduard Poeppig, *Un testigo en la Alborada de Chile*, p. 112. Editorial Zig-Zag, Santiago 1960.

algún extranjero: »nos sucedía a menudo ver entrar a muchas jovencitas que iban a sentarse en el estrado ¿Qué deseáis? les preguntábamos, 'haceros una visita' nos contestaban con negligencia, como si se hubiera tratado de la cosa más indiferente del mundo»⁹.

Cuando un extranjero deja de concurrir a un salón una o dos veces, relata el francés Radiguet, »puede esperar ser sometido a un agradable interrogatorio, cuyo tema será esta frase repetida treinta veces por las señoras: ¿Está usted enamorado? Como se comprende una respuesta afirmativa no hace más que aumentar el número de preguntas... Por lo demás las chilenas son dos veces mujeres cuando se trata de penetrar un misterio de amor«.

La agudeza en las observaciones, la sutileza de ingenio y la gracia suplían la falta de educación en las jóvenes. La ignorancia no era acompañada de la vulgaridad sino que al contrario parecía que »la simplicidad de carácter se aproxima a la más refinada educación, y una jovencita inglesa, bien nacida y educada no se diferencia mucho en sus modales de una niña chilena«. Así lo relata la conocida viajera, Mary Graham.

Algunos hábitos feos a la mirada inglesa, subsistían aún en algunas señoras, como aquélla que fue observada en una importante reunión social, escupiendo sin cesar y con destreza en un artefacto especial para ello. Las damas de una principal familia de Concepción no utilizaban pañuelo, acudiendo en caso de necesidad al empleo de sus dedos.

Las jóvenes eran poco aficionadas a la lectura, en cambio el cultivo de la música es algo digno de destacar, considerando los medios de que se valían para su aprendizaje: la madre enseñaba a su hija mayor el clavicordio o la guitarra y ésta a su vez lo enseñaba a sus hermanos menores. Las labores de mano completaban su formación. La joven era educada para el matrimonio: ser una digna esposa y cumplida dueña de casa y cuidar de la educación de sus hijos; ésta, que era su futura misión, no necesitaba de mayores conocimientos según el criterio de la época. Hay otros caminos que las jóvenes escogían en gran número durante este período: la vida conventual.

»A las niñas de las clases más altas, desde la infancia se les enseñaba aquí cómo deben vestirse, mirar y comportarse como señoras, y esto con pocas excepciones, constituye la parte principal de su educación«, comenta Schmidmayer y relata además sus experiencias con las niñas de corta edad: »toda vez que quise levantar a una niña de 6 ó 7 años para jugar o reír con ellas, retrocedieron muy serias, pero tratadas como una mujer, una niña un poco más alta

⁹ Gabriel Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile*, p. 109. Editorial Universitaria, 1970.

que un repollo, se mostrará enormemente complacida, se treparía en un sillón y allí con un abanico imitará ridículamente a su madre«. Así desde pequeñas van reflejando el comportamiento del futuro.

Hay algunas excepciones, como el retrato de una joven de sociedad, Luisa Ñiiguez, descrito por Lafond de Lurcy: »era tan agradable, tan buena, velaba por los hijos de su hermana con tanta solicitud, que no se podía verla sin estimarla. Tenía además un talle amplio y elegante y había en sus maneras un gracioso abandono. Su educación había sido muy cuidada. Su padre, hombre distinguido, habíase esmerado en instruirla, haciéndola seguir los estudios de uno de sus hijos que destinaba a la carrera del foro. Hablaba latín como un pequeño profesor y servía de tal a un hermano pequeño. Tales conocimientos no la habían hecho pedante; mostrábase siempre sencilla, dulce, modesta y servicial en exceso«.

El modo de ser interior de la mujer se reflejaba en sus devociones. Uno de los rasgos en que coinciden los testimonios es en señalar que la mujer chilena de todos los grupos sociales era devota. Ponían en práctica sus creencias religiosas con franqueza y con la conciencia de cumplir un deber sagrado.

Paralelamente al ambiente ya descrito, el pueblo se iba agrupando en pequeños núcleos en los alrededores de la ciudad. Lo constituían, principalmente, artesanos o clientelas de las familias más importantes.

La familia del pueblo era también sumamente numerosa; en gran cantidad llegaban los hijos al hogar dando pruebas de la fecundidad de la mujer chilena. La constitución de estas familias era sumamente defectuosa, pues existía gran ignorancia y también dejación para contraer matrimonios.

El compadrazgo era un rasgo muy definido en las relaciones sociales y era fuente de profundos lazos de amistad mucho mayores que el parentesco.

En el seno del hogar las familias modestas se conducían en forma cortés y educada, »los hijos eran respetuosos con sus padres y éstos reservados e indulgentes con ellos«, son impresiones bastante generalizadas de los viajeros.

La mujer ocupaba un lugar secundario en el hogar en lo referente al aspecto social y cultural. Sus quehaceres eran eminentemente prácticos, pero al mismo tiempo era el lazo de unión en la familia y resguardaba la moral.

Una serie de actividades llenaban su tiempo: preparar alimentos para la comida, lavar y coser la ropa y muchas veces el tejido y teñido de las telas que se hacían en el hogar. Infaltables eran la rueca y los telares para el hilado de bayeta con que vestían, lo que explicaremos con más detalle en las costumbres rurales.

La imagen de la mujer modesta, como expresamos anteriormente, es más difícil de conocer pues hay menos testimonios que nos indiquen su modo de ser. La mujer era tratada con cierta deferencia en el hogar, pero fuera de él »se preocupan poco los hombres de agradar a las mujeres y no buscan jamás la ocasión de portarse amables con ellas. Las mujeres, desdeñosamente tratadas por sus compatriotas, no adquieren los hábitos de la sociedad; la desconfianza en sí misma engendra la timidez, i pierden toda seguridad cuando un extranjero les dirige la palabra«, tal fue la impresión del capitán B. Hall a su paso por Chile. Vemos así que la mujer del pueblo estaba confinada enteramente al mundo de su hogar. Su educación era sumamente descuidada, pocas sabían leer y escribir, pero debemos agregar que algunos testimonios nos dicen que tenían un trato natural más fino en lo que se relaciona con las costumbres que los hombres de su clase.

La conformidad con su condición de vida es un rasgo que también se advierte en la mujer del pueblo. En el pobre contorno que la rodea, ella muestra con orgullo y optimismo a los visitantes sus artes culinarias, las flores que cultiva y sus trabajos de artesanía.

Tiene además la mujer modesta una fe espontánea en que se mezclan los temores ancestrales y la tradición indígena con los principios cristianos.

b) *Segunda mitad del siglo XIX*

Con el intendente Vicuña Mackenna se inició una era de transformaciones, se inauguraron edificios públicos de carácter administrativo, los »hoteles de Ville« de estilo renacimiento y fue adquiriendo la ciudad un aspecto moderno. Contribuyó también a este cambio la construcción de grandes mansiones, principalmente por los magnates mineros. Coexistían siempre con estas nuevas edificaciones las antiguas casonas de corte colonial, que fueron reduciéndose paulatinamente de tamaño. Algunos de los propietarios de casas de dos pisos arrendaban los altos.

Adornaban los salones los sofás tallados en forma de medallón, tapizados en rico brocato; lujosos cortinajes y grandes espejos en cuyos marcos dorados se veían escenas mitológicas, en el comedor destacaban las finas vajillas y cristales de Baccarat. Se acentúa hacia final de siglo la tendencia a la moda francesa: las porcelanas de Sévres, los muebles con tapices Aubusson que recuerdan los reinados de los últimos Luises; los salones del Palacio Cousiño lucen maravillosas cortinas de Lyon y la sala de baile está decorada en el más puro estilo Luis XVI.

Las casas de las familias más modestas eran de menor tamaño, pero primaba también en ellas la construcción alrededor de un patio. Su interior conservaba el estilo tradicional.

El pueblo construyó sus viviendas en base a una a dos piezas, donde duerme la familia. El suelo era apisonado o entablado, las murallas blanqueadas y el techo de tejas de madera o de zinc. Junto a la casa construyen la cocina y el lavadero y suele haber un pequeño galpón que sirve de bodega o taller según el caso. Una mesa grande, bancos y sillas, veladores, un par de camas, cajas de madera para guardar la ropa, perchas, algunos espejos y estampas religiosas constituyen el escaso mobiliario.

La fuerte inmigración del campo a la ciudad hizo surgir el conventillo: »Cada individuo o familia, ocupa una o dos piezas. Las mujeres en cuclillas delante de un brasero, hacen generalmente la cocina en el estrecho camino entre la larga fila de piezas, que se alinean como camarotes en un barco« fue el cuadro que impresionó al viajero C. Wiener que visitó al país en la década del sesenta.

Se han acentuado los contrastes entre las viviendas de las ciudades, pero en su interior aún no existen muchas comodidades. La mayoría de las casas de las familias acomodadas tiene alumbrado de gas, y la calefacción no se utilizará en Chile hasta el siglo xx.

Las comidas se han simplificado; siempre se comen tres platos: una entrada, el llamado guiso de Viernes que reemplaza a la carne en Viernes Santo y después la carne o ave con su acompañamiento. El mate en las clases altas está ya en desuso; se sirve té y queque junto con los dulces chilenos, entre ellos los alfajores, que son los preferidos.

En las grandes comidas, los nombres franceses invaden el menú: Huitres, Tournedos a la Rossini, Crème Saint Germain. Una serie de recetas culinarias extractadas de revistas femeninas, sugieren a fines de siglo licor de los Benedictinos, jarabe de naranjas, sopa de ranas, pichones en salmorejo, tripes a la mode de Caen, torta maulina, carlota rusa o brioches.

La base de la alimentación de una familia obrera de situación holgada eran las legumbres como el frejol y el trigo, y bebidas como el té y el café. El desayuno en la mañana consistía en pan y té o café con leche que se preparaba en un brasero. A las 12 se hacía la llamada comida principal, en que se servían dos platos: uno podía ser carbonada, charquicán o puchero; el segundo porotos, chuchoca o frangollo; mote o zapallo asado. La tercera comida era alrededor de las 8 ó 9: un causeo (carne fiambre, cebolla cruda y condimento) o nueva-

mente café con leche al que se agregaba queso. Gran abundancia de condimentos, ajo, aceite y color aderezaban la alimentación. La escasez de carne era bastante usual y era tenida por un grave mal. Era corriente ver a los niños consumiendo pan a toda hora. A veces en el verano se compraban choclos en grandes cantidades para hacer humitas, y sandías para refrescarse.

La vestimenta femenina de la clase alta seguía fielmente la moda parisina. En el verano de 1850 el traje en boga era por la mañana un vestido de organdí, cintura redonda, mangas lisas, faldas con dos volantes muy anchos, chal de baerg con listas anchas y la infaltable sombrilla. Se cambiaban varias veces al día de tenida; el traje de visita, por ejemplo, era generalmente un vestido de tafetán de cuerpo liso, manteleta orlada de un vuelo festoneado y sombrero de crespón. Como vemos, era bastante complicado, incluso de explicar, y además variaba constantemente siguiendo las alternativas de la moda.

Coinciden en señalar los contemporáneos extranjeros que las santiaguinas tenían muy buen gusto en el vestir y no usaban colores muy llamativos.

El manto se empleaba sólo para ir a la iglesia; se llevaba en cambio un sombrero o bonnet francés para salir a la calle.

La clientela de los modistos había crecido, pero gran parte de las lujosas tenidas se importaban de los talleres franceses. Para ir a un baile, el terciopelo, las gasas y las sedas eran las telas preferidas; los adornos completaban la gran toilette: diademas, pendientes de brillantes, perlas, camafeos, relojitos pequeños prendidos al pecho, y abanico.

El trabajo en modas es lucrativo, afirmaba una modista de la época, y la vanidad de la mujer es su fuente. Observaba que la mayoría de las señoras pedía que sus modelos no fueran imitados; la exclusividad era símbolo de la elegancia. Existía otro grupo para el cual la moda no era un fin y se preocupaba de vestir sobriamente.

Una revista femenina, *La Familia*, publicaba en 1890 algunas instrucciones sobre el vestir, que nos pueden dar una pauta de los usos de entonces: »para llevar un traje irreprochable, debe adoptarse la costumbre de quitarse siempre en la casa el vestido con el cual se sale a pasear o a hacer visitas. Un vestido de casa está expuesto a las manchas, pierde su frescura y es imposible con él salir, pues no es posible pasear una mancha o una rasgadura. Esa es una verdadera elegancia, además su precio es más subido, hay que cuidarlo«.

Las mujeres del pueblo eran más fieles a la tradición. Seguían usando manto

o rebozo o un pañuelo para cubrirse la cabeza, que nunca debía ir descubierta. Las de más edad siempre llevaban ropa oscura y un chal sobre los hombros.

Los excesos del lujo y los gastos que él trae consigo, deben haber sido notorios, pues se publican artículos sobre este tema en revistas de la época: «Duele confesarlo, escribía la destacada periodista Rosario Orrego en la revista *Valparaíso*, pero la verdad es que ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos y hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres las costumbres».

Se emplean cosméticos de fabricación casera, confeccionados con productos naturales: agua de rosas, máscaras de frutillas, polvos de arroz, clara de huevos. Hay curiosas recetas para el pelo:

30 grs. de aceite.

30 grs. de agua de colonia.

30 grs. de tintura cascarilla.

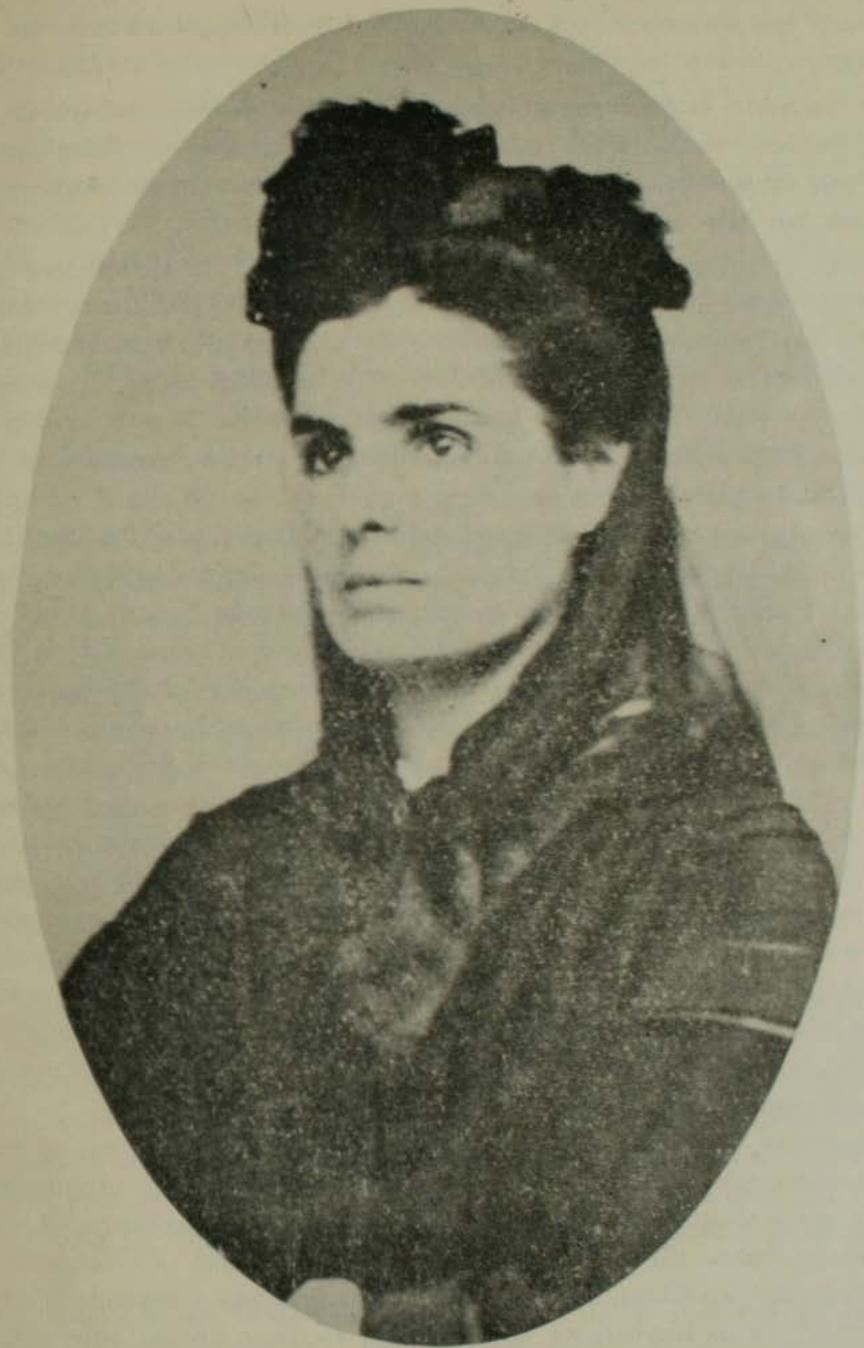
15 grs. de ron. Mezclarlo todo y agitarlo antes de usarlo.

Quizás los resultados eran más exitosos que los tentadores y artificiales productos actuales.

La vida social de la clase alta mantenía su tinte familiar. Eran frecuentes las visitas entre parientes, pero a esto se agregaban las tertulias que iban cambiando de carácter, el teatro y la ópera y de vez en cuando un gran baile de estreno o una comida oficial.

Se describe en un artículo la brillante comida que, alrededor de 1860, dio el almirante Blanco Encalada. «No se hablaba en aquel tiempo en la tranquila y novedosa Santiago, sino de la primera comida que se iba a dar en casa del Almirante Blanco. Los rumores corrían por todas partes, no convidaban a las niñas ¡cosa más chocante! El 24 de septiembre se realizó la comida. El portero recibía las carrozas, un mozo los tapados, descendía el caballero primero de la carroza para ayudar a la dama, que con dificultad salía con su amplia crinolina. El mayordomo anuncia a los invitados. La casa decorada en estilo francés es un monumento de riqueza y arte. Llega doña Nicolasa Toro de Correa con su ancha crinolina, su traje de terciopelo verde y cubierta de preciosa pedrería. Asistió el Presidente Bulnes y su mujer doña Enriqueta Pinto, Magdalena Vicuña de Subercaseaux y otras. La comida resultó todo un éxito. A las 12

La sociedad chilena, de mediados del siglo XIX, tiene en doña Isidora Goyenechea de Cousiño una brillante exponente que lució su belleza y magnificencia en salones de Chile y Europa.



se retiraron los invitados¹⁰. La grandiosidad y el lujo marcaban las nuevas costumbres sociales.

Se fue haciendo costumbre recibir en días determinados. Así fueron sobresaliendo ciertos salones que transformaron las tertulias de años anteriores en reuniones en que lo principal eran las conversaciones sobre temas de actualidad y a veces se jugaba a las cartas.

Los bailes eran frecuentes en las casas particulares. Las debutantes eran las reinas de la fiesta. La Sociedad Filarmónica en los altos del teatro Municipal, solía abrir sus puertas para los estrenos en sociedad. Las muchachas llevaban un «carnet de baile» en el cual los jóvenes debían escribir sus nombres para bailar con ellas. El boston se bailaba constantemente, la polka y la mazurka iban siendo dejados de lado. Entre los bailes, las parejas se paseaban bajo la atenta vigilancia de los mayores.

En septiembre de 1854 escribía una debutante: »Las fiestas de este aniversario han sido más animadas que nunca... muchos bailes particulares y uno de fantasía en el salón de la Filarmónica que no dejaba que desear... El baile de fantasía me devolvió la alegría de la niñez y en él llevé el nombre de la Princesa de Lamballe, en mi casa fui la modista, no sé si a la elección del nombre o en realidad las telas y hechuras acreditaban el buen gusto de la costurera, el hecho es que fui muy lisonjeada y hasta la fecha conservo el prestigio de Princesa«.

En los grupos sociales menos destacados y en las capitales de provincia, las costumbres sociales habían evolucionado menos, se conservaba la tradición. Las reuniones eran íntimas, los sofás y sillones se encontraban a lo largo del muro y los hombres separados de las mujeres; sólo se acercaban los jóvenes en el momento de bailar y dejaban luego a las niñas al lado de su madre. Se cenaba y luego se bailaba principalmente la zamacueca, baile en que las señoras se mostraban más expertas. El ponche caliente a última hora no faltaba. El piano interpretado por las jóvenes acompañaba el baile, la guitarra estaba en desuso y la utilizaba sólo el pueblo.

En Valparaíso, las visitas de los barcos de guerra extranjeros constituían grandes acontecimientos. Antes de partir solían sus oficiales ofrecer grandes bailes. En sus crónicas de Valparaíso recuerda Vicuña Mackenna el baile de la *Magnicienne*, barco de guerra francés: el fin era bailar, a diferencia de las fiestas organizadas en Chile, en que el baile era relegado a segundo plano, porque la comida es lo importante. Las mujeres rivalizan en sus atuendos, sobre

¹⁰Lucía Bulnes de Vergara, *Artículo en Revista Chilena*, octubre 1917. Año 1 Tomo II.

todo aquellas de menor situación y fortuna, que se someten a toda suerte de privaciones para lucir con toda esplendidez en estas ocasiones.

El paseo de moda dejó la Cañada para trasladarse al Parque Cousiño; los carruajes daban vueltas lentamente alrededor de la elipse y de los bien cuidados jardines, mientras las retretas militares rompían los aires con sus sonos. Algunas jóvenes solían ir a caballo acompañadas de sus hermanos; era la ocasión propicia para el inicio de muchos romances. Los jóvenes tenían que «pasear la cuadra» a la niña, lo que significaba estar horas esperando divisar su silueta tras las cortinas o intercambiar un billete amoroso. Oficializado el noviazgo, debían ir acompañados siempre de alguien «de respeto» o un familiar.

En las mañanas, madres e hijas recorrían las tiendas en el Portal Fernández Concha y el Pasaje Bulnes; se compraba poco, pero se regateaba mucho.

Se inició la costumbre de salir de vacaciones en el verano, ya no sólo al campo, sino a algunos balnearios que surgen en la costa: Cartagena, Pichilemu y Viña del Mar, que comenzó a ponerse de moda antes de 1900. Varias familias aristocráticas construyeron casas con hermosos jardines floridos alrededor de la renombrada Quinta de la familia Vergara. Las jóvenes iban a la playa en carretas y solían llevar guitarras; se iba en tren a Valparaíso después de almuerzo, a revolotear en las tiendas. El traslado de las familias, tanto a la costa como al campo era largo y dificultoso, dado el estado de los caminos y los medios de locomoción existentes. Los viajes se iniciaban al amanecer; los mayores subían a los coches, especies de diligencias con un postillón, y la servidumbre y los niños les seguían en carreta, junto con los baúles. Duraban varios días y se solían aprovechar las noches de luna para avanzar con el fresco.

El teatro comenzó a adquirir muchísima importancia. Era frecuentado por la alta sociedad; las familias remataban anualmente palcos en los cuales las mujeres lucían su belleza y elegancia. Las temporadas de ópera revestían singular brillo. Martina Barros recuerda que fue una de las primeras mujeres que ocupó en el teatro un sillón de platea, pues era mal visto que ellas fueran a una localidad que no fuese palco. La zarzuela española hizo también su aparición en la revista de espectáculos de esos años; todo el mundo tarareaba *La Habanera*.

La celebración del 18 de Septiembre era una de las ocasiones en que el pueblo manifestaba sus sentimientos patrióticos y salía a divertirse. Se iba al parque a bailar la zamacueca. La vihuela, los cantores, el ponche y el aguardiente animaban los corazones.

La fiesta de Pascua también presenta gran brillo y colorido. Qué mejor, para imaginárnoslo, que estos versos populares del siglo XIX:

»A su gusto remolió,
la gente muy serena,
toda la Nochebuena
el pueblo la celebró.
Las ventas por La Cañada
eran en gran abundancia,
y lucían su fragancia
frutas, flores y empanadas;
las muchachas arregladas,
desechaban toda pena,
de flores estaban llenas
todas las damas hermosas,
y paseaba, deliciosa,
la gente muy serena«.

En los últimos años del siglo, salían los padres con los niños a pasear en tranvía, lo que constituía una gran novedad y cuando llegaban los aires primaverales los ayudaban a elevar volantines.

Las riñas de gallos y las carreras de caballos, entusiasmban a todos los grupos sociales. Los pasatiempos del obrero eran la caza y en ocasiones asistía a la zarzuela, mientras su mujer permanecía en el hogar.

En general, las mujeres mantenían las costumbres religiosas, y se advertían ciertas manifestaciones nuevas como la devoción a María.

En sus recuerdos, Nelson Boyd, viajero que visitaba el país en el período de la Guerra del Pacífico, observaba que la actividad diaria de gran parte de las mujeres, sin distinción de clases, seguía siendo la asistencia a misa, y que llevaban un misal y un tejido de lana, el cual era puesto en el suelo para hincarse. Había un tipo de mujer que era frecuentemente ridiculizada por articulistas de la época, la »beata«, mezcla de religiosidad exagerada que de todo se escandalizaba y al mismo tiempo era el origen de las murmuraciones y chismografías que circulaban.

La celebración del día de la Virgen del Carmen adquirió relieve desde que los jefes patriotas, después de Chacabuco, la proclamaron Patrona de Chile y de las Fuerzas Armadas. Gran lucimiento adquiría la procesión, en que partici-

paban las principales instituciones oficiales y una inmensa muchedumbre la seguía agitando sus pañuelos.

*

A pesar de que el hogar continúa siendo el centro de la vida familiar y social, cada día los miembros de la familia van dedicando mayor parte de su tiempo a actividades que se realizan fuera de él. En esta segunda mitad del ochocientos, aparecen los clubes, asociaciones políticas y culturales, que son asiduamente frecuentados por los hombres.

Paralelamente, y cada día en mayor medida, las mujeres destinan sus días a obras de beneficencia, que son una actividad que vale la pena destacar dentro del contacto sociológico de la época. Todo esto, naturalmente, produjo una menor dedicación de la mujer de las clases acomodadas a los quehaceres domésticos y a la educación y cuidado de los hijos. Los lazos familiares ya no tienen la intensidad y fuerza que hasta mediados del siglo, y, según escritores contemporáneos, hay síntomas de desunión en las familias, por cuanto los niños, al nacer, quedan a cargo de cuidadoras, luego entran al colegio y ven aún más escasamente a la madre, que se dedica a las actividades sociales.

Los hijos tienen más independencia para contraer matrimonio, pero siempre deben contar con la aprobación de los padres. A fines del siglo XIX, sin embargo, se aludía «al afán casamentero de madres y abuelas, siendo el matrimonio la única tabla de salvación de las niñas. En nuestra casa, todo joven que llegara a la casa era mirado como posible candidato pasando antes por el tamiz y el escrutinio de ambas»¹¹, según declara una muchacha de la época.

Por otra parte, lo expuesto no quiere decir que las familias se hayan disgregado a fines del siglo XIX, sino que refleja un cambio más aparente que profundo, ya que los grupos familiares siguen siendo numerosos y hay enorme cantidad de ejemplos que muestran la gran unión que aún existía entre padres e hijos, destacándose especialmente el papel de la madre como custodia de la moral y los principios cristianos. Cuando un redactor de *El Atacameño*, aparentemente incrédulo, trató de suicidarse y no murió en el acto, pidió confesor; al ser interrogado por el sacerdote acerca de esta conversión, replicó: «mi madre me enseñó y rogó que no me acostase nunca sin rezarle a la Virgen siquiera un Ave María» lo que explicaba su arrepentimiento¹².

¹¹Rebeca Gazitúa de A., *Como decia mi Abuelita*, p. 30. Imprenta Arancibia, Santiago 1966.

¹²Abdón Cifuentes, *Memorias*. Tomo 1, p. 206. Editorial Nascimento, 1936, Santiago de Chile.

En esta época hay numerosos hogares de gran refinamiento y vida espiritual. He aquí el recuerdo del diario vivir de la madre, presente en las memorias de Ramón Subercaseaux: »mi madre hacía decir misa los Domingos y días festivos, a falta de iglesia, en el gran salón de los altos. . . mi madre cantaba también con afinación y buen compás, pero con voz débil sin acento: su libro favorito era la partitura del Hernani de Verdi y decía que no había llegado a Chile otra antes que esa. . . admiraba y quería a mi madre, a la cual veía hermosa por su estatura, por su color blanco y rosado, ojos verdes y regularidad de su cara serena y adorable y ondulado su cabello castaño. En la chacra al ocuparse en sus almárgicos de flores. . . en la casa de Santiago, la veía ponerse sus alhajas en el cuello escotado y alzarse bajo la luz del gas para salir al teatro o a algún baile con sus hijas. . . De la chacra, salir al colegio del Sagrado Corazón en la calle de Sta. Rosa, donde estaban recogidas mis hermanas menores desde el fin del verano y a sus obras de caridad«.

Las mujeres de los grupos altos comparten su tiempo entre la acción social, las obras de caridad, la buena marcha de la casa, la educación de sus hijos y las labores de bordado, entre ellas preferentemente la tapicería.

Las tertulias y el salón de algunas damas destacadas van ampliando el ámbito doméstico del hogar, que a fines del siglo XIX cumplía un papel importante como centro cultural y social. Entre los salones hay que mencionar la tertulia de doña Martina Barros de Orrego. Dejemos a ella que relate sus inicios. . . »como mi hija Marta, poco después del 91 comenzó a frecuentar la sociedad, Augusto y yo resolvimos que, como todas las demás niñas de su tiempo, recibiese a sus amigos en casa, a lo menos una vez por semana, y así lo hizo hasta que se casó. . . resolví, a mi vez, recibir todas las noches, después de comida a literatos, artistas y políticos. Este fue el origen de mi tertulia que me acompañó durante tantos años y a la que debo tantas horas de intenso agrado«.

La imagen de espontaneidad y franqueza de la mujer que surgía a comienzos de siglo, parece haber variado: las jóvenes dan lugar a comportamientos más estudiados. »No era de buen gusto andar con desenvoltura, ni sentarse con comodidad«¹³. A la encantadora sencillez de antaño, sucede cierta afectación de sentimientos.

Hay frecuentes observaciones en memorialistas sobre el modo de ser de la mujer de fines de siglo, a la cual censuran en comparación con la de épocas pa-

¹³Ramón Subercaseaux, *Memorias de 50 años*, p. 72. Imprenta Barcelona, Santiago 1908.

sadas. Hay críticas a su afición por los bailes, los teatros y las tertulias, en desmedro de sus deberes. Las jóvenes han adquirido más libertad en sus modales y ya no salen acompañadas del padre, la madre o el hermano, como era lo acostumbrado. Una abuelita alarmada aconsejaba a su nieta parafraseando a Cervantes: »Una niña no sólo debe ser buena, sino parecerlo... mui pulcra, mui seria, mui fina... y no permitir de un hombre ni lo negro de una uña, pues es de vidrio la mujer y no se puede probar si se puede o no trizar que todo podría ser y no es cordura ponerse a peligro de romperse lo que no puede soldarse«¹⁴.

Se censura también a las muchachas de clases modestas por su afán de imitación: »Las modas que el pueblo toma no son frescas ni flamantes como debieran, sino que suelen llegarles un tanto cuanto desfiguradas... Antes había más mediocridad, más sencillez, hoy en día hay más fausto y más orgullo. El candor y la modestia retrataban las frentes de entonces, la altivez y la presunción dominan las de ahora«¹⁵.

Pero uno que otro viajero que llega al país admira siempre el trato, el interés y la conversación de las mujeres chilenas. Edmond Smith, en viaje al sur del país, concurrió a una celebración familiar en la ciudad de Los Angeles. Le sorprendió la viveza e inteligencia de las damas asistentes, en un lugar tan alejado de la capital: »no fue esta la primera oportunidad que se me presentó de observar la superioridad inexplicable, tanto intelectual como física, de las mujeres sobre los hombres«.

Una inteligente carta a una amiga, dirigida por una mujer de extraordinarias cualidades espirituales, nacida en un ambiente de fortuna y tradición, doña Amalia Errázuriz, hace ver que la frivolidad no era un modo de ser generalizado, ni mucho menos, en la mujer: »Siento tener que darte una negativa, a ti que eres tan buena. Pero soy muy de ideas y no me gusta renunciar a ellas, por eso te ruego me dispenses que no te preste mi hija y también si no te doy mi nombre para el corso. Hay tantos otros nombres que poner y el mío va tan mal cuando se trata de una fiesta mundana. Soy en teoría enemiga de ese espíritu de diversión que nos invade y toma a la juventud y trastorna a la gente madura llevándonos a la mundanidad y paganismo«.

Una serie de colegios particulares, liceos fiscales y congregaciones religiosas creados a lo largo del siglo, permite que las jóvenes reciban una educación mucho más completa y esmerada. Las muchachas de sociedad asistían de preferencia al colegio del Sagrado Corazón y una institutriz de selección formaba

¹⁴Rebeca Gazitúa de A., *Como decía mi abuelita*, p. 44. Imprenta Arancibia, Santiago 1966.

¹⁵P. J. Ruiz Aldea, *Tipos y Costumbres*, p. 189. Editorial Zig-Zag, Santiago 1947.

el carácter y enseñaba los idiomas. Se tendía a la formación de una mujer completa para actuar en la familia y en sociedad. A los acontecimientos serios, añadía-se la música, la pintura y las labores de mano. No se descuidaba tampoco el ejercicio de la caridad.

La entrada a la Universidad se posibilita a fines de siglo a las mujeres y muchas jóvenes excepcionales, provenientes de clases medias ilustradas, se incorporan a la enseñanza, a la medicina, etc.

Hay interesantes apreciaciones generales en los inicios del siglo XX sobre la mujer chilena. Marie Robinson, quien escribiera una obra sobre Chile en 1904, destacaba lo importante que era para el hombre público contar con el valioso apoyo de su mujer en sus actividades y con su atrayente presencia en el hogar, donde «no se le impone esa reclusión que es tan característica de algunos países latinos». Sumamente halagüeña es su opinión sobre la mujer chilena en comparación al resto de las mujeres de los países sudamericanos: «La influencia extranjera y los viajes, además de la independencia nativa, contribuyen a hacer de Chile no sólo en este aspecto, el más norteamericano de los países hispanoamericanos. Las señoras salen, van de compras, pasean, salen en coches sin necesidad de que un pariente hombre, ni un sirviente tenga que evitarles molestias. Esto contribuye a hacer de Chile lo más cercano a un paraíso para las mujeres, fuera de los Estados Unidos. No significa esto una mala influencia moral, ya que Chile está a la cabeza de todos los países sudamericanos por las tradicionales virtudes hogareñas de sus mujeres».

A fines de siglo, la familia obrera atraviesa una situación difícil. Los salarios han disminuido su poder adquisitivo y se acentúan vicios como el alcoholismo y la falta de higiene, la que hace mayores los efectos de las epidemias.

Estas circunstancias influyen en la moral familiar; las familias establecen en muchos casos sus hogares en forma irreflexiva y la llegada de los hijos trae problemas pues los gastos no son proporcionales a las entradas, lo que en algunos casos obliga a estas familias a recurrir al trabajo precoz de los hijos.

El establecimiento del matrimonio civil produjo en sus comienzos una serie de trastornos en las familias obreras. Muchos maridos que habían contraído matrimonio religioso, abandonaron a sus mujeres e hijos al contraer lazos matrimoniales con otra mujer en el nuevo registro. Así, muchas familias lograron sostenerse gracias a la caridad y muchas madres fueron empujadas a la prostitución. La creación de círculos católicos obreros y otras instituciones similares, regularizó en parte la unión familiar: «muchas mujeres de obreros iban al círculo a darnos las gracias porque sus maridos que antes, al recibir los sába-

dos sus salarios iban a derrocharlos al bodegón y no se aparecían en su casa ni Domingo ni Lunes, sino para escandalizar a su familia, ahora llevaban los Sábados y Domingos a ellas y sus hijos las ganancias de la semana y estaban muy cambiados¹⁶.

Hay un interesante estudio de Guillermo Eyzaguirre y Jorge Errázuriz sobre una familia »obrero tipo« de Santiago, alrededor de 1900, que nos da una gran luz para conocer sus costumbres y vida de hogar. Las características que siguen reflejan la situación en las grandes ciudades de entonces, como Santiago o Valparaíso, y no es posible aplicar estos datos a las familias del pueblo en provincias, pues toman en cierta medida rasgos del ambiente rural que las rodea.

En general, existen relaciones respetuosas entre los miembros de la familia; el padre impide a la madre que trabaje en labores diversas a las del hogar para que no quebrante su salud, o porque no le corresponde; ella se aflige cuando él se ausenta por el temor constante de ser abandonada, cosa muy común.

Se recuerda con gratitud a la abuelita cuyos sabios consejos han sido de gran utilidad en épocas de infortunio.

¿Cómo transcurría el día de la mujer obrera en su hogar? Levanta temprano a los hijos, prepara el desayuno, lava y aplancha la ropa, cuida y alimenta las aves de corral y varios perros, todo ello alrededor de un brasero siempre encendido. Cuando tiene tiempo lava ropa de afuera para hacerse un sueldo extra. Los partos continuados son algo normal, trabaja hasta el mismo día, sólo descansa los 30 días siguientes y generalmente amamanta a sus hijos hasta la edad de un año.

La madre es la encargada de la educación de los hijos, está en contacto permanente con sus obligaciones escolares; el padre suele preocuparse de los hombres. Van los hijos un tiempo a la escuela, pero muy luego se los incorpora al trabajo. Si hay algún hijo que demuestre una inteligencia precoz, se esfuerzan para que prosiga sus estudios.

Se mantienen grandes lazos de amistad con los vecinos y compadres, con quienes se ayudan y reúnen los domingos. Las visitas a los parientes son aisladas y constituyen un verdadero acontecimiento, pues gran parte de estas familias tiene a sus padres en las zonas rurales.

La enseñanza de la mujer del pueblo sigue siendo más deficiente que la del hombre, ya que existe la creencia en el obrero de que ella no la necesita. Los hábitos que las madres inculcan a las muchachas mayores, están encaminados a

¹⁶ Abdón Cifuentes, *Memorias*, T. II, p. 153. Editorial Nascimento, Santiago 1936.

contribuir al sustento familiar: el lavado, el planchado, la costura o el servicio en casas particulares es lo más usual.

La madre obrera de fines de siglo se declara católica, pero el cuidado de los niños menores le impide la asistencia regular a la misa dominical. El no tener los hijos vestuario decente o el haber ella empeñado el manto son a veces los mayores obstáculos para asistir a la escuela o a los oficios religiosos. No se preocupa mayormente de inculcar a los hijos el catecismo, pero si dedica devociones personales a algunos santos, a quienes atribuye como milagro los sucesos más naturales que le acontecen. Uno de los rasgos que más impresionan de la madre obrera es su descuido en la atención de los niños pequeños, no por las necesidades del trabajo, sino que por un criterio que no da importancia a los peligros y síntomas de las enfermedades. Esto se suma a las malas condiciones higiénicas teniendo como triste consecuencia una gran mortalidad infantil.

El viajero inglés Nelson Boyd refiere en sus memorias que la mujer del pueblo es sumamente conversadora y alegre con los extranjeros, hospitalaria y bien educada, lo que nos indica que ha adquirido más seguridad que a comienzos de siglo en que rehuía el trato de los visitantes.

2. EL MUNDO RURAL OLVIDADO

No hemos considerado necesario dividir, para los efectos de nuestro estudio, el mundo rural en dos épocas como hemos hecho con el urbano, debido a que constituye una constante dentro de la historia de Chile, durante el siglo XIX. En efecto, su evolución se produjo hasta 1900 en forma tan paulatina, que no es posible señalar hitos que marquen claramente diversas etapas de esta evolución. Esto se debió principalmente al aislamiento y a la insuficiencia de los medios de comunicación. Solamente avanzado el siglo XX se produjeron transformaciones notorias en las costumbres y mentalidad campesina que se debieron fundamentalmente a adelantos tecnológicos, como, por ejemplo, a la radio y al desarrollo de los programas educacionales.

Difícil es caracterizar a una familia-tipo del mundo rural, ya que el ámbito geográfico, la naturaleza del trabajo, imprimen sellos distintos. La familia de un poblado minero, la de un pueblo pescador, la típica campesina de la zona central, o la mapuche, por ejemplo, son diferentes aunque hay similitudes en todas ellas.



En el Norte la población presenta gran movilidad, producto de la emigración masculina; allí se registra uno de los porcentajes más altos de ilegitimidad en los nacimientos.

En Chiloé, la población femenina, ya en el censo de 1895, aventajaba claramente a la masculina y debió entonces la mujer asumir papeles de padre y madre, lo que produjo un sistema de vida familiar y social bastante particular.

La familia obrero-campesina comparada con la de la ciudad a fines de siglo, especialmente en la zona central, conservaba rasgos patriarcales y era la mejor organizada dentro de las clases modestas. La relativa tranquilidad económica y la conservación de las costumbres tradicionales ayudaron a ello.

Los abundantes testimonios de la época acerca de la materia permiten formarnos una visión de la familia campesina propiamente tal que constituye la inmensa mayoría.

a) *Usos, costumbres y entreteniones*

La más común y generalizada vivienda campesina constaba de dos o tres habitaciones y una cocina separada. En el Norte primaban los materiales de piedra, en el centro la quincha embarrada, que ha evolucionado hacia las casas de adobe, y en el Sur, la construcción de madera. Los techos han variado desde los tallos de totora, carrizo, tejas, hasta las planchas metálicas. Generalmente las habitaciones daban a un corredor, donde en verano se reunía la familia. El suelo era de barro apisonado.

El interior de una habitación campesina, a principios de siglo, es descrita por Mary Graham con gran minuciosidad: «Algunos tienen un lecho decente, unas cuantas estacas enterradas en el suelo y entrelazadas por correas forman el catre, un colchón de lana, y, donde hay mujeres industriosas, sábanas de algodón ordinario y una gruesa sobrecama tejida...» sitio de descanso más bien para la mujer, los hombres pasan la mayor parte de las noches durmiendo al aire libre. A los niños se los cuelga en hamacas de cuero colgadas a las vigas del techo y los demás niños y parientes duermen como pueden en cueros o envueltos en sus ponchos.

En la vivienda campesina reinaba un cierto orden, dentro de su pobreza. Toda la familia dormía generalmente en la misma habitación. El mobiliario corriente que se observaba, eran los catres de fierro, la mesa, las sillas o pisos de totora y banquetas, cajas de madera o mimbre para la ropa y en los muros, imágenes religiosas.

En las toscas vigas de madera que atraviesan la habitación, cuelgan canastos

con víveres, amarras de cebolla, lonjas de charqui, carne ahumada, atados de aji seco, ristras de ajo y manojos de yerbas medicinales que varían según la zona: poleo, matico, tilo, yerba del incordio, cáscara de la granada, chilco, etc. La cocina era el reino de la mujer y el centro de la familia en la vida diaria. El hogar fue formado primitivamente por un círculo de piedras; luego, dos muros de piedra sostenían dos o más barras de fierro conformando una hornilla. Sobre el fuego están los tachos y la tetera; la gran olla de greda, la porotera, cuelga sobre el fogón. La piedra moledora, un objeto indispensable, y el medio de moler y triturar una serie de productos para consumo (locro, soplillo, chuchoca), es de granito, algo hueca y tiene un trozo o especie de mazo con bordes curvos. En las casas campesinas hay a veces un galpón o ramada anexa, donde se guardan las cosechas, los aperos y cuelgan los moldes queseros.

En el patio trasero se ubica el horno, pues el pan se hace en casa y se amasija en la batea. En la zona Norte, de escasas vertientes, cumple una función la destiladora: recipiente de piedra poroso, que filtra el agua, que se escurre a un cántaro de greda que la almacena.

Los jardines campesinos tienen un intenso colorido; toda una diversidad de flores crece en un natural desorden: madreSelva, alielies, pajaritos, ruda, clavelinas, chinas; tulipanes en el sur, y el infaltable parrón en la zona central. En el corredor suelen cultivarse plantas en maceteros o artefactos colgantes que hacen acogedor el ambiente.

Las aves de corral: pollos, patos y gansos revolotean alrededor de la casa y en el corral generalmente hay una crianza de cerdos.

La madre está en pie al amanecer preparando el desayuno que puede ser leche o un caldo con papas, cebolla y huevo y abundante pan. El almuerzo es a las doce y consiste en porotos, papas con chuchoca o locro y corrientemente una cazuela de ave o cordero, según la zona, con mucho aji. El mate pone fin al almuerzo; alrededor de las cinco, otro mate, y entrada la tarde, una sopa con papas y cebolla. Los asados al palo son usuales en las temporadas de verano acompañados del tradicional encebollado.

»Las hijas entraban para servir a su madre, pues comían en la cocina junto al fuego«, cuenta una visitante, y agrega: »Lo primero que apareció, fue una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, y se nos invitó a untar en ella el pan que a cada cual se nos había dado. . . después de este aperitivo, como dirían mis compatriotas, se nos puso adelante una gran fuente de charquicán. . . La dueña de casa comenzó inmediatamente a comer en la fuente con los dedos, invitándonos a que hiciéramos lo mismo. . . siguióla un ave, espolvoreada con hierba picada que ella partió con las manos, después unos menudillos de ave,

sopas y, por último, un pocillo de leche y un plato de harina de yalle, o sea harina hecha con una variedad de maíz pequeña y delicada. Echamos la harina en la leche y la revolvimos. . . bebimos vino del país, y cuando íbamos al corredor después de comer, nos ofrecieron manzanas y naranjas¹⁷.

La mujer mantuvo en el hogar la artesanía textil, heredada de la costumbre indígena y española: paños de rebozo, géneros de bayeta, mantas, etc. La campesina se viste con una pollera larga y amplia, blusa suelta de mangas largas sobre la falda recogida en la cintura o una bata de algodón, y un chal sobre los hombros. Las jóvenes, especialmente si están cerca de poblados, tratan de adaptarse a la moda en boga.

P. Schmidt Mayer tuvo que pedir hospedaje en una casa en uno de sus frecuentes viajes. Recogió muy bien esta escena que nos ilustra el ambiente campesino: »Una madre rolliza, quien con un vestido azul de lana, cabello negro que le caía por detrás en largas trenzas revolvía un poco de trigo para ellos; y una hija con un vestido similar, pero con su cabello esparcido negligentemente sobre el cuello y hombros, molía un poco de maíz para hacer un bizcocho horneado en cenizas calientes, operación realizada totalmente por trabajo manual y entre dos piedras, una de las cuales, grande y hueca en el suelo, era el mortero, la otra pequeña, sostenida con ambas manos y movida atrás y adelante sobre el maíz, la muela corredera«.

Las casas patronales de una hacienda guardaban cierta similitud en su construcción y en las características arquitectónicas, con la casa modesta campesina. Eran de mayor tamaño, con murallas de adobe y techo de tejas. Un gran corredor hacia donde daban las habitaciones, adornaba su fachada. Dos o tres patios con sus respectivos corredores hacia el interior, agrupaban generalmente el comedor, la cocina y dependencias de servicio. En el interior no contaba con mayores comodidades. A fines de siglo, se construyen casas de dos pisos de reminiscencias europeas y jardines bien cuidados con lagunas y estatuas.

Un ambiente especial daba al mundo rural la vida patronal en el siglo pasado. La mayor estada del hacendado en sus propiedades marcó un acento patriarcal en las relaciones con sus inquilinos. Agregábase a esto la existencia de frecuentes lazos consanguíneos.

Eran corrientes los almuerzos campestres que daba el hacendado; unían a toda la comarca sin distingos de grupos sociales. Una descripción de un almuerzo en Molina dice así: »Lo que más me sorprendió fue el comedor, no solamente

¹⁷ María Graham, *Diario de mi residencia en Chile*, p. 57-58. Editorial Francisco de Aguirre. B. A., Santiago 1971.

por su tamaño que era inmenso, sino que por la mesa interminable que lo rodeaba. Sobre ella se alzaban, como trofeos de caza, enormes terneras enteras, con los cachos dorados, chanchos, pavos, gallinas, etc. Después de un largo y suculento almuerzo, digno émulo del de las bodas de Camacho, volvimos al salón, tan enorme como el comedor y como todas las piezas de esa gran casa, en donde luego se comenzó a bailar zamacueca, al son de arpas y guitarras, acompañadas del canto de muchachas del pueblo. Las numerosas parejas se colocaron en filas, los hombres enfrente de las mujeres, a todo el largo del enorme salón, lo que producía un efecto y una animación extraordinaria. La zamacueca era linda, pero lo que más me llamó la atención fue la *refalosa*, baile traído del Perú por los vencedores de Yungay¹⁸.

La mujer del hacendado tuvo un papel importante en la moralización y civilización de las costumbres al fomentar las misiones pastorales y las escuelas rurales. »Lo importante de la temporada era la misión y todo lo que a ella se refería; mi madre lo pasaba afanada desde temprano, para que en la casa y en la capilla no faltara nada. . . concluido que era ese trabajo anual de piedad que se había impuesto mi madre, todos se volvían a Santiago como habían venido, mi madre se mostraba satisfecha de los resultados porque se hacían matrimonios, se daba tregua a la borrachera. . . y venían restituciones de cosas perdidas«, es el testimonio de un recuerdo familiar¹⁹.

Las fiestas religiosas y patrióticas, los bautizos, matrimonios y algunas celebraciones de los períodos agrícolas, eran los principales acontecimientos sociales en las familias campesinas: La deshoja del maíz, la vendimia, la cosecha de frutas eran diversas expresiones.

Hay fiestas zonales religiosas, adaptadas a costumbres populares: peregrinaciones, bailes coreográficos en la zona Norte, cercana a poblaciones indígenas. Ejemplos de ello son: La fiesta del Carmen de la Tirana al interior de Iquique, la Virgen de Andacollo cerca de Coquimbo, fiesta de la Virgen de Lo Vásquez camino a Valparaíso, fiesta de San Sebastián de Yumbel; de la Candelaria en Panguipulli, entre las más importantes.

Las expresiones más usuales de alegría y de celebración son la canción, el baile, las cuecas, las adivinanzas, las tonadas, los juegos de ingenio, los romances y la poesía popular. Las coplas del payador acompañan siempre festejos y las hay variadas: cogollos para el recién nacido, brindis para los matrimo-

¹⁸ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, p. 153. Editorial Orbe, Santiago 1942.

¹⁹ Ramón Subercaseaux, *Memorias de 50 años*, p. 35-36. Imprenta Barcelona, Santiago 1908.

nios y almuerzos. He aquí »La redondilla amorosa de la Fiesta de San Juan«, en que hay un retrato de mujer:

»Da gusto ver a las viejas
cuando arregladas están,
de polvo y de solimán
les llega a blanquear las cejas;
para ver si hallan parejas,
por todas partes mirando
se siguen aproximando
y alegres no hallan qué hacer;
pero más me gusta ver
a las cantoras cantando«²⁰.

Las cantoras son también un elemento típico de las festividades campesinas, además de ser las exponentes de una tradición literaria de origen español.

Con ocasión de las fiestas lugareñas siempre se veía a las mujeres avanzando con los niños en largas filas y a los hombres aparte. En las reuniones privadas que siguen a las celebraciones de fiestas religiosas o de acontecimientos sociales, también las mujeres se sentaban separadas de los hombres, cocinaban y conversaban alrededor del fogón, pues generalmente se quedaban los invitados a alojar y a veces la celebración duraba dos días completos.

Sorprendióse Schmidt Mayer a comienzos de siglo, al observar un gentío frente a una capilla, que había sido transformada después de misa, en salón de baile: »Campesinos chilenos de ambos sexos bien vestidos, bailando al son de una guitarra, delante de un altar ricamente adornado con muchas imágenes a las que acaban de adorar«. Bailaban algo parecido al zapateado de las chinganas de Santiago.

Las misiones o novenas, eran el acontecimiento religioso más importante del año y presentaban también matices sociales. Es el periodo anual en que llega una llama de espiritualidad, se fortalecen la fe y la esperanza y se adquieren bríos para continuar el trabajo. Marca el tiempo: »sucedió antes o después de la misión«. Las mujeres mandan a hacer trajes nuevos, visten todas su mejor tenuta. Obedientes a los misioneros, era la ocasión de confesarse, comulgar, bautizarse y contraer matrimonio. Para la fiesta de las Mercedes en el Valle del

²⁰Juan Uribe, *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del S. XIX*, p. 53. Pineda Libros, Santiago, 2ª edición, 1974.

Elqui, se cumplen las mandas: muchas mujeres visten color carmelita y una manta blanca.

Con motivo del estreno de una capilla de fundo en Jueves Santo, asistía mucha gente del vecindario, inquilinos rezaban en alta voz y en el púlpito un clérigo recitaba las estaciones. »En esos días de recogimiento muchos llevaban la cabeza atada con un gran pañuelo de muchos colores y con la chupalla en la mano. Hombres y mujeres demostraban un gran recogimiento, una fe y un misticismo extraordinario que hoy no se ve y que es hasta difícil imaginar²¹.

Había una gran superstición y tradición indígena en los conceptos y exteriorizaciones religiosas de los habitantes del campo. Creencias en fuerzas incontrolables que se incorporaban en determinadas personas: machis, magos, etc. Los santos son invocados en defensa de los espíritus malignos, si fracasan se recurre a amuletos, conjuros, etc. Estas supersticiones eran más corrientes en las zonas limítrofes y de mayor mezcla indígena. El culto a las animitas en que se invoca la milagrosa intervención del difunto, muerto en forma trágica, es algo generalizado.

La enfermedad y pérdida de un niño es una mezcla representativa del encuentro de las dos culturas: a la resignación cristiana ante el designio superior de la Providencia, se une la creencia en el mal de ojo y el embrujamiento y en hacer las necesarias previsiones para evitarlos; cubrir, por ejemplo el testero de las camas con santos protectores.

La *meica* y el *compositor* desempeñaban un papel clave. A través de un examen de ojos o de la orina recetaban emplastos, fricciones, ayunos y yerbas. Cuando fracasaba la ciencia herbolaria y tradicional, se recurría a los medicamentos y en algunas zonas, a los conjuros. »con gran misterio visitaba las casas de los enfermos crónicos una anciana de cuerpo voluminoso. Siempre se la veía regresar con gallinas bajo los brazos, cesta de huevos y paquetes de yerba mate y azúcar. Esta *meica* solía ver las aguas y recetar: pero su poder real lo ejercitaba colocando cruces de palqui en los rincones de los cuartos. Las hojas de sábila, la hierba de los brujos para detener las potencias del mal, quedaban colgados en el dintel de la puerta, después de su visita²².

La mujer indígena quedó limitada en cuanto a territorio a los deslindes de las reducciones aborígenes y mantuvo en gran medida durante el siglo XIX las tradiciones familiares y culturales de su raza.

²¹Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, p. 99. Editorial Orbe, Santiago 1942.

²²Jorge Iribarren Charlin, *Perspectiva folklórica en el medio campesino del Valle de Hurtado, Provincia de Coquimbo*, p. 27. Imprenta El Día, La Serena 1964.

b) *La mujer campesina y el hogar*

En las zonas rurales, la vida de hogar tenía una importancia aún mayor que en el mundo urbano; la lejanía de los centros poblados, hace que los núcleos básicos de agrupación sean la familia y el hogar y en ellos transcurre gran parte de la existencia de la mujer campesina. Las familias se establecen por generaciones en el mismo lugar.

La familia campesina, al igual que la urbana, era numerosa y presentaba rasgos patriarcales, expresados en la autoridad del jefe del hogar y en el respeto y temor de los hijos. ¡Ay del hijo que levante la voz a sus padres! Las relaciones familiares, aunque profundas, no se exteriorizan en caricias. Las decisiones importantes las toma el hombre, la mujer debe siempre acatar, pero el peso del hogar cae totalmente sobre ella, pues el padre sale temprano y llega al oscurecer. La casa y todo lo que ella significa, »es cosa de la mujer«.

El matrimonio no era una relación muy generalizada. Las distancias y la ignorancia hacen difícil este trámite. Viven juntos y forman una familia; si existe la oportunidad, contraen matrimonio. Muchas veces, el temor de que los hijos queden sin bautizo, »guagua mora«, los obliga a inscribir el matrimonio en el registro parroquial.

La hospitalidad campesina desconcierta a veces. Veamos algunos ejemplos. Un visitante de comienzos de siglo relata su experiencia al entrar a una vivienda campesina: »nunca se levantan cuando entra un extranjero, a menos que sea mujer, y en un tono desagradable dicen: Beso a Ud. las manos, caballero que nos hace el efecto de un saludo. Sin embargo es sólo la costumbre del país, muy luego se disipa la primera impresión de frialdad«²³. Generalmente se sirve un mate, el cual es necesario aceptar, si no se quiere ser mal mirado. Otros viajeros se sorprendieron del trato que recibían: a pesar de que se dirigían a la dama del más humilde rancho con el trato de señora, no eran respondidos en la misma forma, pero a los arrieros o a cualquier connacional se les decía señor. Parecía esto implicar una cierta digna indiferencia hacia el extranjero. Con las salvedades ya indicadas la hospitalidad campesina solucionaba rápidamente todas las dificultades de alojamiento, cediendo las mujeres sus camas y durmiendo los hombres al aire libre. En el invierno se visitaban los labriegos y los hacendados. A veces estas visitas duraban semanas enteras y el visitante debía llevar su cama en la montura.

²³ Samuel Haigh, *Viaje a Chile en la época de la Independencia. 1817*, p. 47. Editorial del Pacífico, Santiago 1906.

Tradicional era la acogida a las familias en desgracia y a los huérfanos o niños en situación aflictiva, »donde hay comida para tres, hay para cuatro y para cinco«.

Los quehaceres de la mujer campesina eran múltiples y variados: la casa, la huerta, los niños, son parte de su trabajo. La alimentación de la familia requería su atención preferentemente. La madre nunca deja de cocinar, aunque tenga hijas mayores; éstas cooperan en la limpieza de la casa o el lavado y planchado de la ropa. Aparte del cuidado de los niños, debe ocuparse del cultivo de la huerta y la hortaliza. Ordeña el ganado, hace quesos y manteca, cria pollos, patos, pavos y gansos que necesitan especial preocupación en sus primeros días. Seca las frutas o prepara pastas y dulces especiales. En el Norte son famosos los camotillos de papayas. En el invierno no le falta ocupación: hay que hilar la lana de la esquila que se coloca en los telares para hacer medias, calcetas, frazadas, mantas y alfombras. La rueca, el telar y los palillos de espina no faltan en ningún hogar donde hay una mujer laboriosa. Faenar un cerdo constituye un acontecimiento y da lugar a fiestas de celebración; de él se obtienen la grasa o manteca, el costillar ahumado y las longanizas que duran la temporada.

En las zonas nortinas, los hombres atraídos por los suelos de las salitreras y la perspectiva de lo desconocido abandonaban sus labores campesinas y la familia, dejándolas en manos de las mujeres. Generalmente fracasaban y retornaban agotados. Las mujeres debían afrontar con sus hijos o solas el trabajo de la tierra, soportar tanto las crecidas del río como las sequías. El sustento familiar, era su único objetivo, pero su carácter se tornaba rudo ante su suerte y el abandono del marido.

Esto se debía a que el duro trabajo de las minas no permitía el establecimiento de las familias en los campamentos y pueblos mineros; debido a esta situación allí aflúan las mujeres de vida alegre. Incluso fue necesario su expulsión de Chañarcillo, pues se las consideraba causantes de los desórdenes en el rico mineral. En forma irónica comentaba este hecho Jotabeche y decía: »ya no se roban metales como antes, sino como hoy, que es más que ayer y menos que mañana«.

La mujer chilota es fuerte. La mayoría de las veces, ella mantenía la familia, marisqueaba, sembraba y cosechaba papas.

¿Cuáles son las virtudes que se esperan de la mujer campesina? Era corriente oír exclamar a un hombre de campo, cuando alababa a su mujer: Tengo una compañera, es limpia y trabajadora, me tiene la ropa lista y la hortaliza bien surtida, »ahora la casa marcha«.

El nacimiento y el cuidado de los niños merecen una descripción más com-

pleta. El parto de la mujer reviste características especiales. Las que no habían tenido hijos y las embarazadas debían retirarse de la habitación, pues su presencia era causa de dolores y demoras. Le suministran a la parturienta bebidas calientes para evitar el frío y los arrebatos; para esto es bueno el jarabe de uvas. Se recurre a la comadrona del lugar quien amarra un cordón por sus dos extremos a las vigas del techo, el que servirá de sostén a la parturienta. La madre, después de nacida la criatura, debe guardar silencio y respirar suavemente. El recién nacido se baña en infusión de hojas de palqui, se le untan los pies y el «estomito» con infundios de gallina para mantener el calor. Los remedios para el recién nacido son todas yerbas naturales, para la erupción un baño con yerbas maceradas y agüita de maqui para la ictericia. Los horarios de alimentación en la primera edad se regulan de acuerdo a los llantos de los niños.

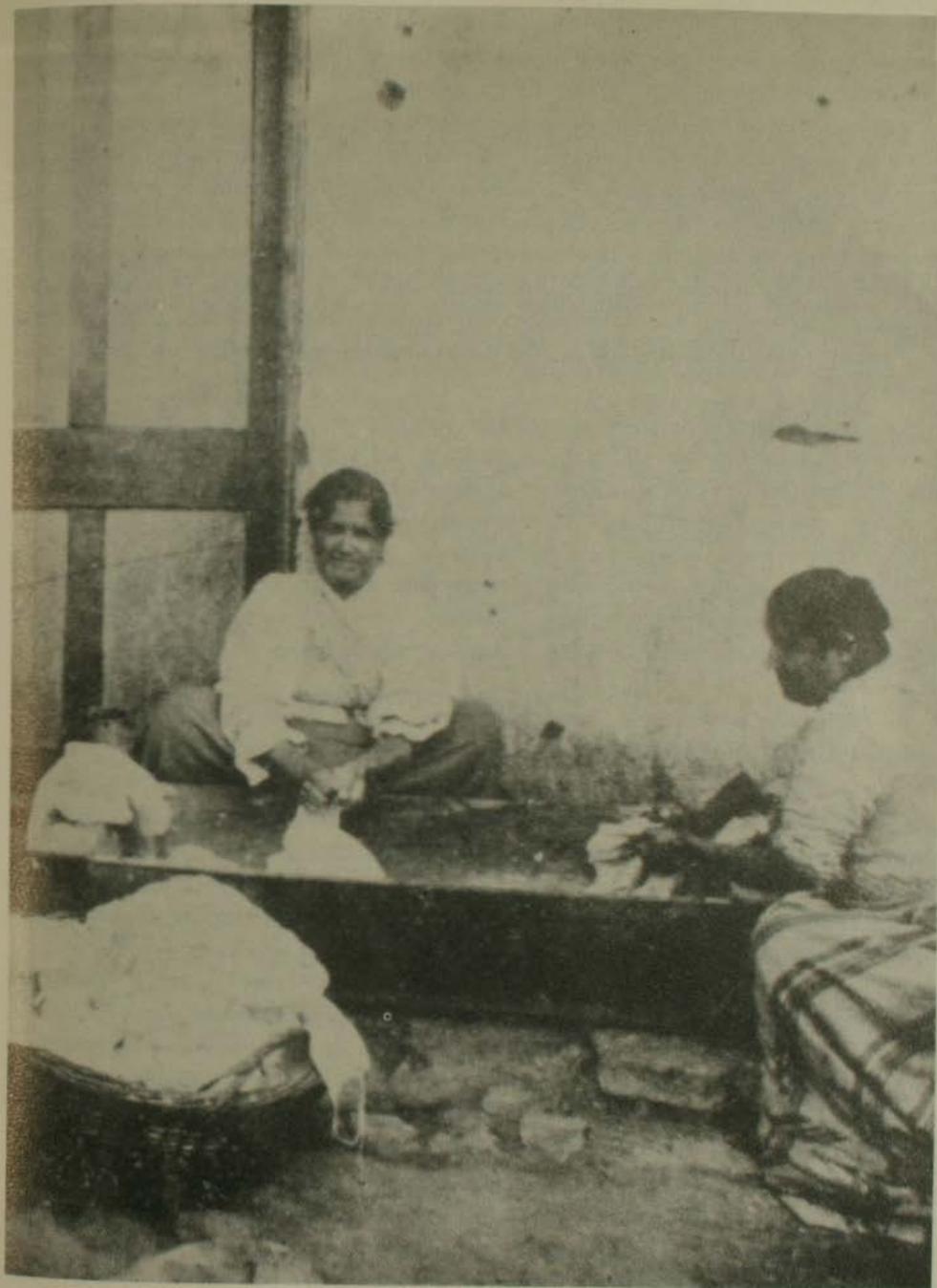
El problema educacional era difícil, las escuelas rurales estaban distantes, la asistencia era espaciada debido a las alternativas climáticas y a los trabajos domésticos requeridos por los padres.

La madre se esfuerza porque sus hijos tengan una mejor educación: «La que siempre les servirá más en la vida que la que tiene una». En el caso de los varones, el padre está de acuerdo, pero en el de las mujeres dice: «para qué quieren estudiar, con leer y escribir basta; si se casan, tienen que quedarse en su casa».

Ciertos prejuicios raciales se manifiestan en los padres campesinos y esta anécdota habla por sí sola: «Habiendo entrado un día a una vivienda pequeña y pobre, encontramos a una muchacha de unos 18 años, vestida con ropas de gran señora, finas, relucientes, pero harapientas, y sentada como si hubiera estado esperando visitas mañaneras de una corte de admiradores; su semblante era delicado y rubio. Una mujer mayor y varias hijas estaban todas atareadas, vestidas muy rústicamente, con piel y cabellos que indicaban una fuerte mezcla de sangre india o más bien africana. Al imaginar quién podría ser la bella dama, mi compañero de viaje me dijo que ella también era una hija, accidentalmente rubia, de la misma madre y que sus padres estaban tan orgullosos de tener una hija blanca, que se la consideraba como ama de la casa; no trabajaba y era servida por sus hermanas²⁴. Hay franqueza, casi crueldad, en las familias para destacar lo positivo y negativo de sus hijos y elegir quiénes deben ser

²⁴Peter Schmidt Mayer, *Viaje a Chile a través de los Andes*. p. 256. Editorial Claridad, B. Aires, 1947.

A mediados del siglo XIX se ha producido una gruesa migración del campo a la ciudad. El campesino se transforma en proletariado urbano y para subsistir la mujer transforma el lavado de la ropa en una actividad retributiva. (Fotografía del archivo de Sergio Villalobos).



objeto de especiales esfuerzos y atenciones, con miras a que puedan obtener un mejor futuro.

Las muchachas tienen, en general, un conocimiento sexual temprano, debido a la promiscuidad de la vivienda, al contacto con la vida natural, la cría del ganado, etc. Es bastante corriente la madre soltera; los padres la reprenden duramente, pero no es causa de una grave deshonra, sobre todo si el padre de la guagua colabora con el parto y la alimentación. La mujer es la engañada y el hombre es irresponsable. Grave deshonra y dura de confesar, en cambio, es la relación de la joven con alguien que ya tiene un vínculo matrimonial. Estos niños se crían y se incorporan fácilmente a la familia de los abuelos. Los abortos, en cambio, casi no existen.

Las posibilidades de trabajo remunerado en el campo eran escasas para la joven. La fabricación del pan, la costura, los tejidos y la lechería prácticamente eran los únicos que podrá desarrollar. Atraídas por sus visitas a los pueblos, van rechazando estas faenas domésticas y cada día emigran más a la ciudad a prestar servicios en casas particulares.

Hay amores posesivos en la madre campesina. Cuando es viuda o ha sido abandonada, busca apoyo en sus hijos y cuando éstos se casan o trabajan en otro sitio, se queja de su ingratitud o le echan en cara la nuera que ha venido a usurpar su lugar.

El amor a la tierra es un concepto enraizado en la mentalidad de la mujer campesina. »Ningún bien mayor pudo darnos Dios que este pedazo de tierra. No lo cambien, hijos míos, por ningún precio. El dinero lo inventó el diablo, por eso es veleidoso y pasa de mano en mano; en cambio, la tierra, obra de Dios, permanece y sobre ella nos mantenemos. No me cansaré de repetirles que defiendan y trabajen esta lonja de tierra; mientras la tengan y cultiven, no les faltará el pan a ustedes ni a sus hijos y en los tiempos de escasez y aflicción, tendrán siquiera tallos y raíces para echar a la olla«²⁵.

La mujer de las zonas rurales es tradicionalmente religiosa, cree profundamente en Dios. Sus prácticas religiosas, como hemos descrito anteriormente, se entremezclan con la superstición. Se preocupa de la instrucción religiosa de sus hijos, les inculca las nociones elementales del catecismo, las oraciones de la noche y el recuerdo de las obligaciones sacramentales. La abuelita transmite a la madre y ésta a sus hijos la fe católica.

Otro rasgo de su mentalidad consiste en que resignadamente acepta su destino; rara vez se rebela a su condición y está siempre dispuesta a luchar.

²⁵Elba Miranda, *La Heredad*, p. 28. Zig-Zag, Santiago 1954.

LA MUJER Y LA SOCIEDAD

Habiéndonos ya referido en el capítulo anterior a la actuación de la mujer en el siglo XIX dentro del hogar, que fue el papel asignado por la sociedad y por ella misma, es necesario ahora tratar su actividad en un campo más amplio: la sociedad.

Es imposible tener una visión clara de la situación de la mujer y su accionar dentro de la sociedad de este período sin comprender que los principios religiosos fueron el principal motor de su actividad, especialmente durante gran parte del siglo. Es así como organizaciones benéficas de inspiración católica nacen y se desarrollan bajo la dirección y gracias a los esfuerzos de la mujer, y las pocas actuaciones políticas y públicas femeninas de la época, fueron realizadas casi invariablemente en defensa de las ideas religiosas.

Por otra parte, los avances en el ámbito cultural y el desarrollo de la instrucción produjeron lentamente una evolución en la mentalidad de la mujer, que fue tomando conciencia de sus derechos e integrándose al campo de la actividad nacional, trabajo, cultura y política. Así, a fines del siglo, aparecen las primeras profesionales, y grupos de mujeres comprenden que pueden y deben asumir también dentro de la sociedad chilena otras responsabilidades además de las que habían desempeñado con anterioridad.

I. EL ACENDRADO ESPIRITU RELIGIOSO

Una manifestación del espíritu religioso fue la vida conventual. La rigurosa observancia de las reglas y las sólidas virtudes que ornaron a las religiosas, prueban la solidez de sus convicciones. Es muy significativo destacar que estas vocaciones fueron muy comunes no sólo en Chile, sino en toda la América hispana, y era muy frecuente que jóvenes de las principales familias escogieran este género de vida. El favorable ambiente de la época, el tenor de las lecturas, como el curioso caso de la influencia del libro *Virginia o la doncella Cristiana*, produjeron en un determinado momento una especie de revolución social y muchas jóvenes que no tenían claramente definida su vocación adoptaron un traje especial en señal de renunciamiento. Era costumbre que las jóvenes asistieran a ejercicios espirituales o retiros, una o dos veces al año; luego se observaba en ellas durante largo tiempo una gran profundidad y elevación en sus pensamientos.

Parte importante de la vida social del siglo pasado giraba en torno a la vida conventual: los grupos familiares se reunían en el locutorio con ocasión de

visitar a sus parientes sentándose en sillas bajas de pajas alrededor de la gruesa reja que los separaba de la parte interna del monasterio.

Además de los fines religiosos que les son propios, cumplían los conventos un importante papel educacional y realizaban labores prácticas. El de las Agustinas era uno de los más característicos: constaba de siete patios, y el día de recibo solían servir mates. Las monjas Claras daban enseñanza a las jóvenes de las principales familias y trabajaban en artesanía; las monjas Capuchinas confeccionaban juguetes y ejecutaban finas labores de aguja para la venta; las Carmelitas adquirieron gran fama en la confección de exquisitos dulces de pasta de almendra, minúsculos canastillos, floreros con frutas y flores, que acompañaban con un gran jarro de cristal lleno de aloja rubia.

Otra manifestación importante, la religiosidad en el hogar, está expresada en sus hábitos: el rezo en familia, las lecturas de pasajes evangélicos, la enseñanza del catecismo, el cumplimiento de los ritos y prescripciones eclesiásticas. Las prácticas religiosas de Semana Santa se cumplían rigurosamente: »se mantenía silencio, se cerraba la puerta de entrada, se cubrían las imágenes religiosas, los espejos, los cuadros y las lámparas con trapos y paños negros. La vestimenta era oscura, incluso en los niños. Por la tarde se reunían todos a rezar el rosario y el piano se mantenía con llave« recuerda una dama en sus memorias. Esta forma de vida fue la tónica de los hogares chilenos durante la mayor parte del siglo XIX.

El bautizo y la primera comunión de los niños eran motivos de alegría y revestían una gran solemnidad. Ejemplo de ello es esta hermosa y espiritual carta que una abuelita escribió a su nieta, con ocasión de su primera comunión: »no he podido dejar de pasar este día sin consagrarte mis más afectuosos recuerdos, y sin pedir al cielo bendiciones y gracias especiales para la que dejando de ser niña, principia a ser una joven, con toda mi alma deseo sea modelo perfecto de la mujer cristiana en todas las condiciones de su vida«. La nieta, Adela Edwards, con los años encarnaría plenamente con su vida los deseos de su abuela. El matrimonio era un sacramento cuya indisolubilidad nadie ponía en duda y las costumbres de la época no admitían la posibilidad de una separación.

Dio expresión al sentimiento religioso en las mujeres la profunda devoción a la Virgen María. Se fundó la cofradía de »Hijas de María« en 1855 y la congregación al poco tiempo reunía alrededor de 7.000 afiliadas. El Mes de María se transformó en la festividad predilecta; celebrado con gran suntuosidad y profusión de flores y luces, indicó una variación exterior del culto. Este esplendor atrajo a la mujer sin distinción de clases sociales, de ahí que el dramático incendio de la iglesia de La Compañía, ocurrido el

día de la clausura del Mes de María, revistió caracteres de catástrofe nacional.

Para una mujer educada cristianamente, el ejercicio de la caridad era un imperativo y así vemos proliferar toda una serie de obras de beneficencia cuyas características serán desarrolladas en otra parte de este trabajo.

Los continuos embates que sufre la Iglesia en el ardor de las luchas doctrinarias y la progresiva laicización de la sociedad, obligaron a la mujer a interesarse en la defensa y propagación de la fe. Fue notable la ayuda que prestaron las mujeres para financiar la publicación de periódicos católicos, como *La Unión* de Valparaíso, y a su iniciativa se debió el ingreso de nuevas congregaciones religiosas europeas que vinieron a llenar una necesidad urgente en la educación de las jóvenes y a ser una eficaz ayuda en las actividades benéficas.

La ilustración y la influencia liberal van poco a poco variando la mentalidad religiosa. Esto se percibe en opiniones femeninas de fines de siglo que no aceptan como ejemplo de verdadero cristianismo una exteriorización de piedad vacía de contenido. Algunas, incluso, expresan ideas librepensadoras rechazadas por la mayoría.

A pesar de este espíritu crítico, la mujer se mantuvo fiel a sus creencias. La fe católica impulsó y guió en forma casi exclusiva todas las actividades y las costumbres de la mujer en el siglo XIX, y a ella se deben en gran parte sus manifestaciones artísticas, la generosidad desplegada en las obras de caridad y las contadas actuaciones políticas que tuvieron durante este periodo.

2. LA ACTIVIDAD INTELECTUAL DE LA MUJER

a) *La educación*

«La mujer, según nuestros mayores, debía tener la menor inteligencia i la menor voluntad propia que fuesen posible... Este abatimiento moral de la mujer resultó, naturalmente más profundo en las colonias de América, donde la ignorancia fue siempre incomparablemente mayor que en España», explica don Miguel Luis Amunátegui.

La instrucción femenina a comienzos del siglo XIX era impartida en los hogares y complementada en algunos conventos de religiosas, que daban sólo rudimentos básicos de aritmética, gramática, catecismo, historia sagrada, literatura, idiomas, música y labores. El que una niña o mujer rebasara los niveles culturales comunes a aquella época histórica, el que surgiera una Do-

lores Egaña se deberá principalmente al grado de ilustración y refinamiento existente en el seno de su hogar.

Doña Dolores Egaña Fabres cursa estudios superiores. »A 4 días del mes de Agosto de 1810, se matriculó en esta Universidad de San Felipe, doña Dolores Egaña, natural de esta ciudad, hija legítima de Don Juan Egaña, catedrático de retórica, i de Doña Victoria Fabres, para cursar la facultad de Filosofía, e hizo el juramento prevenido por sus constituciones, i para que conste, de orden del Señor Rector lo anoto así¹. Fue este un acontecimiento único en su época.

Doña Mercedes Rosales Larrain, interrogada por el almirante francés Ducamper acerca de si había hecho estudios en Europa, por su ilustración literaria y dominio de idiomas, respondió que su única enseñanza era la recibida en el convento de monjas, como cualquier niña de su época, y el inglés y francés los había adquirido en casa de sus padres. Recordemos también a Luisa Iñiguez, aquella joven cultísima mencionada anteriormente.

Recién iniciada la Independencia, la junta de gobierno de 1812, ordenó abrir escuelas primarias en los conventos para ambos sexos: »Parecerá una paradoja en el mundo culto, que la capital de Chile, poblada de más de 50.000 habitantes no haya conocido aún una escuela de mujeres. Podría creerse a la distancia un comprobante de aquella máxima bárbara de que el americano no es susceptible de enseñanza. Pero ya es preciso desmentir errores, y sobre todo, dar ejercicio a los claros talentos del sexo femenino, y para verificarlo con la decencia, religiosidad y buen éxito que se ha prometido el gobierno, ordena que a ejemplo de lo que se ha hecho en los conventos regulares, destine cada monasterio en su patio de fuera, una sala capaz para situar la enseñanza de las niñas que deben aprender por principio la religión, a leer, escribir y demás menesteres de una matrona a cuyo estado debe prepararlas la Patria. Aplicando el Ayuntamiento de sus fondos los salarios de maestras que bajo la dirección y clausura de cada monasterio sean capaces de llenar tan loable como indispensable objeto«, firman Carrera, Prado, Portales². Estos fueron los párrafos principales del primer decreto sobre educación femenina que se dictó en el Chile Republicano. Se acordó al año siguiente que se creara en

¹Alejandro Fuenzalida Grandón, *La Evolución Social de Chile*, p. 246. Imprenta Barcelona, Santiago, 1906.

²Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, pp. 88-89. Imprenta Universitaria, Santiago, 1939.



cada villa o aldea de más de 50 familias una escuela de mujeres donde se enseñaría a leer y escribir. Las contingencias de la Reconquista y de los primeros años de vida independiente, la falta de maestros y libros adecuados fueron retrasando estas esperanzas en la educación popular femenina.

Durante el gobierno de Francisco Antonio Pinto, la esposa de José Joaquín de Mora, la Sra. Fanny Delaunau estableció un colegio para señoritas. Cuenta José Joaquín de Mora, en carta a un amigo, los éxitos del primer día: »Como Ud. se interesa tanto en todo lo nuestro, le diré que el día 5 de Marzo de 1828, se abrió el colegio de Madame con 40 alumnas entre pupilas y medio. El presidente y su señora vinieron a instalarnos y a dejarnos dos hijas. Creo que irá bien el establecimiento. La casa ha quedado magnífica, y la juventud felizmente organizada nos promete un éxito favorable. Tenemos una excelente sub-directora, buen maestro de música, en fin no faltan elementos. Fanny, obrando por sí sola y sin adláteres exóticos se muestra capaz de la empresa»³.

La enseñanza que dio este colegio constituyó una revolución para la época, y las jóvenes de las familias ilustradas y liberales asistieron a él. Poco después abrió sus puertas un colegio rival, el de Madame Versin, que tuvo como alumnas a las jóvenes de familias tradicionales. Tenía un programa similar, pero con menos énfasis en los idiomas. Fueron estos establecimientos la vanguardia de la educación femenina y abrieron el camino a los colegios particulares de niñas que, durante más de medio siglo, habían de ser los únicos en impartir los rudimentos de los estudios secundarios.

No debemos dejar de mencionar a aquellas educadoras destacadas que siguieron la huella de estas ilustres antecesoras: Las hermanas Cabezón, en 1832, fundaron un colegio en Santiago, y una de ellas, Manuela, se fue a la Araucanía a educar a la joven aborigen, sufriendo toda clase de incomodidades. Continuó posteriormente su labor con gran abnegación, fundando colegios en Copiapó y Valparaíso. Mercedes Cervelló fundó en 1845 un colegio que mereció especial atención por parte del gobierno. Fue una mujer valiosísima que escribió varios textos de enseñanza.

Otro aporte de la iniciativa privada fue la llegada al país de congregaciones religiosas que educaron niñas de la sociedad. Las religiosas de los Sagrados Corazones abrieron colegios en Santiago, Valparaíso y Talca, las monjas francesas del Sagrado Corazón se establecieron en Santiago y Concepción, durante el gobierno de don Manuel Montt. »Llegó el día de ingresar a las monjas. Tenía 7 años, el internado me parecía muy triste, mi madre me consolaba...

³ Carlos Stuardo, *El Liceo de Chile*, pp. 12-13. Imprenta Universitaria, 1950.

El gran patio y el huerto estaban separados por una reja de fierro... había un parrón de dos cuadras de largo, más allá un pabellón cubierto de flores de la pluma coronado en lo más alto por la estatua de la Virgen del Sagrado Corazón de María, al fondo del huerto había una capilla encantadora, a donde las madres nos llevaban a rezar si nos comportábamos bien... las clases comenzaban a las 8 y media después del desayuno, y después de la hora del recreo, trabajábamos hasta las once y media. En seguida almorzábamos de modo corriente, con postre de dulce en el invierno y de frutas cuando era la estación⁴. Les enseñaban los conocimientos escolares usuales, el idioma inglés y el francés, el piano, baile, pintura, etc., y retornaban donde sus padres a la edad de 15 años, ya desarrolladas espiritual y corporalmente para debutar en sociedad como auténticas damas, según observaba en 1861 Paul Treutler.

Doña Mercedes Marín, dejó inédito un interesante programa de estudios para la mujer. En él hacía notar la influencia que ello tendría en el porvenir de Chile. Primero que todo, debía enseñarse a las niñas a leer y a rezar, tratando de hacerlo lo más ameno posible. A los 7 u 8 años, se las consideraba aptas para leer el catecismo de Fleury. Debían leer un buen compendio del *Antiguo Testamento* y «narrar, evitando repeticiones y vicios del lenguaje, aquello que han leído para formar un hábito», consideraba que eran indispensables el conocimiento de la geografía: la figura de la tierra, sus movimientos, etc.; los conocimientos básicos de la historia de algunos pueblos, especialmente griegos y romanos, para lo cual servirían los libros de Fleury y de Rollin. Luego conocerían la historia moderna y eclesiástica. Para la formación moral, recomendaba las lecturas de fábulas como las de Samaniego. Para que aprendieran principios prácticos de gramática, debían escribir una carta semanal. Luego de dominar el idioma patrio, aprenderían un segundo idioma: el francés les resultaría muy útil. Los trabajos manuales, coser, cortar y bordar su propia ropa debían ser una sana entretención. La madre debía enseñarles los quehaceres domésticos. Como adorno de la educación, era necesario el aprendizaje de la música y el dibujo. Le interesaba a doña Mercedes Marín que las jóvenes recibieran una formación completa y fueran excelentes madres, primando por sobre todo los valores religiosos.

El total de muchachas que se educaban en colegios particulares hacia mediados de siglo era de 2.256 alumnas. La joven de clase alta había adquirido un mayor desarrollo intelectual entonces, y ello se debió especialmente a la existencia de establecimientos particulares de enseñanza femenina. Mu-

⁴ Carmen Smith, *Mis Memorias*, pp. 19-20. Editorial Imparcial, Santiago, 1936.

chos padres se interesaron en el problema, aunque don Abdón Cifuentes cuenta en sus memorias que mucho trabajo le costó convencer a su padre que consintiera en educar a sus hermanas: »rogué que trajese, desde luego de interna, a la mayor de ellas a un afamado colegio de señoritas dirigido por una señora Acosta, donde se educaron muchas respetables matronas de ahora«. Su padre contestó: »Las mujeres no necesitan estudios como los hombres«.

El estado no atendió la educación media femenina hasta muchos años más tarde. En cambio durante los decenios conservadores, hay un impulso nacional hacia la educación primaria de la mujer. Se dictaron decretos del gobierno en que se estableció la importancia de crear establecimientos de educación femenina en las cabeceras de cada departamento, o por lo menos en la capital de cada provincia de la República. Existieron además incentivos honoríficos y pecuniarios para las personas dedicadas con abnegación a la enseñanza de niñas de escasos recursos.

El censo de 1854 nos hace ver que alrededor del 10% de las mujeres leían y el 8% escribía. Cuantitativamente, la instrucción de la mujer es inferior a la del hombre, ya que, a la misma fecha, la proporción de chilenos que leen y escriben era de 1 mujer por cada 13,63 habitantes y de 1 hombre por cada 10,31. El porcentaje más bajo de instrucción se registraba en Chiloé, Arauco y Maule.

El Presidente Manuel Montt fue el estadista que, comprendiendo la importancia de la educación para el desarrollo de la nación, dio durante su gobierno gran auge a los programas de instrucción pública. Es así que durante su gobierno se creó la Escuela Normal de Preceptoras y se dictó la ley de Instrucción Primaria de 1860. Fue además el primer intento efectivo de incorporar a la mujer a los planes de educación primaria a escala nacional.

La Escuela Normal de Preceptoras, que inició sus actividades en 1854 y cuya dirección fue entregada a la Congregación del Sagrado Corazón, vino a llenar un vacío, y a remediar en forma importante las graves condiciones de analfabetismo imperantes. Su principal preocupación fue la educación de jóvenes de modestos recursos. Posteriormente, a fines del gobierno de Santa María, se modificaron los métodos y organización de esta Escuela al llegar a Chile un grupo de educadoras alemanas, introduciéndose la lección razonada y aplicándose a la enseñanza nuevos procedimientos pedagógicos.

La Ley de Instrucción promulgada en noviembre de 1860, que activó durante más de medio siglo la instrucción primaria, estableció la gratuidad de la educación estatal y ordenó la apertura de una escuela de niños y niñas por cada 2.000 habitantes. Estos establecimientos se dividían en elementales y superiores. Los estudios fueron similares para ambos sexos en las asignaturas

básicas, pero a las mujeres se les sustituyó el dibujo y la constitución política por la economía doméstica y labores de aguja.

Paralelamente había nacido la Sociedad de Instrucción Primaria por iniciativa de un grupo particular. Esta sociedad se extendió luego por varias ciudades de provincias. Al término del gobierno de don Manuel Montt el informe sobre escuelas públicas indicaba: Escuelas Elementales, mujeres 201; Escuelas Superiores, mujeres 5; Escuelas Elementales, hombres 366; Escuelas Superiores, hombres 16.

Más adelante, durante la administración de Federico Errázuriz, se crearon las escuelas de horario alternado para facilitar a los niños la concurrencia a ellas en los sectores rurales. Un nuevo paso fue dado en 1881 al crearse las escuelas mixtas y también se empezó a dedicar mayores presupuestos al contrato de profesores, edificación de escuelas y compra de material de enseñanza. Estas medidas demuestran el interés de las autoridades por la instrucción primaria femenina.

Las instituciones católicas cooperaron activamente a impulsar la educación popular. Se destaca entre ellas la Sociedad de Santo Tomás de Aquino que capacita a las niñas del pueblo en los quehaceres de casa y trabajos manuales. Esta misma labor la cumplen las religiosas de María Auxiliadora y las de la Inmaculada Concepción a través de asilos y establecimientos de instrucción gratuita para las jóvenes más necesitadas. Las monjas de la Divina Providencia se preocupan especialmente de la joven indígena, estableciendo en Temuco un internado para ellas.

El desarrollo de la instrucción primaria demostró que a fines de siglo el 35,2% de las mujeres leía y el porcentaje en hombres era de un 41%. Hay un aumento notable de mujeres que asisten a escuelas en relación a los censos anteriores: 61.770 mujeres escolares. Los porcentajes indican un claro adelanto en la campaña contra el analfabetismo.

Desde la década del 70 en adelante, se escuchan críticas y peticiones para que el Estado se preocupe de la Educación Secundaria femenina que se encontraba en manos de particulares y daba cabida solamente a las jóvenes de familias acomodadas. Doña Antonia Tarragó fundó el Liceo Sta. Teresa y en 1864 creó los cursos de Humanidades. Una de sus mayores preocupaciones fue insistir ante las autoridades sobre la validación de los exámenes de sus alumnas. El ambiente no estaba preparado aún para este paso; más tarde, cuando se abrieron estas posibilidades, distinguidas alumnas de su colegio entraron a la Universidad. Paralelamente, doña Isabel Lebrun de Pinochet introdujo los

FAMILIA

ENERO

1910



Número 1

UN PESO

estudios secundarios en su establecimiento. Este colegio no sólo impartía conocimientos sino además propiciaba torneos culturales. La calidad de los estudios impartidos permitió que las dos primeras médicas que existieron en el continente fueran ex alumnas de la institución.

Estos años marcan el despertar para la enseñanza secundaria de niñas. El primer liceo se abre en Copiapó en 1877, le siguen Valparaíso, Concepción en 1884, y Santiago en 1895, con el nombre de Instituto de Señoritas y posteriormente de Liceo N° 1. Se ha abierto un cauce que posibilita la instrucción a las jóvenes de los grupos medios.

Este gran empuje a la Educación Secundaria de la mujer fue debido fundamentalmente al decreto del ministro Miguel Luis Amunátegui, que marcó una nueva época para la cultura y profesionalización femenina. El decreto del 6 de II de 1877 expresaba: »Las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales con tal que se sometan, para ello, a las mismas disposiciones a que están sujetos los hombres«. Los considerandos de este decreto se indicaban así: 1° Que conviene estimular a las mujeres que hagan estudios serios y sólidos. 2° Que ellas pueden ejercer con ventaja alguna de las profesiones denominadas científicas. 3° Que importa facilitarles los medios de subsistencia para sí mismas⁵. Se hace al fin una realidad para las mujeres la entrada a la Universidad y se reconoce la importancia que tiene el hecho de que la mujer pueda incorporarse a la vida económica y cooperar con la obtención de medios de subsistencia a través del ejercicio de una profesión. El decreto causó polémicas debido a que, en un primer tiempo, se temió en los sectores católicos que el gran desarrollo de los liceos fiscales acentuaría una tendencia hacia la ilustración científica y laica de la mujer en desmedro de una formación religiosa y más centrada en sus labores de hogar. A su vez, el elemento católico comprendió la necesidad de impulsar una mejor instrucción secundaria en sus establecimientos, sin perder de vista la educación cristiana de la joven y se sentirá en muchos casos obligado por el auge de la educación fiscal y el concepto del Estado Docente a luchar en pro de la libertad de enseñanza. Están aquí implícitas las grandes luchas doctrinarias que afectaron el último tercio del siglo XIX.

⁵ *Actividades Femeninas en Chile*, p. 9. La Ilustración, Santiago, 1928.

El desarrollo de la instrucción femenina permitió a la mujer intervenir prontamente en la vida pública y cultural de Chile. Una muestra de ello es la fundación, mantención y redacción de revistas femeninas como »La Mujer« y »La Familia«, esta última de 1910.

Sorprende el hecho que pocas fueran las voces femeninas que se elevaron en demanda de un mejoramiento en la enseñanza. Junto a las educadoras pioneras recientemente nombradas, las aspiraciones femeninas se manifestaban en un pequeño núcleo desde el periódico *La Mujer*. Es el mismo que aboga por elevar la condición general de la mujer y será el precursor del llamado movimiento feminista del siglo xx. En el prospecto circular del primer número (111-1877) agradece al ministro Sr. Amunátegui su labor en pro de la Educación femenina y propone que esta publicación sea «el órgano y sostén de estos intereses, aligerar sus vueltas, trabajar por el adelanto i extensión de la obra comenzada, reunir todos los elementos dispersos que signifiquen adhesión y simpatía por la gran causa del porvenir, la regeneración i mejoramiento social de la mujer». Los artículos de este periódico insistieron constantemente en la necesidad de la ilustración superior de la mujer. Mencionamos, por ejemplo, «La mujer es capaz de penetrar en el dominio de las ciencias», por A. Tarragó; «La filosofía es complemento indispensable en la educación de una señorita, especialmente la Teodisea y la Moral,» discurso en la entrega de premios de la señora Chacón.

Como una solución para las jóvenes de clases más modestas surgen los talleres y las escuelas técnicas y profesionales. Durante el gobierno de Balmaceda se creó la primera escuela de Artes y Oficios para niñas. Se dispuso que la enseñanza sería gratuita y comprendería cursos de comercio, modas, lencería, bordado, cocina, etc.; la idea de fundar este establecimiento nació de la Sociedad de Fomento Fabril. El objetivo fue permitir a las jóvenes que se ganaran la vida con su trabajo y completaran su educación para el hogar. La enseñanza es gratuita; a las alumnas se les exigían estudios primarios y recibían además el 60% del precio de la mano de obra de los trabajos que se les encargaba.

Hacia 1900, con una población de 1.500.000 habitantes, Chile contaba con 1.717 niñas que habían cursado estudios secundarios; 669 asistían a escuelas normales y 394 a escuelas técnicas.

Es interesante conocer la opinión que se da en revistas de la época sobre las profesiones más aconsejables para la mujer; nos van indicando el papel que la sociedad espera de ellas. Nuevas posibilidades se abrieron desde el momento que podían obtener el título de bachiller y optar a carreras universitarias: «las humanidades las habilitarán para unas cuantas profesiones más en armonía con su organización delicada y su vida sedentaria»... «desempeñarán con facilidad y con brillo las carreras de médico, farmacéutico, matrona, telegrafista, tenedora de libros, preceptora o profesora, abogado y escritora o lite-

rata, profesiones todas que no requieren fuerza física ni una actividad material incompatible con la manera de ser, inclinaciones i aptitudes de la mujer⁶.

El Instituto Pedagógico, fundado en 1889 con profesorado de origen alemán y nuevos conceptos de enseñanza, hizo pesar sus influencias en la educación chilena de los últimos años, especialmente en la femenina, pues la mayoría de los primeros alumnos fueron mujeres, atraídas por una vocación que siempre ha estado muy unida a su naturaleza.

La última década del siglo XIX vio nacer a la primera generación de mujeres universitarias. Los prejuicios y limitaciones que se le presentaron a la mujer no fueron obstáculos suficientes para impedir a un reducido pero esforzado número, obtener títulos universitarios, dejando muy en alto el nombre de la mujer chilena. Estas conquistas se cuentan entre las primeras logradas en el mundo por las mujeres, tal vez con excepción de las norteamericanas. Eloisa Díaz, Ernestina Pérez y Eva Quezada, en Medicina; Matilde Throup y Matilde Brandau, en Derecho; Paulina Starr, en Dentística; Rosario Madariaga, en Ingeniería Agronómica, las primeras pedagogas matronas, químico-farmacéuticas, etc., constituyen esta generación.

b) *Las letras, el arte y la artesanía*

La cultura femenina al iniciarse el siglo XIX, dejaba mucho que desear. Recordemos lo que escribe el viajero Samuel Haigh sobre la formación de las jóvenes de sociedad: »de rápido entendimiento su educación es reducida... muy rara vez he visto en sus bibliotecas más que *Don Quijote*, *Gil Blas*, las novelas de *Cervantes*, *Pablo y Virginia* y algunos otros libros, entre los cuales nunca faltan el misal, la Historia de los mártires y algunos libros religiosos«.

Un resurgimiento cultural vivió el país desde la década del 40, debido en parte a la influencia de los grandes maestros Bello y Mora, y a la llegada a Chile de intelectuales y pintores extranjeros. Se crean la Sociedad Literaria, y el Conservatorio Nacional de Música, entre otras instituciones. Se inicia el cultivo de las artes y las letras y la mujer no está ajena a estas actividades. Algunas figuras de excepción alcanzan singular relieve: doña Mercedes Marín, Isidora Zegers y doña Rosario Orrego.

El romanticismo invade desde Europa la cultura nacional. El teatro, las lecturas, las costumbres y los retratos de la época reflejan claramente esta influen-

⁶Ernesto Turenne, *Profesiones científicas para la Mujer*. Artículo en Revista Chilena, T. VII. Imprenta República, Santiago, 1877.

cia, que abarca desde 1830 hasta 1870 y afecta especialmente a las mujeres de sociedad.

El 21 de abril de 1844 se estrenaba la ópera *Romeo y Julieta* por la primera compañía lírica de importancia que llegó al país. Cantaban la soprano Teresa Rossi y la contralto Clorinda Pantanelli.

»La noche del estreno, el teatro de la Universidad resplandecía, no por luces sino por mujeres hermosas. El poema de Shakespeare conmovió a las mujeres. Sus corazones sencillos, vírgenes de las impresiones del arte, ajenos a las mil preocupaciones que la moda i el desenvolvimiento de la sociedad han hecho nacer después, se abandonaban por completo a las emociones del amor ideal, de los sublimes sacrificios, de los generosos esfuerzos«... »Por eso en las escenas patéticas, mientras los hombres aplaudían con frenesí i llenaban el proscenio de ramilletes i coronas, las mujeres lloraban de placer i emoción«. Este comentario de Vicente Grez, no parece exagerado, si lo comparamos con lo que relata de su propia experiencia una joven: »En aquellas temporadas experimenté mis primeras impresiones artísticas con el teatro lírico y el dramático. Me penetraba de tal manera de los argumentos de las óperas que me emocionaba hasta las lágrimas, lo que despertaba la indignación de mi mamá, quien me obligaba a retirarme de los primeros asientos, para que no me expusiese al ridículo... yo vivía materialmente absorbida por aquel ambiente de ficción y lloraba con *Julieta*, me aterraba con *Hamlet* y sufría con *Desdémona*; pero a veces también gozaba con *Kean* o alguna otra obra romántica de la época«⁷

Llegó a tal extremo la compenetración de las jóvenes con los personajes románticos que »las ojeras se hicieron de moda, sufrir fue la última expresión de la felicidad. Hubo niñas, i no inventamos que bebían vinagre para palidecer i enflaquecer. La tisis terminaba bien pronto la obra iniciada por el romanticismo. En la Filarmónica muchas mujeres se desmayaban por lo apretado del corsé«⁸.

Los libros que más se leían eran *Corina* de Mme. de Stael, *El Moro Expósito* del Duque de Rivas, las novelas de Dumas, de Victor Hugo, Chateaubriand y George Sand; los versos de Espronceda y de Núñez de Arce.

A mediados de siglo, el visitante americano C. B. Merwin comenta que »el intelecto de las mujeres es superior al de los hombres, pero no hay ningún incentivo para ellas. No existen las sociedades literarias femeninas, ni tam-

⁷ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, p. 114. Ediciones Orbe, Santiago 1942.

⁸ Vicente Grez, *Vida Santiaguina*, p. 114. Imprenta Gutenberg, Santiago 1879.

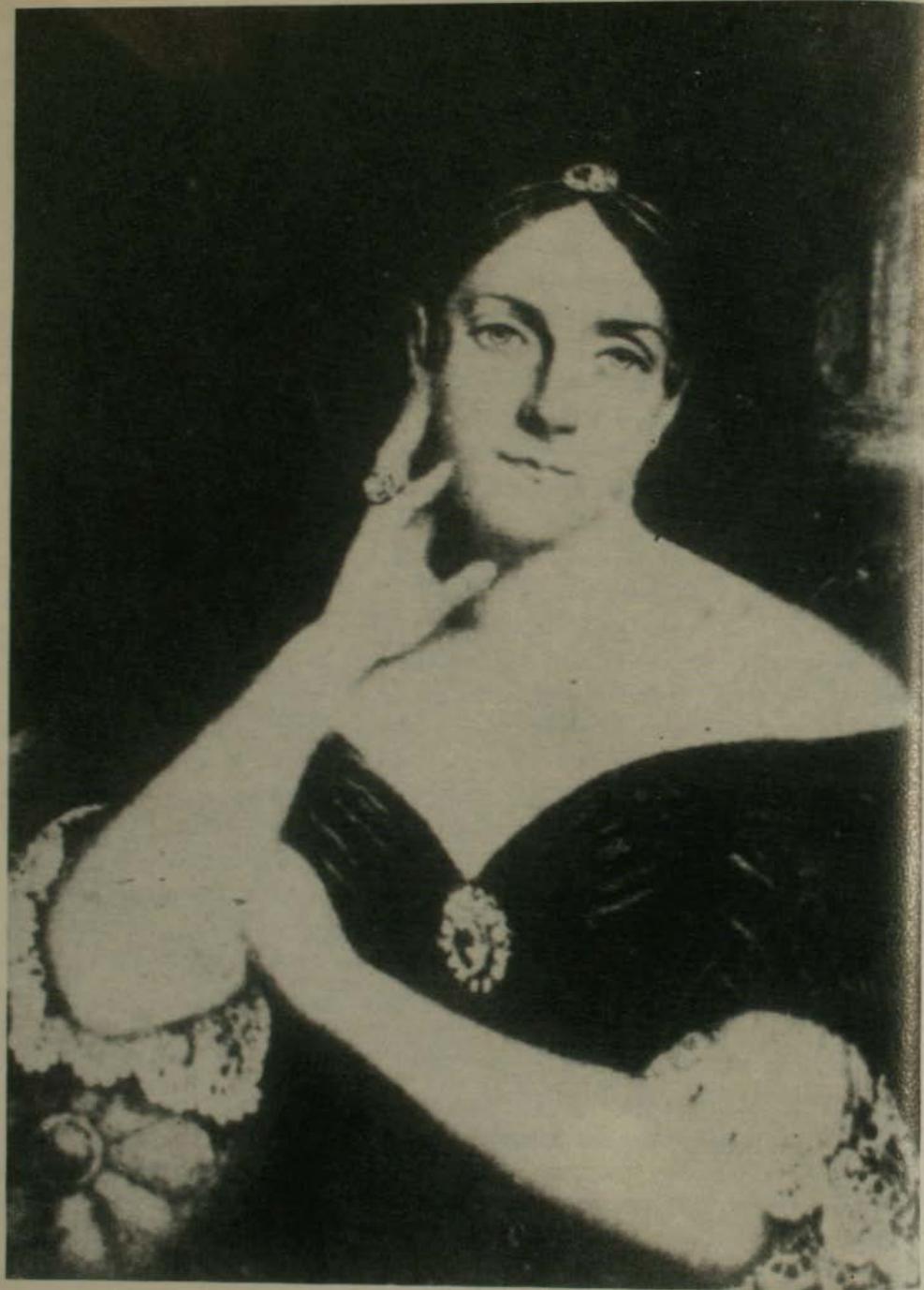
co una lectura apropiada. Son escasas las mujeres que se informan intelectualmente. En realidad, la mujer se está recién incorporando a la educación y a la cultura; es necesario recordar que los liceos fiscales a lo largo del país sólo se crean en la segunda mitad del siglo. Las mujeres de élite, productos de un hogar de selección, que suplía su deficiente cultura, constituían la excepción. Clara Alvarez Condarco, hermosa joven, fue una de aquellas mujeres de excepción, su perfecto dominio de los idiomas le permite traducir importantes obras inglesas y francesas. Ejemplo: «Antonio y Mauricio o Historia de un Presidario» de Jurien, en 1845. Discípula y bella ilusión del gran pintor Rugendas, cultiva con éxito la pintura. Su hogar se convierte en un centro para el arte y las ideas innovadoras en Valparaíso, su ciudad natal.

El arte del salón que se desarrolló en la sociedad parisina, donde jugaron un brillante papel mujeres como Madame de Stael, Madame Recamier, etc., tuvo en Chile sus cultivadores. Varias damas abrieron sus salones para recibir lo más selecto del mundo intelectual y político.

Precursora en este verdadero arte fue doña Isidora Zegers, a quien analizaremos en forma más completa en el campo musical, en el cual reinó en forma indiscutible. El salón de doña Martina Barros fue centro literario por excelencia. Según ella: «estas reuniones estimulaban al hombre para lucir sus facultades y a la mujer la inducían a instruirse de la cultura necesaria para no demerecer en el concepto de sus tertulias y para mantener el interés en sus recepciones». Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores, artistas, se reunían a conversar sobre política, teatro, letras, música, etc., en estos salones de élite. Se pasaba revista a los autores de moda como Victor Hugo, Dandet, Sainte Beuve, Balzac, George Sand, y los Gocourt, a las poesías de Campoamor y Bécquer, a los grandes oradores sagrados como Bossuet, Lacordaire, Fenelon. Los asiduos contertulios representaban lo más destacado del ambiente artístico y literario de la época: Guillermo Blest Gana recitaba sus inéditos poemas, el destacado pintor Pedro Lira trasmitía su sensibilidad, Luis Montt instruía sobre historia americana, políticos excepcionales como don Juan Agustín Barriga, José Victorino Lastarria, Ambrosio Montt y Luis Aldunate ilustraban sobre los acontecimientos del presente.

Destaca también entre los salones el de Laura Cazotte de Antúnez, señora de gran belleza y distinción, que daba siempre el tono a la conversación. Solían asistir personajes como José Manuel Balmaceda, Joaquín Walker y Augusto Matte.

La prensa recogía todas las impresiones políticas, literarias y artísticas



y las comentaba, lo que producía apasionantes debates e imprimía brillo a los salones de la época.

El arte dramático tuvo gran acogida a fines de siglo. Visitó Santiago, en 1874, una compañía italiana que traía a la diva A. Ristori que interpretó «Fedra» y «María Antonieta», de Giacometti, entre otras piezas. Sara Bernhard causó una gran impresión con su estancia en la capital, interpretando los dramas franceses *La Dama de las Camelias*, *Hernani* y *Margarita Gautier*. El gran Rossi representó a algunas de las principales tragedias de Shakespeare.

Tal fue en síntesis el ambiente cultural en que se desenvolvió la mujer de los grupos altos. El teatro, las lecturas y los salones culturales fueron sus principales manifestaciones.

Pese al escaso grado de cultura existente, durante el período de la Independencia surge una figura femenina: Mercedes Marin, quien logró sobresalir del ambiente que rodeaba a la mujer, imponiéndose por sus destacadas condiciones literarias.

Nacida en el hogar selecto de doña Luisa Recabarren, una atmósfera culta la rodeó desde su infancia. En 1830 se casó con don José M. del Solar, no descuidando por ello el cultivo de la poesía y la música. Reflejan sus poesías a una mujer de hogar, donde aflora el sentimiento maternal y los sucesos históricos que conmueven su existencia.

«Bastaría la especialísima circunstancia de haber sido la primera mujer que supo manejar la pluma en Chile, a pesar de las trabas sociales, para que, prescindiendo del mérito de sus obras, su vida debiera llamar la atención de sus compatriotas» expresa don Miguel Luis Amunátegui. Las lecturas que ayudaron a su formación fueron el catecismo de Fleury, el *Compendio histórico de la Religión*, de Pincton; *La Historia Romana* de Lorenzo Echard; el *Compendio de Historia Natural*. El aprendizaje del francés lo realizó con su padre y con don Agustín Vial. Así pudo agregar a sus lecturas la obra del Abate Lamourette, la *Historia Antigua* de Rollin y las *Veladas de la Quinta* y las *Cartas de la Educación* de Mme. de Genlis. Además, bajo la dirección de don Ventura Blanco inició el estudio de varios poetas: Byron, Fray Luis de León, Quintana, etc.

Una larga producción literaria va surgiendo de su pluma. Escribía cuando algún suceso público o íntimo la obligaba a hacerlo «sin haber buscado casi

nunca aquellos temas abstractos o imitados de los libros de moda, que suelen tomar los poetas⁹.

»Me pregunta Ud. por mi musa, escribía a Rugendas. Ella es de suyo caprichosa, inconstante, fugitiva y más que todo perezosa, pero ahora duerme profundamente, se lo aseguro a Ud... Temo el espíritu de partido que tanto fascina el entendimiento y que nos hace sin saber murmuradores e injustos, y quiero conservar la libertad de mis opiniones tanto como la tranquilidad de mi conciencia¹⁰.

Destacado es su elogio al arzobispo Monseñor Vicuña y el canto fúnebre a la muerte de Portales, que la consagra definitivamente. No tuvo intención de publicarlo; sólo fue un desahogo de sus sentimientos ante el trágico acontecimiento; pero don Andrés Bello logró convencerla que lo editara.

Soneto dedicado a su hija menor, en trance de muerte:

¿Último resplandor del claro día
de mi felicidad, hija adorada,
por la bondad del cielo destinada
para ser mi consuelo y mi alegría?
De tu edad en la bella lozania,
de gracia i virtudes adornada,
eres flor hechicera cultivada
por el desvelo i la ternura mía.
Tú, el solitario hogar con tu presencia
adornas; mi solícito desvelo
es la dicha formar de tu existencia.
Y mientras mi plegaria sube al cielo
i en amorosa paz vives conmigo,
en lo íntimo del alma te bendigo.

Sus composiciones son espontáneas y translucen sus sentimientos y estados emocionales. Colaboró con la prensa de la época y elaboró un plan de estudios para una joven cristiana. De su espíritu profundamente católico y patriótico nos dan prueba los temas que predominan en sus obras.

Es necesario señalar otras poetisas que enaltecen este arte a lo largo del si-

⁹Miguel Luis Amunátegui, *La Alborada poética en Chile*, p. 489. Imprenta Nacional, Santiago, 1892.

¹⁰Raúl Silva Castro, *Cartas Chilenas, S. XVIII y XIX*, p. 70. Santiago 1954.

glo. Doña Delfina Hidalgo de Morán, que tiene un hermoso poema «Chile, mi Patria» y una obra religiosa «La Tolerancia», y doña Quiteria Varas que escribe una «Epístola a la esposa de Arturo Prat», que se inicia así: «Soy mujer y comparto tu duelo, soy Chilena y envidio tu honor»...

La prosa que más abunda es la traducción, pues la mayoría de las mujeres aún no se atreven a lanzarse en la creación literaria. Si hacemos un resumen de las traducciones del siglo pasado hechas por mujeres, resulta que la gran mayoría son libros religiosos, libros de consejos para los niños y el hogar, novelas, y ensayos sobre temas diferentes. Por ejemplo, doña Enriqueta Pinto tradujo *El Manual de una mujer cristiana* del abate Chasap (1859), Dolores Olañeta, *La Condesa de Gloswood* (novela, 1869); Isabel de la Barra, *El libro del pueblo, consejo a los obreros para mejorar su condición* (1871); Nicolasa Montt *El demonio del Dinero* (1899).

Las obras educativas y religiosas son también frecuentes. Doña Rosario Vargas, que obtuvo en 1858 el premio de Educación Popular, escribió un texto de enseñanza para sordomudos; doña Eugenia Serrano hizo un compendio de Geografía descriptiva en 1867, doña Luisa Fernández de García Huidobro escribió un maravilloso y profundo manual de oraciones al iniciarse el siglo XX, y así varias más.

Algunas, muy valientes, incursionan en el campo de la novela. Nos detendremos con entusiasmo en la personalidad de doña Rosario Orrego, que además de novelista invade con su pluma la prensa de la época; doña Celeste Lasabe de Cruz-Coke escribe *Rosa de Abril*, que desgraciadamente no pudimos conocer; *Un remordimiento* es la profunda novela de doña Mariana Cox, y Mercedes Vial de Ugarte escribe *Cosas que fueron*, novela costumbrista sobre la sociedad del siglo XIX; ciertas franquezas de su obra produjeron, al parecer, escozor en algunas familias.

En 1859 inicia sus primeras lides en la literatura nacional doña Rosario Orrego de Uribe, que envía sus primeros versos, con el seudónimo de Una Madre, a la revista *La Semana* publicada por los hermanos Arteaga Alemparte. Durante más de 13 años siguió escribiendo sin salir de su reserva; «La sencillez de la forma y la intensidad de la emoción hicieron descubrir a la mujer»¹¹. Nació en Copiapó en plena época romántica y su poesía deja sentir el influjo de ese período. En 1853 se estableció en Valparaíso donde residió definitivamente.

Entra triunfalmente, al poco tiempo, en el camino de las letras y el periodis-

¹¹ Augusto Orrego L., *Conferencia leída en la escuela Rosario Orrego*. Revista Chilena (María Vial). Año VI, tomo XV, 1922, p. 2259.

mo. Entre sus novelas se encuentran *Teresa*, que trata de un episodio histórico en la época de la Independencia, en que la protagonista sacrifica su amor por un joven realista en aras de la lealtad a la Patria; *Alberto el Jugador* y los *Busca Vida*, novela costumbrista que pinta la vida en un centro minero nortino. Estas dos últimas novelas las publica en la revista *Valparaíso* que dirige personalmente.

En esa época era incorporada como Socia Honoraria a la Academia de Bellas Letras, siendo la primera mujer que recibía tal honor. Gran impresión causaron a los miembros su poético discurso, su belleza, su juventud y la gran suavidad de su expresión. Por extraña coincidencia del destino, el 21 de mayo de 1879, mientras su hijo moría gloriosamente en Iquique, ella fallecía de un ataque al corazón. He aquí una poesía a su hijo Luis escrita anteriormente: »Eres ya un hombre. En tu tostada frente, como alboreando el patriotismo está. Ya brilla en tu pupila el fuego ardiente del jefe osado, del marino audaz«.

Su poesía refleja su fe religiosa. Hay un llamado de la tierra, un canto al Dios Creador y un patriotismo ardiente. En la siguiente estrofa, que escogemos, hay una lección para la vida, una enseñanza dirigida a la mujer:

»Qué valen las hojas del lauro engañoso
 los sueños de gloria qué valen, qué son,
 si encuentras un alma, si das a un esposo
 amante y amado tu fiel corazón.
 La musa de lesbos te ofrece un ejemplo,
 hubiera cambiado su lira
 por una cabaña los triunfos del templo
 por blancos azahares su sacro laurel«.

El periodismo femenino se inicia a fines del siglo pasado. Hay un diario que publican las señoras de Santiago en 1865 por corto periodo y con claros fines político-religiosos, que comentaremos en lugar pertinente. Lamentablemente, las colaboradoras mantienen el anonimato y no es posible, por lo tanto, recordar a las pioneras femeninas del periodismo chileno.

En 1873 la mentada literata y periodista Rosario Orrego de Uribe, toma a su cargo la *Revista de Valparaíso*, periódico quincenal dedicado a las artes, letras y ciencias. Es una revista cultural por excelencia; colaboran en ella Miguel Luis Amunátegui con anécdotas literarias, Manuel Antonio Matta con sus hermosos poemas y se incluyen interesantes artículos moralizadores de costum-

bres de la propia directora. Hay traducciones de los autores románticos todavía en boga como Schiller, Walter Scott y Goethe, interesantes artículos científicos y amenas crónicas históricas. Amplia y profunda debe haber sido la versación de doña Rosario para dirigir tan completa y erudita revista. Es considerada la primera mujer periodista de nuestra historia.

En 1877 se funda un periódico semanal, *La Mujer*, que tiene como objetivo fundamental elevar la condición femenina. Su fundadora y directora es doña Lucrecia Undurraga viuda de Somarriva. Sus colaboradoras a lo largo del país son:

En Santiago: Hortensia Bustamante, Mercedes Rogers, Enriqueta Calvo de Vera, Isabel Lebrun de Pinochet. Señoritas Enriqueta Solar, Luisa Mena, Victoria Cueto, etc.

En Valparaíso: Rosario Orrego, Eduvijis Casanova, Dolores de Guevara, etc.

En San Felipe: Enriqueta Courbis.

En La Serena: Mercedes Cervelló.

En Talca: Emilia Lisboa.

En Curicó: Carolina Olmedo.

En Chillán: Mercedes María de Gaete y Ercilia Gaete.

La Familia es un periódico quincenal ilustrado que aparece en 1890, bajo la dirección de doña Celeste Lassabe de Cruz-Coke. Es una revista con hermosas láminas grabadas, dirigida a la mujer. Su fin es entretenerla y cultivarla. Hay artículos sobre música, literatura y avances científicos que constituyen lo cultural de la revista. Hay una sección Cartas de París, en que se describen los acontecimientos sociales, grandprix, estrenos, etc., las modas y los sucesos políticos, literarios y artísticos de la capital francesa, y que demuestra la influencia de lo francés en las costumbres de la mujer chilena. Un folletín acompaña todos los números y una sección de consejos prácticos para la dueña de casa, recetas, consultas, etc., finalizan cada ejemplar.

La música fue siempre cultivada con entusiasmo por la mujer o las familias chilenas. En ningún hogar faltaba un piano o una vihuela y la intérprete principal era generalmente una mujer.

Algunos conciertos particulares en los albores de la república se dieron a iniciativa de personajes extranjeros. A ellos se invitaba a damas que ejecutaban al piano sonatas de Mozart y cantaban dúos con órgano, mostrando grandes aptitudes que causaban asombro, dadas las escasas posibilidades de aprendizaje que la época y lejanía permitían.

Una mujer llegada de Europa en plena juventud y belleza fue la encargada de

acrecentar el valor de la música y desarrollar su cultivo. Isidora Zegers Montenegro nació en Madrid en 1803. Su familia debió emigrar a Francia, donde ella recibió una educación musical extraordinaria. El poeta José Antonio Soffía expresa en una reseña: «su maestro, el célebre Massimino, hizo de la señorita Zegers su discípula favorita y era el mayor placer del hábil profesor hacerla competir con las notabilidades más culminantes de la época, como eran la Malibrán y la Demoreau». Le rogaron que aceptase el distinguido puesto de primera soprano de la capilla real de Luis XVIII, pero sus padres se resistieron a darle autorización.

En 1823 llega con su familia al país, causando gran admiración por sus excelentes dotes artísticas. Coincide su llegada con la de otros personajes aficionados a la música, quienes, junto a Zapiola, fundan la Sociedad Filarmónica, que fue un gran avance para la época. Contrae matrimonio con el Coronel de Vic Tupper, quien fallece al poco tiempo en la batalla de Lircay. Durante estos difíciles años abre un establecimiento de enseñanza de las artes musicales. En 1835 contrae nuevamente matrimonio con Jorge Huneus, originario de Bremen, representante en el país de firmas inglesas y alemanas.

Su hogar se abre al arte, iniciando las reuniones musicales, a las cuales no hay cantante, músico o pianista excepcional de paso por el país, que no concurra. Grandes personajes del mundo político y literario se reúnen ahí; especial papel cumplió su salón en el movimiento artístico del año 42. Durante su formación conoció principalmente a los clásicos. Rossini pareció monopolizar sus preferencias, sin olvidar por ello a Mozart y otros clásicos. Perteneció a un periodo de transición entre el clasicismo y el romanticismo. La fama de sus conocimientos permitió que todo suceso musical le fuera consultado. Apropia es para ella la frase ya repetida: «Fue un árbitro musical en el Chile de antaño».

La más destacada de sus actividades es su participación en la fundación del Conservatorio Nacional de Música. Para zanjar las dificultades del nombramiento de Director y en vista de los altos méritos de doña Isidora, se le nombra presidenta de la Academia del Conservatorio. El decreto del Presidente Bulnes de 1850 se inicia así: «Deseando dar testimonio del alto aprecio que hace el gobierno de los talentos, capacidad y amor a las Bellas Artes que distinguen a Doña Isidora Zegers de Huneus...». Su nombre ha quedado unido en forma indeleble al arte musical del siglo XIX.

Otras figuras femeninas continuaron a lo largo del siglo su huella, destacando no sólo en el país sino en el extranjero, Paulina y Flora Joubard, quienes actuaron en México y Berlín; Sara Cifuentes, Camila Bari, gran cantante criolla, para nombrar sólo algunas.

La pintura femenina tuvo cultivadoras destacadas a finales del siglo XIX. En 1872 Clarisa Donoso, y en 1884 Margarita Gutiérrez y Rosa Ortúzar exponen en el salón de Bellas Artes, donde Magdalena Mira obtiene la primera medalla. Las hermanas Aurora y Magdalena Mira y Celia Castro son lo más representativo del movimiento pictórico femenino.

El arte popular durante el siglo XIX es generalmente anónimo y poético. El romance cultivado en el elemento popular guarda un interés histórico especial. Nuestro pasado colonial se encuentra en él porque la tradición oral ha permitido que se perpetúe la literatura española a través de este género.

Don Julio Vicuña Cifuentes recogió viejos cantos alrededor de 1900 y comprobó este hecho. Se han olvidado los romances históricos (posiblemente se referían a hechos desconocidos), los galantes también han desaparecido y fueron quedando aquellos de temática fuerte, sangrienta, pecaminosa, o de tradición infantil.

Se ha señalado en este estudio esta literatura popular, pues son mujeres las principales intérpretes de ella. Cuando se cantan los poemas, pues lo más corriente es recitarlos, se presentan dificultades, expresa J. Cifuentes: »Cinco o seis he oído cantar, y en vano he procurado recogerlos en cilindros de fonógrafo, pues la mentecatez de las cantoras, disfrazada de vergüenza y encogimiento, nunca me permitió tomar más de dos versos seguidos. Siempre un olvido simulado, una carcajada estúpida, una excusa majadera, echaron a perder el cilindro y... vuelta a comenzar con idéntico resultado. Porque los que cantan romances, no son los profesionales que gustan más de los versos líricos, sino pobres campesinas, gente huraña y dengosa, capaz de desesperar al más paciente con sus enfadosos remilgos. El romance vulgar no se canta, se recita a la vera del fuego, mientras las mujeres escarmanan e hilan la lana, o aspan y devanan el hilo para tejer el sayal, la frazada de cordoncillo, el poncho doble o la vistosa manta paya«.

El reconocimiento del marido es un romance que se recogió en Concepción, Santiago, O'Higgins y Colchagua, con leves variaciones. Doña María Fuentes, de 55 años, lo recitaba en Toconay, provincia de Talca; algunas de las estrofas principales dicen así:

Catalina, Catalina,
linda moza y lindo pie,
yo me embarco para Francia
¿qué encargo es el que me hacéis?

El es blanco y colorado
 y en el hablar muy cortés;
 por la razón que Ud. dice
 su marido muerto fue,
 en una mesa de dados
 por un marino genovés,
 me dejó recomendado
 que me case con Ud.
 Siete años lo esperaré
 si a los siete años no llega
 p'al monasterio me iré
 dos hijas doncellas tengo
 con ellas me dentraré,
 Dos hijos varones tengo,
 al rey se los mandaré
 para que asienten la plaza
 y defiendan por la fe.

Otro medio de expresión frecuente de origen popular fueron las décimas o versos sueltos que comienzan a aparecer hacia 1860.

Las primeras hojas eran apaisadas, y llegaron a alcanzar una dimensión fija de 54 por 38 cms. Se encabezan con ilustraciones. «Unas muy caóticas mezclan retratos de Padres de la Patria y vistas de ciudades extranjeras, con gatos, loros, santos... Producen el efecto de calcomanías. Otras, las más interesantes, son toscos grabados originales de feroz aliento expresionista¹². Posteriormente se editan folletos, con títulos pintorescos. Hay una poetisa femenina, Rosa Araneda, que publica *El cantor de los cantores* (1893-1895).

Destacan en ella versos como la «Aclaración donde dice la Verdad», que es una especie de autobiografía.

Araneda, por su padre
 en Tagua-Tagua nací
 y también les digo aquí:
 Orellanas, por mi madre,
 aunque a ninguno le cuadre

¹²Juan Uribe, *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*, p. 15. Pineda Libros, Santiago 2ª edición, 1974.

pregunto y noticias doy
a varios el día de hoy
demen a saber los delitos,
de que no hago estos versitos
muchos dicen que no soy.

También tiene versos dirigidos con inquina a las vendedoras de la estación de Talca, y a las conductoras que ejercen los oficios femeninos más populares de aquel periodo, pero que son, al mismo tiempo, las que hacen difícil la venta de los versos en las estaciones.

El estudio del folklore nacional, que ha tomado gran desarrollo en los últimos años, ha permitido conocer manifestaciones artísticas populares. Aquella «sabiduría tradicional de las clases ineducadas» (como se definió el contenido de esta ciencia). En Chile la cerámica, la cestería y algunos tejidos artesanales, podrían ser la expresión más representativa del arte femenino por excelencia. Lo que en el siglo pasado fue una necesidad doméstica, heredada de las costumbres indígenas, a través del mestizaje pasó a ser un oficio femenino remunerado. Hoy se aprecia como el mejor exponente de la cultura popular.

La cerámica nacional ha conservado sus rasgos primitivos, especialmente en zonas campesinas, en que las familias de padres a hijos van heredando la técnica artesanal. Los objetos más comunes eran de uso doméstico: ollas, fuentes para guardar la comida o la leche de los animales, etc.

En el Norte hasta Copiapó primó una cerámica donde están presentes las vinculaciones con la cultura de Perú y Bolivia. Hacia el Sur los centros más importantes son los renombrados caseríos de Pomaire y Quinchamali. La cerámica de Pomaire que se distingue por su color rojo y el brillo de su superficie como si fuera polvo de oro, es una greda que contiene pintas de fierro. Si la greda es negra se adorna con listas y dibujos blancos y rojos, si es roja o café, con dibujos blancos y negros.

Quinchamali, a 30 km. al suroeste de Chillán, era y es centro de producción importante; a principios del siglo XIX existían indígenas que mantuvieron la costumbre del trabajo de la greda. Hoy se encuentran muchas alfareras de apellidos indígenas. La figura popular de la guitarrista de color negro bruñido, fue creada por doña Encarnación Zapata hace más de 70 años.

El Monasterio de las monjas Claras, situado en la Cañada, actual Biblioteca Nacional, enseñaba la cerámica pintada a sus reclusas entre otros oficios refinados: «que antiguamente reprodujo los picheles (jarros o ánforas) persas

que alguna vez vinieron de Europa hasta los altares de iglesias. Por razones históricas, la cerámica pintada de las monjas tenía vinculaciones viejas con ciertas costumbres españolas de origen morisco, pues en ciertos aguinaldos chilenos incluso usaron ramillas de hilo de plata y perfume¹³. En 1857, el obispo ordenó excluir del reglamento claustral todo contacto seglar, pero salió de allí la cerámica pintada hacia la gente del pueblo y es el origen de la cerámica de Talagante: figuraciones de colores vivos de hombres y mujeres en trajes populares, vírgenes y santos patronos, etc.

La cestería también podría considerarse una expresión de arte popular dada las hermosas formas, la variedad de colores y el perfeccionamiento de la elaboración manual femenina. Las cestas, los canastos, las bolsas cumplieron un fin práctico en sus comienzos. En Atacama apareció la cestería de Aduja, que se tejía en base a un cordón de fibras vegetales de gran resistencia y que es uno de los procedimientos más antiguos junto con el entramado. La cestería más renombrada por su delicadeza y detalles es la que se hace en los alrededores de Panimávida; canastillos, anillos, flores, collares, cepilleros, etc. »A fines del siglo pasado, fueron hechas con raicillas de álamo recogidas en los canales de riego, junto con crines de bueyes o caballos¹⁴.

Uno de los centros más interesantes de la producción de tejidos artesanales con valor artístico es Doñihue. Los mejores diseños florales y decorativos se hacían allí por las mujeres. Los chamantos de Doñihue, hechos por encargo de los hacendados, dejan ver la huella de la España medioeval; se inspiraban en los chales bordados de color que las damas encargaban a Europa.

Las lecturas y músicas preferidas, las traducciones más usuales que interesan a la mujer de élite, la temática de sus obras y los objetivos y contenidos de la prensa femenina, nos ayudan a iluminar un importante aspecto de su mentalidad. Fue una generación romántica influida por la corriente literaria europea, especialmente por la francesa. Los valores religiosos y el amor a la patria y sus acontecimientos heroicos inspiraron la mayor parte de sus obras y la elección de sus lecturas.

La mujer del pueblo mantuvo una cultura propia, humorística, costumbrista y enraizada en la tradición hispana e indígena.

¹³Tomás Lago, *Arte Popular chileno*, p. 94. Editorial Universitaria, Santiago 1971, 2ª edición.

¹⁴Tomás Lago, *Arte Popular chileno*, p. 52. Editorial Universitaria, Santiago 1971, 2ª edición.

3. LA ACCION DE LA MUJER

a) *La misión humanitaria*

La Acción Social y la Beneficencia son los principales cauces a través de los cuales la mujer, especialmente la de clase alta, volcó en el siglo XIX sus deseos de ayuda al prójimo, realizando así una labor abnegada, necesaria e inspirada en los ideales cristianos.

En los difíciles días que vivió Chile en los primeros tiempos de la independencia, tuvo la mujer ocasión de mostrar su espíritu de sacrificio. Concluida la acción de Maipú, miles de heridos quedaron en el campo de batalla y fueron trasladados al hospital de San Francisco de Borja. Fue necesario apelar a la caridad pública. Las señoras respondieron con entusiasmo, colectaron auxilios en abundancia y se presentaron ellas mismas a curar y atender a los enfermos. Hay muchísimos ejemplos similares durante las luchas de emancipación.

Destacaba entre las mujeres de su época doña Antonia Salas de Errázuriz. Desde muy joven secundó a su padre don Manuel de Salas en las actividades benéficas. Supo de los sufrimientos y desvelos a temprana edad, cuando su padre y su esposo fueron desterrados a Juan Fernández por los realistas y, más tarde, al perder a un hijo en el terremoto de 1822. Fue una mujer fuerte que ejerció la caridad hacia los pobres con verdadero amor. La chacra de San Rafael, donde vivía, se convirtió en hospital durante la cruel epidemia de viruela en 1820. Recibió en ella a los heridos de Lircay en 1829, y posteriormente a los de Loncomilla en 1851. La mayor parte de las instituciones benéficas contó con su generosa ayuda. Fue fundadora, en 1852, de la Sociedad de Beneficencia de Señoras, la que presidió hasta su muerte. Esta sociedad tuvo como misión velar por el mejor funcionamiento de los establecimientos de acción social. Las socias visitaban y socorrian a enfermos de los hospitales, hospicios, casa de locos, el Asilo El Salvador y la Casa Correccional de Mujeres. Se preocupó de hacer venir a Chile a las Hermanas de la Caridad, cumpliendo una aspiración de la sociedad que requería una mayor eficiencia en los servicios hospitalarios.

Su muerte en 1867 dio motivo a una de las más hermosas oraciones fúnebres pronunciadas por el obispo don Mariano Casanova. »Si queremos buscar en la vida de la Sra. Salas de Errázuriz su virtud predilecta, nos bastaría una sola mirada para encontrarla. El signo que Dios puso en ella era de tal manera conocido, que vosotros, al decretarle estos honores, habéis querido premiarle ante todo su caridad... y la bondad fue... la más rica herencia que la señora Salas recibió de sus queridos padres, mirando con indiferencia, si no con desprecio los bienes temporales. Esta es una de las virtudes que mejor refleja la mano de Dios«.

En 1818 se creó el Instituto de Caridad, dando cumplimiento a una promesa hecha por los prisioneros de Juan Fernández: «Nosotros, confiados en que la bondad de Dios se complace muchas veces en ser honrada y glorificada por los instrumentos más débiles, nos ofrecemos a concurrir en cuanto nos sea posible al establecimiento y propagación del Instituto de Caridad, y prometemos a la persona que se encargase de sus primeras diligencias... que concurriremos cuantas veces fuéremos llamados a tratar de su establecimiento, practicando las diligencias que nos encarguen... y para constancia de que nos ofrecemos a dicha santa obra, la suscribiremos a 3 de mayo de 1815»¹⁵. Sigue a continuación la firma de los patriotas desterrados. Tal fue el origen de esta noble institución a la cual se incorporaron entusiastamente las mujeres. Años más tarde, la presidenta doña Isabel Ovalle de Iñiguez, hace un llamado a las socias y reafirma los objetivos del Instituto: «nuestra misión es la de salvar la vida a los pobres enfermos, aliviarlos en sus dolores, hacerles tolerables las pruebas con que el Señor los visita y prepararlos para morir cristianamente... No todo enfermo pobre debe ser amparado por nosotros sino el padre o la madre de la familia que no puede trasladarse al hospital, sin abandonar el cuidado de sus hijos»¹⁶.

En 1839 se abrió el primer dispensario, bajo el cuidado de la Reverenda Madre Eulalia, el cual dependió de la fundación de la Sociedad de Señoras de la Caridad dirigida por el padre Delaunay, que visitaba y atendía a los menesterosos. Crearon la primera «olla del pobre» que repartía comida diariamente a más de 100 pobres. Atendía pensionados para niñas sin recurso, a las que educaba y enseñaba trabajos útiles; las señoras Brown de Ossa, Trinidad Blanco y otras, pusieron su fortuna y esfuerzo personal en tan noble acción.

Hermosa misión cumplieron las congregaciones religiosas extranjeras. A las Hermanas de la Caridad mencionadas anteriormente se unieron las Hermanas del Buen Pastor, llegadas de Francia en 1855, y llamadas por la Sociedad de Beneficencia de Señoras para hacerse cargo de un asilo para niñas sin protección.

Junto al nombre de doña Antonia Salas de Errázuriz debe figurar el de doña Juana Ross de Edwards, cuya fructífera acción social abarca toda la segunda mitad del siglo XIX. Su vida fue una paradoja. Poseedora de una inmensa fortuna vivía en gran pobreza y humildad. Una madre comentaba a su hija al divisar a doña Juana Ross: «Ha hecho voto de pobreza, mira como camina a pie...»

¹⁵ *Actividades Femeninas en Chile*, p. 499. Imprenta La Ilustración, Santiago, 1928.

¹⁶ Isabel Ovalle de Iñiguez, *Memoria del Instituto de Caridad*, Revista Católica, tomo XIII, X-1867, pp. 316-317.

no tiene coche. Mira cómo se viste pobremente. Todo se lo da a los pobres, su traje negro de sarga, la singular blancura de su rostro, su velo en torno a la cabeza, firmemente amarrado bajo el mentón; su modo de desplazar un pesado fardo llevado en el pecho...¹⁷.

Nació en La Serena donde se casó, trasladándose a vivir posteriormente a Valparaíso. Fue esposa de don Agustín Edwards, pujante empresario, del cual enviudó muy joven. Una gran vida interior, un cristianismo vivido intensamente guió todos sus actos. Ansiaba ser igual a los que, como Jesucristo, sufren. Entre ese deseo, esa necesidad de semejanza, se abría un abismo: la riqueza; y ésta fue su mayor tragedia. Tragedia honda, persistente y recóndita, que una sola vez dejó traslucir cuando dijo a su sobrino en un momento de conmoción habiéndose hecho la ilusión de ver borradas las fronteras: «¡Doy gracias a Dios porque al fin soy como todos!»¹⁸. Acababan de hacerle saber que todas sus casas estaban en el suelo y que sus haciendas habían sufrido graves perjuicios por el terremoto de 1906.

Sus obras de caridad y acción social fueron innumerables. Recordemos algunas de las principales: colaboró desde su fundación con la Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso, siendo desde 1870 en adelante su presidenta. Los hospitales fueron una de sus principales devociones: construyó el San Agustín de Valparaíso, el de La Serena, su ciudad natal, el antiguo de Antofagasta, los de Freirina, Vallenar, Huasco, Vicuña, Ovalle y Limache, San Felipe, Parral, Quillota. Luchó contra la tuberculosis construyendo y dotando los sanatorios de Santa Rosa de Los Andes y Peñablanca. Fue precursora de la vivienda higiénica para los obreros, al iniciar adelantos en la Población Obrera «La Unión» de Valparaíso. Durante la epidemia del cólera de 1887, estableció lazaretos en diferentes lugares y tomó a su cargo los inquilinos de sus fundos con sus familias, proveyendo de medicinas y de ropas a todos, hombres, mujeres y niños y repartiendo, además, miles de raciones diarias de carne cocida. Cálculase que desde 1851 a 1913 su contribución a la caridad no bajó de doscientos millones de pesos de tres peniques.

Sufrió con entereza la muerte de su esposo y de sus hijos, tuvo contratiempos y obtuvo honores en las vicisitudes del tiempo histórico que le tocó vivir: en la Guerra de 1874 fue un ángel protector de los heridos y huérfanos y una poderosa ayuda económica para el gobierno; en la Revolución de 1891 soportó el destierro a Lima para ser recibida triunfalmente en Valparaíso un tiempo después.

¹⁷ Carmen Valle, *Un Alma Cumbre*, p. 3. Imprenta San Francisco, Santiago, 1944.

¹⁸ Carmen Valle, *Un Alma Cumbre*, pp. 214-215. Imprenta San Francisco, Santiago, 1944.

Austera y humildemente, como había vivido, murió en 1913, dejando gran parte de su fortuna para la mantención de las obras que ella había creado. «¡Ha muerto la pobre más rica de Chile!» fue la acertada expresión dicha en sus funerales.

Cuando el cólera hizo su aparición causó un pánico indescriptible, pues venía precedido de las noticias de las desgracias que había producido en Europa. «Como la epidemia no respetaba jerarquías, vimos caer una tras otra, personas de nuestras propias familias y relaciones sociales... Entonces las señoras y niñas de nuestra sociedad se reunieron para ayudar, de algún modo, a los que sufrían y se organizó una sociedad que se llamó Cruz Roja destinada a procurar fondos por medio de conciertos, representaciones, kermeses y loterías con que socorrer a los desvalidos... Nació esta asociación bajo la presidencia de doña Enriqueta Pinto y yo fui la secretaria y la formaban las señoras más respetables de nuestro mundo social. Como esta tarea fue larga y exigía gran actividad, nos distraíamos de las tristezas del momento y nos alentaba para aunar nuestros esfuerzos a los del médico y de todos los hombres que se sacrificaban con abnegación sin igual», este es el testimonio de una dama de la época¹⁹.

La Iglesia Católica organiza su acción social alrededor de los núcleos parroquiales; nacen la Juventud Católica Femenina y las Conferencias de San Vicente de Paul. En la parroquia de San Lázaro, fue establecida en 1890 la primera conferencia femenina de San Vicente bajo la presidencia de Carmen Lira; en 1905 se elige como Presidente General a la señora Irene Gandarillas de Echeñique, quien durante 15 años desempeñó este puesto con generosa dedicación. Fueron análogas en sus objetivos a las conferencias masculinas fundadas por Ozanan en París, llamadas a regenerar el hogar del pueblo, prestando especial importancia a la higiene. Algunas tenían asilos para viudas con niños, roperos y despensas. Lo fundamental era la visita semanal a domicilio para conocer directamente los problemas que engendra la miseria.

En junio de 1894, dos hechos conmovieron a la sociedad: la pobreza llevaba a dos huérfanos a comer desperdicios y una viuda intentaba dejar morir a su

¹⁹Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, pp. 164-165. Ediciones Orbe, Santiago, 1947.

La mujer chilena, joven y lozana, no sólo sirvió de musa inspiradora a los pintores nacionales sino que también al artista europeo. Una muestra de lo anterior es este retrato de doña Amelia Urmeneta de Errázuriz, debido a Alexis Perignon.



hijo. Esto decide a las señoras Emiliana Subercasseaux de Concha y Josefina Gana de Johnson a fundar un instituto de ayuda a la infancia desvalida; ambas organizan la Sociedad Protectora de la Infancia. Las Hermanas de San José se hicieron cargo del establecimiento. Gracias a esta obra, disminuyeron los niños vagos y con el tiempo se les pudo dar una educación adecuada y prepararlos para ser ciudadanos útiles a la nación.

Se fundaron después el Patronato Nacional de la Infancia y las Gotas de Leche, que trajeron por resultado la organización de dispensarios de alimentación para niños y, poco a poco, se ampliaron los beneficios del patronato a maternidades, asilos, etc.

Había muchas formas de actuar en la beneficencia. Las mujeres que no poseían fortuna personal, ó que no podían dedicar al ejercicio de la caridad un talento especial organizativo, participaban con su actividad diaria y silenciosa en la visita de enfermos y habitaciones obreras miserables o cooperaban en forma industriosa desde su hogar: »Todo el gusto de mi madre es ir donde María Auxiliadora; allí ayudaba a los padres haciendo objetos prolijos para las rifas del catecismo; era tan ingeniosa que de los pedazos de las telas que sobraban sacaba partido, gozaba cuando mandaba sus trabajos a los padres, no teniendo dinero cómo ayudarlos, lo hacía con sus industriosos trabajitos«²⁰.

A fines del siglo XIX nacen, como hemos señalado, instituciones benéficas que ya no tienen inspiración exclusivamente religiosa, y que continuarán su acción durante el siglo XX, entre otras: el Patronato Nacional de la Infancia y la Cruz Roja Chilena. Estas organizaciones son la expresión de una nueva conciencia de acción social.

b) *Entre las bambalinas de la política*

La mujer chilena siempre ha demostrado gran interés en el acontecer político de su país. Esta preocupación por los sucesos de la vida institucional se refleja en la vida de hogar, convirtiéndola en uno de los temas predilectos de las tertulias familiares.

En los albores republicanos, cuenta Poeppig: »La política desempeñaba un papel importante en todas las conversaciones, y para el extranjero es a veces difícil participar en ella sin que se trate de comprometer a favor de uno u otro de los partidos... cuando ella se refiere a asuntos públicos, participan también las mujeres con gran apasionamiento«. El interés político femenino se centraba en aquella época principalmente en el seno de la familia. Hacia 1820, cuando

²⁰ Carmen Smith, *Mis Memorias*, p. 144. Editorial Imparcial, Santiago, 1936.

Mary Graham quiso asistir a la Asamblea Nacional, le recomendaron que pidiera autorización al presidente de la Corporación, pues la presencia de una mujer podría sorprender a los convencionales.

Incontables anécdotas existen sobre aquellos resortes de intuición, penetración y sensibilidad que permiten a la mujer influir en su calidad de esposa y madre, para impulsar decisiones y a veces suavizar asperezas en lo íntimo de la política nacional. Sabido es que durante el gobierno de don Federico Errázuriz, su católico Ministro de Instrucción, Abdón Cifuentes, tuvo que renunciar a su cargo ante las dificultades que produjo su política educacional. En un banquete oficial, la esposa del presidente, doña Eulogia Echaurren, lo sentó a su derecha y le dijo: »Me dicen que Ud. se retira del Ministerio y eso me tiene sobresaltada. Es indispensable que Ud. continúe en el gobierno, usted es el ángel de la guarda que tiene Federico, que lo veo diariamente trabajado por malos amigos que no puedo soportar«. Luego agregó: »es que si usted sale, temo mucho que los consejeros impíos que rodean a Federico no tengan contrapeso en su gobierno. Es preciso que Ud. se quede«²¹.

Pasan los años, los acontecimientos políticos y los debates en el Congreso ya eran seguidos más de cerca por las mujeres: »Vivo aún el recuerdo de la lucha ardiente que provocó la reforma del artículo 5° de la Constitución, para autorizar la libertad de cultos y que despertó apasionamientos formidables, la del matrimonio civil y cementerio laico; después, la vacunación obligatoria, la guerra con el Perú y, por último, se preparó la revolución que derrocó a Balmaiceda y que tuvo un interés extraordinario. Las señoras asistíamos a las sesiones, aplaudíamos a los oradores desde las tribunas, los felicitábamos después con entusiasmo y compartíamos sus éxitos«²².

A pesar de que la mujer satisfizo su interés político principalmente en un ambiente familiar, en excepcionales ocasiones actuó en forma colectiva y pública.

Durante la discusión del proyecto de ley de abolición de la esclavitud, en 1823, un grupo de señoras dueñas de casa envió una representación con algunas acotaciones a la ley. Dirigieron un escrito al senado constituyente acompañado de un oficio del Director Supremo Ramón Freire y de su ministro Egaña el cual expresaba: »Las madres de familia han dirigido al gobierno la representación adjunta, que el Director halla demasiado fundada y somete a decisión del

²¹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, tomo II, p. 75. Nascimento, Santiago, 1936.

²² Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida*, pp. 170-171. Ediciones Orbe, Santiago, 1942.

soberano congreso, para que tenga a bien resolver lo que estimare más conveniente a los derechos de los ciudadanos y al reposo de las familias²³. El historiador Guillermo Feliú Cruz dice no haber podido conocer el texto de ese escrito y piensa que fue un recurso del ministro Egaña el haber utilizado a estas señoras.

Algunas de las razones aducidas por quienes no eran partidarios de esta ley y que pueden haber influido en estas señoras, dicen relación con la situación de los esclavos ancianos, que pudieran quedar sin medio de subsistencia al ser manumitidos y con los trastornos que pudieran producirse en la organización de los hogares chilenos, en los cuales existía gran integración entre los miembros de la familia y los sirvientes esclavos. También se tuvieron muy en cuenta los cambios que podría ocasionar el régimen de vida de las mujeres libertas.

Promediado el siglo XIX, las graves luchas doctrinarias impulsaron a las mujeres a movilizarse. Conocida es la anécdota que protagonizó un grupo de señoras en los momentos de tensión que vivió la Iglesia y el Estado a raíz del bullado conflicto «la cuestión del sacristán» durante el cual el arzobispo Valdivieso se vio en un momento amenazado de destierro. Las señoras de Santiago visitaron al presidente Montt, y una de ellas le espetó: «Mira, si destierras al arzobispo, nosotras nos colgaremos de las ruedas de su carruaje, y no podrá salir sino rodando sobre nuestros cuerpos²⁴».

En 1865 se debatía en el Congreso la reforma del artículo 5° de la Constitución Política, que declaraba a la religión católica como la única religión del Estado y con exclusión del ejercicio público de otras. Un grupo de señoras fundó el primer periódico femenino chileno: «El Eco de las Señoras de Santiago», cuyo editorial sostenía: «Patria i Religión se hallan en nuestra existencia unidas con cadenas de oro, i no permitiremos que venga a destrozarla impunemente la mano de incautos reformistas... ¿Por qué, pues, permaneceremos frías expectadoras del drama político religioso que ha principiado a representarse en la Cámara de Diputados, y que podrá muy bien tener por teatro a toda la república? Nos habéis declarado inhábiles para elegir a los representantes de la nación i por muy deshonrosa que sea esta declaración, la aceptamos con gusto i con amor la justificamos, nos habéis excluido de los congresos y aplaudimos vuestra determinación. Pero no habéis sellado nuestros labios, ni podéis sellar-

²³ Guillermo Feliú Cruz, *La Abolición de la Esclavitud en Chile*, pp. 93-94. Editorial Universitaria, Santiago, 1973.

²⁴ Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, tomo XIII, p. 240. Editorial Nascimento, Stgo.

los i hablaremos. Tenemos derecho para escribir, i escribiremos... Es cierto que la tolerancia de cultos que piden para Chile algunos diputados cavará profunda y anchurosa huella a la moralidad pública y que, tarde o temprano se sepultarán en ella la paz de las familias y el bien de la patria«. Ellas sintieron burlado el sentimiento nacional por los representantes del pueblo, pues no podía ignorarse que la mayoría de los chilenos eran católicos y amaban su religión. Algunas jóvenes publicaron artículos en el mismo periódico, y abiertamente polemizaban con los parlamentarios. En carta a Vicuña Mackenna, le reprocharon su apoyo a la reforma en los siguientes términos: »Vuestros discursos en la cámara de diputados i los de vuestros correligionarios sobre libertad de cultos, han suscitado en Santiago, no muy gratas emociones; al principio, os lo confesamos, nos proporcionábais ratos de risa y de solaz i esa risa se prolongaba no poco con la lectura de aquellos periódicos que hacen coro con vosotros, pero vuestros errores i dislates continuados nos han causado hastío, i ya nos parece que intentáis burlaros de todos los chilenos, tan grandes son los despropósitos que vertis a manos llenas«²⁶. Sorprende la versación que emplean estas damas en otros artículos, en relación a las alternativas del proyecto en discusión, llegando incluso a calificar el mal uso de las palabras y la ignorancia de los congresales reformistas. El periódico dejó de aparecer una vez aprobada la ley interpretativa de cultos, que permitía el ejercicio privado de otras religiones, solución que satisfizo al grupo de combativas señoras.

Las mujeres alzaron nuevamente su voz en defensa de sus principios cristianos con ocasión de la dictación de las leyes laicas, matrimonio civil, cementerios y creación del registro civil. Enviaron carta al presidente Santa María pidiendo su intervención en cuanto a la profanación de los cementerios católicos: »contemplamos con dolor amenazadas la santidad de las tumbas de nuestros padres y de nuestros hijos... La ley suprema del Estado ha puesto, señor en vuestras manos la valla salvadora a los males que amenazan a nuestra santa religión, i no tendréis a mal porque sois caballeros, que os recomendamos con republicana franqueza que habéis empeñado solemnemente vuestra palabra, para proteger y defender tan preciosos y sagrados intereses«²⁶. Firman esta carta las más ilustres matronas de Santiago, que también presentaron al Senado una solicitud a través de los señores Barros Morán y Ramón R. Rozas pidiendo »que se digne negar su aprobación al proyecto de ley de matrimonio civil, dejando en

²⁵ El Eco de las Señoras de Santiago, julio 13 de 1865.

²⁶ Carlos Walker, *Historia de la Administración Santa María*, p. 278. Imprenta Progreso. Santiago, 1889.

vigencia el régimen tradicional de la historia y del cristianismo que añade en acto tan solemne al sacramento el efecto civil²⁷.

Indudablemente, el papel desempeñado por la mujer en el ámbito de la política interna fue secundario en el campo público, a pesar del interés y apasionamiento que éste le despertó en ocasiones. Puede haber influido en ello la conformidad general con que aceptó la falta de derechos políticos, y que sólo en los momentos en que vio amenazada la religión, la familia o las costumbres, alzó públicamente su voz.

c) *La dedicación al trabajo*

A principios del siglo XIX, y de acuerdo a los testimonios de la época, el trabajo femenino se desarrollaba principalmente en los hogares de las zonas rurales y era de tipo artesanal, mercedo especialmente destacarse la alfarería, el tejido a telar, el trabajo en hilo y la repostería.

El censo efectuado en 1813 entre Atacama y Maule se refiere muy excepcionalmente a las profesiones de los encuestados. Respecto a las mujeres, indica que en La Serena hay 788 mujeres que son aptas para el tejido de bayeta y tocuyo, sólo en el Valle del Elqui hay 277 palladoras* y tejedoras y en el distrito de Calle Larga, de Los Andes, se mencionan 82 hilanderas de hilo a carreto. Estos casos deben haber sido destacados por primar en ellos claramente el factor comercial, ya que la generalidad de los trabajos se efectuó en un principio como medio de autoabastecimiento y eran comunes en todo el país. La gran cantidad de talleres de tejido de paños y bayetas fue organizada por los españoles y luego por los jesuitas en sus grandes talleres artesanales. Después de la expulsión de estos últimos en 1767, este trabajo quedó relegado a una industria casera en los telares tradicionales.

Desde la época colonial llegaban telas baratas europeas. Después de la Independencia algunos nacionales y extranjeros establecieron pequeñas fábricas textiles. Don Domingo Eyzaguirre creó en San Bernardo una fábrica de paños y conminaba con la expulsión de la villa y subasta pública de sus muebles a los habitantes si insistían en usar otros paños que los que salieran de sus propios telares, para así estimular esta fuente de trabajo que favorecía a las mujeres.

²⁷ Carlos Walker, *Historia de la Administración Santa María*, p. 281. Imprenta Progreso, Santiago, 1889.

*De pallar: entresacar o escoger la parte metálica o más rica de los minerales.

El viajero Schmidtmeier recuerda a un suizo que instaló con esfuerzo y perseverancia una fábrica de tejidos hacia 1820 y empezaba a producir tela burda... »también hacía hilados y cuerdas de cáñamo y la escena de muchas mujeres y niños empleados en ese lugar, con un horario regular como en Europa, resultaba una verdadera exhibición aquí«.

Se tejían ponchos, las alfombras o tapices, las mantas, las testeras, los rebozos, etc. En el Norte, las pastoras hilaban y realizaban su trabajo caminando; era una actividad complementaria de la agricultura. En La Ligua, por ejemplo, se tejían capas, bufandas, chales y era fuente de ingreso para hombres y mujeres. En Colchagua las tejedoras usaban lana de oveja que hilaban en huso y teñían con productos extraídos del boldo, maqui y quintral. En Chiloé, tenía gran importancia la industria de tejidos durante la Colonia; canjeaban sus vestidos, ponchos, etc., por productos peruanos. Sostuvieron más tarde un activo comercio con sus clásicos ponchos.

Hacia 1853, Edmond Smith relata en su excursión al Sur lo que observó en una visita: »Llegué a una casa donde varias niñas tejían ponchos de diversas clases, se sentaban en el suelo en pisos muy bajos y sus telares eran de construcción muy primitiva... me sorprendió saber que los colores brillantes que muestran aquellos tejidos y que tanto llaman la atención de los extranjeros, no son siempre teñidos por los naturales, cuyos tintes son siempre sombríos: café, o azul oscuro. La lana escarlata y otras de colores brillantes que usan para adornar sus ponchos, se obtienen deshilando las franelas inglesas o francesas... Había una chamanta mandada a hacer, el dueño escogió los dibujos y entregó materiales. Su valor intrínseco sería más o menos de treinta y cuatro pesos. La niña calculaba que demoraría 4 meses en terminarla e iba a recibir por su trabajo 12 pesos«.

Pensó el visitante en la revolución industrial, pero no obstante reconoció que es un hecho singular que con todos los adelantos de la ciencia moderna los telares más célebres de Europa, no han podido igualar estas telas primitivas... »todos los años los ingleses envían ponchos; aunque su textura es más fina y los colores delicados, la lluvia los traspasa con facilidad. Los nacionales se ponen tiesos y compactos«²⁸.

Una receta casera de repostería, que hasta hoy día se conserva en la zona del Valle del Elqui y pasa de madre a hija, es la elaboración de pequeñas figurillas de pulpa de durazno. Durazos dulces y amarillos mondados se ponían al sol; secos, se repasaban en piedras de moler y esta pulpa tomaba forma de gallinitas,

²⁸ Edmond Smith, *Los Araucanos o notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile meridional*, pp. 21 y 22. Imprenta Universitaria, Santiago, 1914.

nidos de huevos, cántaros con frutas, etc.; con cortes de tijera, se formaba un ala, un puntazo moldeaba un ojo, que se rellenaba con semilla negra. Pérez Rosales recuerda a la famosa Carmen Gálvez, de Nancagua, cuyos incomparables alfajores eran paladeados por los principales de la capital.

El trabajo de la alfarería, destacado en el capítulo anterior en su aspecto artístico, constituye ya en el siglo pasado no sólo una necesidad doméstica, sino que tiene un incentivo comercial. Mary Graham observó muy interesada el trabajo de los loceros durante su estada en Chile en pleno periodo de formación republicana. Sólo las mujeres hacían este trabajo. Delante tenían una masa de arcilla recién compuesta y cada cual, según sus años iba haciendo cántaros, platos y fuentes. «El secreto que necesitaba conocer era el arte de pulir la greda, porque el brillo que tienen no se lo dan por ninguno de los procedimientos para vidriar que yo he visto». Una vieja con una conchuela pulida formaba los bordes y los raspaba con fuerza a medida que la arcilla iba endureciéndose, hasta que quedaba un pulido perfecto.

La alfarería producía, en general, utensilios ordinarios, pero algunos jarros de Melipilla y Penco por su forma y acabado trabajo podrían pasar por etruscos y se vendían a precios tan elevados como el de 50 pesos. Se usaban para guardar agua. Hacia 1875, el cacique de la localidad de Pomaire, casado con la española Remigia Castro, hizo llevar en carretas figuras y tiestos a Valparaíso, para su venta ya que se interesaban por ellos los visitantes extranjeros. Esto pasó a ser una costumbre anual.

El quehacer femenino recorría una amplia gama de oficios, desde los más usuales hasta aquel inusitado que interesó vivamente al viajero Poeppig. En Talcahuano observó una faena de pesca, donde el hombre plantaba una vara a una profundidad de 3 a 4 brazas manteniendo la frágil barca en el mismo lugar. «La mujer se afirma en ella sumergiéndose en las aguas. Con reloj en la mano se observa con no pequeña admiración que la mariscadora permanecía invisible durante cerca de 4 minutos; cuando volvía a aparecer, la canasta que llevaba en el cinturón se halla llena de crustáceos de diversas especies».

A mediados de siglo, alrededor del 20% de la población femenina trabajaba. Dada las circunstancias y mentalidad de la época, es un porcentaje apreciable. Es preciso señalar que el censo de 1854 no establece criterios definidos para considerar que es trabajo femenino. ¿La actividad de la mujer en las tareas domésticas del hogar es trabajo?, ¿o lo es sólo cuando percibe una remuneración? Al analizar las profesiones, se observa que la mayoría es ejercida en el hogar y responde a oficios modestos. El orden de procedencia cuantitativa es el siguiente:

Costureras (63.518), Hilanderas (60.193), Tejedoras (24.891), Cocineras (20.634), Lavanderas (19.952), Sirvientas (16.820), Alfareras (2.557). Eran además frecuentes las de agricultores, almacenderas, zapateras, hojeros, panaderas, miriñaqueras, bordadoras, cantoras, etc.

En las clases alta y media, la mujer no tenía acceso a las profesiones, que eran escasísimas, y las costumbres sociales habían creado una especie de incapacidad para el trabajo. »Era un ser condenado por el qué dirán a consumir, pero no a producir ni a cooperar al trabajo y a la producción general«²⁹.

Hacia mediados de siglo se emplearon algunas mujeres en oficinas de correos y telégrafos y se le posibilitaron algunos trabajos educativos. El profesorado fue una de las primeras profesiones a la cual se incorporaron. Don Abdón Cifuentes consiguió se nombraran mujeres preceptoras en escuelas de niños, esto no sólo para mejorar el régimen escolar, sino para crear a la mujer ocupaciones adecuadas a su sexo. Los hombres escaseaban para el servicio y las mujeres asediaban el ministerio para obtener una dirección o incorporarse simplemente. El sueldo de preceptor era el último que se podía ganar en una industria libre, era menor que el de un carpintero. Con la mujer sucedía al revés, el sueldo más la casa y habitación, »era el primero de los sueldos que una mujer podía ganar en Chile«. Pero las innovaciones encuentran casi siempre obstáculos; cuenta don Abdón en sus memorias la siguiente anécdota: el Intendente de Valparaíso se oponía al nombramiento de preceptoras mujeres en escuelas de hombres, »si la preceptora es buena moza, malo y si tiene hermanitas que puedan rozarse con los niños, peor«. Tuvo don Abdón que llamar al inspector general de escuelas y preguntarle: »¿Conoce Ud. entre todas sus preceptoras a alguna, distinguida en su ramo, entrada en años, que sea fea y que no tenga hermanas ni hijas jóvenes?«. Se encontró lo que necesitaba, y al poco tiempo llegó un oficio de felicitación del Intendente por el excelente resultado.

La creación de un curso de obstetricia en la Escuela de Medicina incorporó a la mujer a una nueva profesión: la de matrona.

La Guerra del Pacífico influyó el crecimiento de los oficios femeninos, pues privó al país durante un periodo del trabajo de parte de la población masculina. Las conductoras de tranvías o vendedoras y las cocheras, por ejemplo, se hicieron muy comunes. Llevaban coquetos sombreros de paja y delantales blancos muy limpios. Hay versos populares muy decisivos sobre la invasión de las mujeres en estos campos:

²⁹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, tomo II, p. 38. Nascimento, Santiago, 1936.

»Cumpliendo su obligación,
 andan las niñas cocheras,
 las que salieron primeras,
 fueron dignas de atención.
 Por último, ya tenemos
 cocheras y conductoras,
 sólo faltan inspectoras
 las que muy breve veremos.
 Los hombres dicen
 ¡que haremos!

Si todos nuestros quehaceres
 los ocupan las mujeres
 pues serán obras más bellas,
 cuando representen ellas,
 el papel de bachilleres³⁰

Las huérfanas y viudas que dejó el conflicto bélico necesitaban medios de subsistencia. Muchas voces pidieron que se abrieran a las mujeres nuevas posibilidades de trabajo. En el campo, se veía la necesidad de abrir escuelas agrícolas para las jóvenes, a fin de enseñarles la forma de administrar una casa de campo y desarrollar cultivos agrícolas, lo que a su vez traería una transformación en la vida rural. En la ciudad sorprendía el hecho de que, habiendo la mujer respondido eficientemente en la administración pública en el escaso número de cargos que se le confirieron, no se extendiera esta posibilidad a una mayor cantidad de mujeres, y fuera siempre una excepción lo que debiera considerarse como un derecho de las aspirantes y un deber del gobierno.

Poco a poco, la mujer va conquistando un lugar en la vida económica. Un gran número de establecimientos fabriles y pequeños talleres obreros ocupan a la mujer a fines de siglo. Esto tuvo lugar debido a la expansión industrial producida con posterioridad a la Guerra del Pacífico, a las necesidades económicas de las familias y a la gran aceptación de la mano de obra femenina por parte de los empresarios, ya que les era posible pagar a las mujeres salarios inferiores a los cobrados por los hombres.

Surgió la nueva generación de profesionales en las postrimerias del siglo: abogados, médicos, dentistas, químico-farmacéuticos y pedagogos.

³⁰Juan Uribe Echavarría, *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*, pp. 43-44. Pineda Libros, Santiago, 1973.



Eloisa Díaz, felicitada calurosamente por el presidente Balmaceda al ser la iniciadora de las profesiones titulares en Chile y en América latina, recibió su título de médico en 1887. Seis días después, lo obtiene Ernestina Pérez. Ambas fueron honradas con numerosos premios y medallas. Matilde Throup fue la primera abogada de Chile y Sudamérica. Desde el extranjero se solicitaban referencias sobre estas profesionales, mostrando a Chile como un ejemplo por haber abierto el campo a la mujer en estas actividades.

La mujer de clase alta que necesitaba trabajar lo hacía en su hogar; ayudaba a sus padres como escribiente o tenedor de libros. Existía un número creciente de traductoras. Doña Clara Álvarez Condarco lo hacía para *El Mercurio* de Valparaíso; Rosario Valdivieso publicaba un diario de avisos extractando noticias. Carmen Smith, quien escribió sus memorias, trabajaba como modista y sombrerera, atendiendo la más selecta clientela. Cuenta que una amiga la visitó al saber que había comenzado a trabajar. Le ofreció conectarla con una tienda para que colocara sus confecciones y pudiera conservar el anonimato en su trabajo: su contestación fue ésta: »Muy agradecida quédole... a su ofrecimiento, pero no lo acepto porque me gusta que todos sepan que vivo de mi trabajo«³¹, valerosa respuesta, dada las costumbres de la época.

En 1895, el censo comprobó que 36.238 mujeres, o sea, alrededor del 26% de la población femenina, desarrollaba un trabajo. Continuaban predominando los oficios de costureras, lavanderas, hilanderas y sirvientes, pero a ellos se agregan mujeres agricultoras (17.964), comerciantes (8.802), empleadas (4.872), profesoras (1.580), zapateras, vendedoras, etc. Aparecen por primera vez mujeres en profesiones liberales: abogada (1) dentistas (14), periodistas (9), químicos (4), médicos (12).

La mujer ha recorrido un largo camino durante el siglo XIX. El siglo XX verá la incorporación masiva de la mujer a la vida económica del país, superando así una barrera de prejuicios. Una necesaria legislación sobre el trabajo femenino será hecha realidad modificando las duras condiciones del trabajo de la mujer obrera a fines de siglo y la serie de limitaciones que se imponían a la mujer para el ejercicio de una profesión independiente.

4. LA MUJER ANTE LA LEY

En los albores del siglo XIX, Chile conserva aún sus vínculos coloniales con la corona de España, y es, por tanto, el Derecho Indiano el que norma la vida cívica en el territorio chileno.

³¹ Carmen Smith, *Mis Memorias*, p. 142. Editorial Imparcial, Santiago, 1936.

El proceso de emancipación, si bien significó una ruptura política con la metrópoli, no tuvo repercusiones en lo que atañe al derecho privado, y en general, se mantiene en vigencia el marco jurídico, excluyéndose de su aplicación aquellas disposiciones legales que están en pugna con el sistema republicano de gobierno. Consecuencia de esto es que la mujer mantiene el status jurídico de épocas anteriores.

Para los legisladores de la nueva república es más importante en ese momento estructurar un sistema político de gobierno que clarificar las situaciones entre civiles. Los intentos constitucionales se suceden hasta llegar a estabilizarse con la Constitución de 1833. Esta carta fundamental consagra la igualdad ante la ley de todos los chilenos. Según la redacción de este cuerpo constitucional, los términos »chileno« y »ciudadano« con derecho a voto son empleados en forma genérica, lo que no implica, por lo tanto, una exclusión explícita de este derecho a la mujer. En 1875, y ante el asombro general, se presentan ante las juntas calificadoras de San Felipe y La Serena grupos de mujeres que desean hacer efectivos sus derechos políticos. Las juntas calificadoras, ateniéndose a la letra de la constitución y a la ley de elecciones de 1874, las califican. El asunto causó polémicas y se reflejó en las publicaciones de la época. »A muchos comentarios se ha prestado este extraordinario suceso« declaraba en su editorial *El Artesano* de San Felipe (14 noviembre 1875): »Los legos de la ley se han quedado atónitos y los letrados se han sorprendido a la noticia de un hecho para ellos imprevisto i que, sin embargo tiene cabida en las prescripciones de nuestras leyes actuales«. El corresponsal de *El Ferrocarril* en La Serena informaba, en carta a don Manuel Antonio Matta el 13 de noviembre de 1875, que 8 mujeres, entre ellas algunas casadas, fueron calificadas con la anuencia de un clérigo rector del Seminario que presidía la mesa. El ministro Zenteno defendió la causa de las sufragistas, lo que le valió una interpelación. A la postre, se les impidió ejercer sus derechos cívicos, fundándose, según la opinión de los juristas en que, si bien la Constitución no prohibía expresamente votar a la mujer, era porque en 1833 una situación así no podía preverse y que semejante cosa estaba en pugna con el espíritu general de la Constitución. Para evitar posteriores dificultades, en una ley electoral de 1884 se prohibió expresamente el voto femenino.

Cabe preguntarse si lo ocurrido en 1875 obedecía realmente a un deseo de la mujer de hacer efectivos sus derechos políticos, o bien fue una situación de política contingente la que las llevó a actuar. Una postura francamente sufragista en la mujer se perfila con precisión sólo en los comienzos del siglo xx.

El status jurídico que enmarca a la mujer durante el siglo XIX nos da una referencia sobre el lugar que la sociedad le asigna. El Código Civil de 1855 colocó a la mujer en situación claramente diferente a la del hombre en cuanto a su facultad y capacidad ante la ley para celebrar válidamente actos jurídicos. Esta situación afectó especialmente a la mujer casada.

La mujer soltera ante el Código Civil era igual al hombre una vez que había cumplido 25 años, con algunas limitaciones: Las mujeres son incapaces de desempeñar toda tutela o curaduría y no podrían ser testigos de un testamento solemne otorgado en Chile (art. 1012).

Para los cónyuges, este cuerpo legal establece la obligación de guardarse fe, socorrerse y ayudarse mutuamente en todas las circunstancias de la vida, agregando que el marido debe protección a la mujer y la mujer obediencia al marido.

El artículo 132 se encarga de definir la «potestad marital» que es el conjunto de derechos que las leyes conceden al marido sobre la persona y bienes de la mujer: obligación de la mujer de vivir con el marido y seguirlo a donde traslade su residencia y la facultad de ése para administrar los bienes de la mujer, según las reglas dadas en el título «De la Sociedad Conyugal». La mujer no puede, sin la autorización del marido, celebrar contrato alguno ni desistir de contrato anterior, ni remitir una deuda, aceptar o repudiar una donación, herencia o legado, ni adquirir a título alguno oneroso o lucrativo, ni hipotecar o empeñar bienes (art. 137). En otras palabras, pasaba de la condición de hija de familia a la de mujer sometida a la potestad del marido. En forma excepcional puede la mujer, con autorización del juez, tener la administración extraordinaria de la sociedad conyugal, como es el caso en que su marido esté en estado de demencia y sometido a interdicción. En ausencia del marido es llamada en primer lugar a la curaduría de bienes. Como elemento moderador de las disposiciones de la potestad marital el Código contemplaba las capitulaciones matrimoniales, que permiten a la mujer la libre disposición de sus bienes. Referente a esto último, una feminista de fines de siglo opinaba: el Código Civil nos concede la posibilidad de exigir independencia económica y personal mediante las capitulaciones matrimoniales, «pero no se practican, pues los padres sólo podían estipularlas y como éstos no dotan a sus hijas y están interesados en casarlas, no quieren poner nuevas trabas al matrimonio»³².

³² Martina Barros de Orrego, *El voto Femenino*. Artículo en Revista Chilena (Matta Vial), tomo II-XII de 1917.

Contempla también la potestad marital la representación legal de la mujer, quien debe solicitar al marido la autorización para la comparecencia en juicio; sólo adquiere plena responsabilidad legal cuando es acusada en causa criminal o de policía o cuando litiga contra su marido (art. 131 del C.C.).

Otro problema que afectaba a la mujer era la «patria potestad», conjunto de derechos que la ley da al padre legítimo sobre los hijos no emancipados. Establece el Código que estos derechos no puede ejercerlos la madre. A este respecto explicaba un jurista: «son derechos que se fundan más directamente en la ley misma y no en la naturaleza». Las disposiciones de la «patria potestad» establecen el usufructo y administración de los bienes del hijo y la representación civil y judicial de éste por el padre. Sólo en defecto del padre por ausencia, inhabilidad o muerte, puede ejercerla la madre, a quien, fuera de exigírsele buena conducta y las mismas obligaciones referentes al mantenimiento y educación de los niños como tutora, sólo se le concede un porcentaje del usufructo de los bienes del hijo, para ayudarse en los gastos anteriormente mencionados. Ejemplo: El padre podría hacer mal uso de los bienes de su hijo y gozar del usufructo total, en cambio la madre debe llevar una cuenta detallada de la administración, y sólo puede percibir el 10% del usufructo.

La mujer viuda se ve protegida en sus intereses por el Código Civil en el momento de liquidarse los bienes conyugales. La única disposición que coarta su libertad, es el hecho de que no puede contraer nuevo matrimonio antes de transcurridos 270 días de la muerte de su marido.

Años más tarde, en 1865, se redacta el Código de Comercio, que contiene algunas disposiciones aplicables a la mujer. Para ejercer estas actividades, debe la mujer casada ser autorizada por el marido mediante escritura pública (si es mayor de 25 años, y ejerce con conocimiento y sin reclamo del marido, se acepta esta situación). Para la menor de 21 años, la justicia ordinaria debe aprobar el consentimiento. La mujer comerciante mayor de edad, puede hipotecar y vender libremente sus bienes inmuebles: es la más amplia concesión que se le otorga a la mujer casada. Curiosamente, el Código de Comercio prohíbe a la mujer llegar a ser martillero y corredor de comercio.

Es difícil juzgar hoy en día situaciones jurídicas pasadas. Seguramente los legisladores actuaron en conformidad al estado social y costumbres de la época. Sin embargo, hay un grupo de magistrados a quienes les cabe la honra de haber sostenido con entusiasmo en aquellos años aspiraciones que no fueron realizadas. Al distribuirse el proyecto del Código Civil en 1853 para recoger observaciones, la Corte de Apelaciones de Concepción compuesta por Waldo Silva, Carlos Risopatrón, Domingo Ocampo y A. Andonaegui, argu-

mentaron para que a falta del padre se otorgara a la madre la »patria potestad« en toda su amplitud: »Si con igual o mayor ternura que el padre, comparte con él la madre las penas y atenciones domésticas... si es cierto como la experiencia lo comprueba que la mujer es generalmente más económica que el hombre, si se la considera apta para ser tutora de sus hijos, ¿por qué negarle la potestad? ¿por qué despojarla de un derecho, que le da la naturaleza misma?... Con mayor razón deben ampliarse los derechos de la madre y fortificarse su influencia en la educación de los hijos, rodeándola del prestigio de la autoridad, hoy que la tendencia general de la civilización es ensanchar los conocimientos que las antiguas ideas vedaban a la mujer«³³.

El siglo XIX transcurre y la situación jurídica de la mujer se mantiene sin cambios. Sólo en 1877 hay un proyecto presentado a la Cámara por el diputado don Julio Zegers para nivelar las desigualdades que afectaban a la mujer. Esta iniciativa fue calurosamente aplaudida por la recién aparecida revista *La Mujer*, la cual se expresaba en estos términos: »que se oiga a una madre para el enlace de sus hijas, y al padre para el de los hijos. Si está divorciada o separada de bienes, ¿por qué no ha de poder comparecer libremente en juicios y administrar lo suyo como la soltera mayor de edad y la viuda?«. Este proyecto no tuvo acogida entre los congresales de la época y así llegamos al siglo XX en que sólo en 1925 se aprueba un decreto ley que contiene un programa que modifica la situación jurídica de la mujer.

Ha sido necesaria esta exposición, para tener clara la situación que ocupaba la mujer frente a los derechos políticos y civiles. Pero es también importante conocer si estos derechos reflejaban realmente las aspiraciones de la mujer. Testimonios femeninos parecieran indicar una cierta conformidad con lo establecido, pues son muy pocas las voces que reclaman cambios o reformas. Se destaca el pensamiento de Martina Barros, quien en 1872 prologó en la *Revista Santiago* la traducción del libro de Stuart Mill, *La esclavitud de la Mujer*. En los párrafos más significativos expresaba: »Lo que la mujer reclama son sus derechos sociales y si le duele ver que se le niegan sus derechos políticos, es porque para hacerlo se apela a sofismas que la hieren sin convencerla«. Hace suya la opinión de Stuart Mill que anota que es penoso que subsistan diferencias entre el hombre y la mujer en cuanto a sus derechos, ya que se han borrado las diferencias de razas y casi de clases sociales. Como era natural, estas ideas tan nuevas llamaron la atención de los hombres de letras;

³³ Miguel Luis Amunátegui, *La Corte de Apelaciones de Concepción*. Revista Chilena (Matta Vial), tomo V-IX de 1918.

en cambio, asustaron a las mujeres e incluso alejaron a sus propias amigas. Años más tarde, doña Martina aclaraba el porqué de su interés en favor de la mayor independencia y cultura de la mujer: »no fue para hacerla rival del hombre, sino para constituir la en su digna compañera. La superioridad del hombre es indiscutible en todo lo que significa esfuerzo, capacidad mental y resistencia física. La mujer, en cambio, posee fuerzas morales, jamás superadas por el hombre y que constituyen su valer y su poderío«.

En la misma década, el ya mencionado periódico *La Mujer*, dirigido por doña Lucrecia Undurraga, declaraba: »desde luego, no reclamamos fueros civiles para la mujer, aceptamos su incapacidad como ciudadano activo... no marcharemos en son de combate contra ningún fin contrario, si es que hay alguno. No queremos tampoco chocar con ningún principio establecido por las leyes, creencias o costumbres«. A lo que el periódico firmemente aspiraba era a alcanzar la igualdad de facultades para la mujer, entendiéndose como tal su derecho al desarrollo intelectual. Es sintomático el hecho que temieran críticas burlonas, pero, por sobre todo, que éstas provinieran de mujeres. Esto las aflige, pero no las sorprende, pues su labor será preparar el terreno para el cambio de esta mentalidad. Ellas forman un núcleo generacional con una mentalidad ilustrada, muchas de ellas educadoras destacadas, que quieren imprimir nuevos rumbos al papel de la mujer.

La característica de ese movimiento de opinión que surgía es que no fue agresivo y, al parecer, no reflejaba una actitud generalizada. Al mismo tiempo, los gobiernos y las necesidades de la realidad social fueron dando un cauce natural, sobre todo, en el campo de la educación a las aspiraciones de la mujer.

5. MOMENTOS EXCEPCIONALES DE LA ACTUACION

DE LA MUJER

La tradición oral, artículos y crónicas han sublimado la actuación de la mujer chilena en los momentos excepcionales que vivió el siglo XIX, haciendo difícil establecer hasta qué punto relatan hechos reales o dan origen a la leyenda.

La gran mayoría de las chilenas cumplió el papel que les correspondía dentro de su grupo familiar; algunas de ellas se destacaron respondiendo con valentía y sacrificio en defensa de su hogar, de sus convicciones y de su patria. Es interesante señalar a estas mujeres y así conocer una nueva faceta de la personalidad femenina, su decisión para actuar ante horas difíciles.

La revolución de la Independencia fue el hecho más significativo entre los grandes acontecimientos que vivió el siglo XIX, y posteriormente el afianzamiento de las nacionalidades se tradujo en conflictos internacionales.

En el plano interno, la etapa de organización y consolidación republicana contempló luchas políticas y religiosas y dolorosas guerras civiles. La mujer chilena no estuvo ajena a este acontecer.

Las guerras de la Independencia, con todas sus vicisitudes a través de la Patria Vieja, la Reconquista y el triunfo definitivo patriota en Maipo, afectan la unión de las familias y la vida de hogar y prueban el temple de muchas mujeres. Hay familias que se dividen entre los bandos realistas y criollos y la mujer fue, en muchas ocasiones, un importante factor en las decisiones familiares. Tal fue el caso de la destacada familia de don Mateo de Toro Zambrano, último gobernador del reino y presidente de nuestra primera Junta de Gobierno. Conocidas son las vacilaciones que precedieron a la decisión de convocar un cabildo abierto. Esto se debía en gran medida a las presiones que sufría don Mateo en el seno de su familia. Su primogénito era casado con doña Josefa Dumont, española y ardiente defensora de la causa del rey; »Señor, le decían al conde: si permite vmd. que se instale Junta de Gobierno como quieren los libertinos, nuestra casa es arruinada y perdida y acusada vmd. de delito de traición contra su soberano y pagará con la vida e intereses conforme a la ley, siendo nosotros luego el desprecio de la nación... le suplicamos, le rogamos y con nuestra ternura le pedimos que sea un Argos en la firmeza, haciéndose inflexible a los proyectos y propósitos de los novadores, a quienes, sin distinción de clases y personas, es de necesidad absoluta expatriarlos para Lima, botarlos del reino sin demora. Este es el sentir de los primeros hombres de la ciudad, del obispo y respetables ministros del altar«. Esas palabras tenían que impresionar al anciano Conde³⁴. El resto de su familia argumentaba con entusiasmo a favor de la causa patriota.

La noche del 17 de septiembre, viendo sus esfuerzos fracasados, doña Josefina abandonó, en medio de gran llanto, la casa del suegro y partió a esconder su derrota a la chacra de Chuchunco con sus dos hijos. Ella seguirá irreductible

³⁴ Jaime Eyzaguirre, *El Conde de la Conquista*, pp. 198-199. Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1951.



en su fidelidad a la monarquía, rompiendo la unidad de pensamiento de la familia; su esposo y su hijo siguen sus convicciones y en la batalla de Maipo, luchando por el rey, muere su hijo mayor, el mayorazgo de la familia. Los hermanos Gamero y Toro, hijos de doña Mariana de Toro y, por lo tanto, nietos de don Mateo, se encuentran entre los más resueltos partidarios de la causa patriota y eran impulsados con decisión por su madre. Joaquín es alcanzado por una bala cuando luchaba en el sitio de Chillán. Ante su heroica muerte, la Junta ordena honores especiales y envía a la madre viuda un enaltecedor péssimo que ella contesta: «mi hijo Joaquín ha fallecido en defensa de su patria: éste es el único lenitivo que se presentaba a aliviar mi sensibilidad. Pero el honor con que V.E. honra su memoria, al paso que consuela mi ternura, estimulará la gloria de los guerreros que morirán tributando bendiciones al gobierno que así distingue el mérito y la virtud»³⁵.

Meses más tarde caía en Talca el segundo y último hijo varón, el teniente Marcos Gamero y Toro. Su hija, doña Tomasa Gamero de Muñoz, acompañaba a su esposo junto con los Carrera en su huida hacia Mendoza. He aquí dos mujeres de convicciones profundas que influyen como esposas y madres en el seno de la misma familia y en direcciones opuestas.

La familia Larrain estaba dividida. La rama mayor era realista, la rama menor, llamada casa de los otomanos y originada en el sobrino del fundador, abrazó, en cambio, la causa de la Independencia. Contribuyeron a esto los vínculos matrimoniales que introdujeron a la familia destacados patriotas, como don Juan Enrique Rosales, el brigadier Juan Mackenna, José Antonio Irisarri, etc., constituyendo un poderoso clan que impulsó la emancipación. Así, la mujer toma una función de enlace y unión familiar que adquiere connotaciones políticas.

Mucho se ha escrito sobre la personalidad de doña Javiera Carrera y la influencia que tuvo en sus hermanos. Mary Graham, testigo contemporáneo opina: «La hermana de José Miguel, Javiera, aspiraba a hacer de él un Napoleón, arrancándolo a la aturdida y borrascosa vida de joven calavera y dirigiéndolo hacia las metas del poder y la gloria». Se demuestra una entusiasta partidaria de la Independencia y por ella lucha infatigablemente.

La celebración del 18 de septiembre de 1812, aplazada al 30 del mismo mes, se realizó en la Casa de Moneda con un gran baile donde las mujeres concurren luciendo enseñas patrióticas. Doña Javiera llevaba en la cabeza una

³⁵ Jaime Eyzaguirre, *El Conde de la Conquista*, p. 221. Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1951.

guirnalda de perlas y diamantes de que pendía una corona vuelta al revés en señal de vencimiento. Fue, en realidad, una reina indiscutida durante el período de la Patria Vieja. Es también cierto que su casa se encontraba abierta y presta para contribuir a la causa de la Independencia y a las intrigas del momento, que dejó a su esposo, hijos pequeños y a un padre anciano para seguir a sus hermanos en el destierro. Fue detenida y encerrada en un convento en Argentina y posteriormente se trasladó a Montevideo. Al conocer la noticia del fusilamiento del último de sus hermanos, su cuerpo se enflaqueció, perdió el cabello, su vida parecía no tener sentido. A la caída del gobierno de O'Higgins, volvió a Chile donde residió por más de 40 años, totalmente retirada, en la estancia de San Miguel, en El Monte.

Durante el breve período de la Reconquista, las mujeres criollas son perseguidas y algunas arrestadas, como es el caso de doña Agueda Monasterio, por no informar el paradero de sus hijos. Se desterró a Juan Fernández a un crecido número de patriotas criollos: José Antonio de Rojas, Juan Egaña, Agustín de Eyzaguirre, Juan Enrique Rosales, etc. Rosario Rosales, desesperada con el destierro de su padre de anciana edad, se empeña en acompañarlo en su destino; siguió la escolta de su padre a Valparaíso y fue a rogar al gobernador del puerto le permitiese viajar a Juan Fernández. Pérez Rosales relata las siguientes escenas escuchadas a su tía Rosario: »Después de una hora de angustiosa espera, se dignó darme audiencia Ballesteros... me oyó impasible tartamudear mi súplica, y al ver que en los momentos de silencio en que me ahogaba el llanto, en vez de contestarme, parecía entretenerse en trazar distraído, sobre una hoja de papel algunos garabatos que después borraba, sin saber por qué... ya parecía inútil mi insistencia, cuando el gobernador, encaróme con dureza estas palabras: ¡Basta de lágrimas, señora, lo que no se puede, no se puede! ¡No sé cómo no me caí muerta, no pude retirarme! ... me condujo a la puerta del despacho, donde, arrojando un papel al lado de afuera, me volvió con desenfado la espalda«. Dios me inspiró que levantara del suelo aquel papel, que leído momentos después, contenía estas palabras que sólo el gobernador y yo podíamos interpretar: »Embarcarse como para viajar«... Supe después, continuaba la tía, »que el gobernador había hablado con el capitán de esa nave y le había dicho: En caso que la chica de esa buena pieza de Rosales deseara acompañar a su padre, déjela usted que le acompañe, que no por ser mujer deja de ser insurgente«. Así fue como, en prueba de amor filial, siguió esta joven la dura suerte de los desterrados.

La huida a Mendoza afectó a las mujeres y niños que siguieron a sus esposos. Las privaciones y dificultades del viaje reflejaron el gran temple de

aquellas mujeres, entre las cuales destaca el triste sino de Mercedes Fontecilla y Ana María Cotapos, las esposas de José Miguel y Juan José Carrera.

Innumerables pruebas hay de la astucia y valentía que desplegaron muchas mujeres en el período que precedió a la llegada del Ejército Libertador de los Andes. Escondían a los patriotas, eran emisarios y enlaces. Algunas sufrieron vejaciones, como doña Cornelia Olivares, quien exhortaba en Chillán a la lucha: «hombres y mujeres deben tomar las armas contra los tiranos, la libertad a todos beneficia, deben amarla y defenderla». Las autoridades la tomaron presa, la raparon y exhibieron en la plaza pública.

Doña Paula Jaraquemada acogió en las casas de su hacienda al ejército patriota después del desastre de Cancha Rayada, y su hogar se convirtió en cuartel general, hospital, etc. Conocida es la entereza con que se enfrentó a un piquete de soldados realistas que querían apresarla e incendiar su casa.

Interesante es el relato del americano Coffin, quien tuvo que convivir en la zona de Concepción con miembros de la familia Carvajal. En los azarosos días del año 17, encontrábase la zona en poder de los realistas. «Había 5 señoras con sus chicos, todos pertenecientes a diferentes ramas de una de las familias más respetables de Concepción. Durante los últimos disturbios y mudanzas habían vivido todas juntas y permanecido en la ciudad, pero se vieron obligadas a salir de ella en cumplimiento de la orden del comandante en jefe. Con respecto a los maridos, uno se hallaba en Lima, otro al servicio de los realistas y dos al de los patriotas... A la cabeza de la familia se hallaba una viuda de buena presencia. En este desagradable estado de cosas, tenía a su cargo, incluso los criados, más de treinta personas, entre éstas ningún hombre, a no ser un muchacho de 16 años... Pero era ella mujer cuerda, enérgica, valerosa, prudente y había hallado ya, y tendría aún que hallar, ocasiones en que ejercitar todas estas buenas cualidades». Fue necesario evacuar la aldea de San Pedro donde se encontraba Coffin para facilitar su defensa, pues se acercaban los patriotas por la ribera sur del Biobío. «La situación de muchas mujeres en absoluto destituidas de socorro, era en extremo aflictiva. A algunas se les veía salir con uno o dos chiquillos colgados a la espalda y llevando sus útiles de cocina». La familia con quien vivía no sentía esos temores; pensó quedarse donde estaba, pero no había más remedio que huir. «La mayor parte de las cargas estaba ya en camino en las primeras horas de la tarde, seguidas de las señoras algunas a pie y otras a caballo, escoltadas por los arrieros... Después de una caminata poco agradable, llegamos, cerca de las nueve, al sitio en que nuestra caravana estaba acampada. Encontré a las señoras sentadas sobre los colchones y esteras, bajo un árbol corpulento, y en parte dentro de

una tienda de campaña formada por frazadas y manteles colgados de las ramas y sostenidos por estacas. Algunas jugaban con los chicos, otras tomaban mate, y en lugar de hallarlas medio muertas de fatiga por el cansancio y las incomodidades, según creí, estaban charlando tan alegres y animadas como si se encontrasen en los salones de su casa³⁶. Admirable ejemplo de entereza y serenidad.

Después de los grandes triunfos de Chacabuco y Maipo, las damas visitaban los hospitales, curaban heridas, como algo natural y obligatorio. El último cañonazo de la batalla de Maipo fue disparado por una humilde mujer campesina, que viendo a las columnas españolas ir hacia el camino real de Melipilla y encontrando un cañón abandonado por los artilleros frente a su rancho, lo disparó, barriendo la retaguardia de la columna en retirada.

Las mujeres realistas no habían sufrido menos. Muchas fueron apresadas durante los avances patriotas, especialmente en Concepción, pues servían de espías entre la ciudad y el enemigo y ocultaban a sus parientes y amigos realistas. La señora Constanza Cortés, viuda de Recabarren, defendía con ardor la causa española; el general La Serna, Canterac y los principales jefes realistas se hospedaban en su casa, cuando residió en Potosí hacia 1815.

Afianzada la Independencia, O'Higgins toma medidas represivas contra aquellas señoras realistas que criticaban a los vencedores y enviaban informes a sus parientes. Las había exaltadas, que insultaban en las calles a los jefes del ejército, a las que, ordinariamente, se remitía a un convento. Dictó también un decreto disponiendo el embargo de los bienes de quienes habían combatido en las filas enemigas.

A los pocos años, el país se vio envuelto en un grave conflicto internacional: la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. La mujer de origen popular desempeña en ocasiones un abnegado y a veces heroico papel acompañando al ejército. A estas mujeres, que hicieron las campañas militares junto a los regimientos, se las conoce con el nombre de cantineras. Actuaban indiferentemente de lavanderas, cocineras y compañeras de los soldados; si la ocasión lo exigía, empuñaban valerosamente el fusil.

La más famosa fue la sargento Candelaria. Candelaria Pérez nació en el barrio de la Chimba y emigró al Perú como empleada doméstica. Con esfuerzo reunió dinero, se independizó y abrió en el Callao «la fonda de la Chilena». Apenas declarada la guerra, su fonda fue saqueada y Candelaria hecha pri-

³⁶ John F. Coffin, *Diario de un joven norteamericano*, pp. 214-227. Editorial Francisco de Aguirre B.A., Santiago 3ª edición 1968.

sionera. Cuando salió en libertad, se unió inmediatamente al ejército del general Bulnes que liberaba al Perú del dominio del boliviano Andrés de Santa Cruz. Logró entrar al regimiento Carampangue como cantinera y enfermera. Entusiasmóse en el combate Pan de Azúcar. Subiendo las laderas del cerro entre una lluvia de balas, tuvo que clavar bayonetas y llegó a la cumbre celebrando la victoria. Un apoteósico recibimiento la acogió a su vuelta a la capital, que premiaba así la valiente e intrépida actitud de esta humilde chilena.

En 1865, a raíz del serio conflicto que se avecinaba con España, un diario femenino que tuvo como objetivo dar una lucha político-religiosa, puso fin a su circulación. Expresaba en su editorial: »mezquinas rivalidades de facciones han desaparecido ante el enemigo común. El noble orgullo castellano y la idolatría por la Independencia, son dos llamas celestiales que arden unidas en nuestros pechos, y que no se extinguen sino con la muerte. Nada hemos hecho que no sea estrictamente reclamado por el honor. A mucho más tiene todavía derecho el suelo que nos vio nacer y no esquivaremos tan dulce ofrenda. Cuatro joyas y unos pocos cóndores no pueden en manera alguna satisfacer los ardientes deseos de nuestros corazones. Mientras algunos hombres se ocupan en preparar fusiles y cañones, nosotros coseremos la ropa de nuestros soldados. Y si la guerra arrecia y sus males se extienden en gran escala, no titubharemos un momento en volar al socorro de nuestros paisanos; curaremos a los heridos, prepararemos la comida de nuestros combatientes y los cartuchos de sus fusiles»³⁷.

Estas encendidas palabras nos muestran las ansias de cooperación y los sacrificios a que están dispuestas un grupo de mujeres santiaguinas en defensa de la patria.

La Guerra del Pacífico moviliza algunas mujeres de todos los grupos sociales. Aquellas de gran fortuna cooperan con sus bienes. Doña Isidora Goyenechea viuda de Cousiño visitó al presidente Pinto para ofrecerle la colaboración de su industria de carbón.

Las enfermeras y voluntarias curaban a los heridos y se multiplicaban en los hospitales, impotentes muchas veces por la falta de recursos para salvar a los miles de chilenos, pero suplían todas las dificultades con la esperanza de lograr el triunfo para Chile y la obtención de la paz.

³⁷ *El Eco de las Señoras de Santiago*. N.º 12, 7-X-1865.



Junto a los ejércitos marchaban las cantineras siguiendo la tradición de la sargento Candelaria. Sobresale en esta contienda Irene Morales, quien también nació en la Chimba, barrio del Mapocho. De muy joven perdió a su padre; se estableció con su madre en Valparaíso y aprendió el oficio de costurera. Al morir su madre y viuda reciente, partió a Antofagasta. Se casó nuevamente y su marido, al dar muerte en una riña a un soldado, fue condenado a muerte y fusilado. La aparición de la escuadra chilena en la bahía cambió su destino.

Participó en el desembarco de Pisagua como cantinera del Tercero de Línea, y en el combate de Dolores decidió pelear fusil en mano con gran eficiencia. Después de las batallas tenía que atender a los enfermos, tanto chilenos como enemigos. Actuó también como lavandera en la cuarta división, donde la sorprendió la sangrienta batalla de Tacna, que obligó a retirarse a las tropas bolivianas. Terminó sus días prácticamente en el anonimato, igual que su predecesora Candelaria Pérez.

La entrada triunfal del general Baquedano a la capital al frente de sus tropas es recordada en forma emocionada por una chilena: «Venía Baquedano, a caballo, de gran uniforme acompañado del Almirante y seguido de más de seis mil soldados. Fue un espectáculo magnífico, que no podré olvidar jamás, sentí entonces revivir en mi alma todo el entusiasmo por los militares que mi mamá, como hija de general de la Independencia, me había imbuido desde pequeña, en recuerdo de su padre y de los demás valientes que nos dieron patria y libertad»³⁸. Otras damas, que eran alegres y gustaban de diversiones, se transformaban con la guerra y a cada triunfo no hacían otra cosa que rezar y mandar decir misas por la victoria, la salud del marido y el alma de los caídos en batalla.

En los delicados problemas limítrofes que vivió Chile con la república Argentina, actúa una figura femenina, doña Emilia Herrera de Toro. Sus intervenciones fueron valiosísimas en bien de nuestras relaciones con el vecino país. A través de la correspondencia que sostuvo con personalidades argentinas, podremos comprender la magnitud de su anónima labor. Ella traspasó los límites de la intimidad y convirtió, con el correr de los años, a doña Emilia en una figura internacional.

«La cuestión de límites está ya pendiente de la sanción del Congreso»; le informaba en carta Lucio López, Ministro del Interior argentino: «el mismo día que allí la mandaba el presidente Montt se mandaba aquí a la Cámara de Senadores. Pronto será sancionada y la obra del patriotismo de los pueblos

³⁸ Martina Barros de Orrego, *Recuerdo de mi Vida*, p. 162. Ediciones Orbe, Santiago, 1952.

será un hecho. La historia dirá que gran parte ha tomado usted en ella, usted la mujer de Sudamérica que más renombre tendrá en la posteridad de las dos naciones cuando el historiador del porvenir estudie las tendencias sociales de las naciones sudamericanas. Decirle señora, que este ministro quiere inspirarse siempre en sus consejos, que necesita de su cariño y amistad para ser feliz y tener acierto, es decirle todo lo que mi corazón siente por usted³⁹.

La demora en los trabajos de delimitación produjo un clima de susceptibilidad entre ambos países. Doña Emilia presta escribía a su amigo Mitre: »¿Qué me dice usted del cacareo de los diarios sobre la guerra que debemos tener? Ahora es la ocasión que los hombres de influjo y valer como usted tomen parte en que tal absurdo no se realice... Se dice ustedes no quieren el arbitraje, sino en tal o cual punto y que pretendemos todo el sur de ustedes, yo me rio de la habladuría de sus diarios, porque deben escribirlos algunos que deberían estar en el manicomio. Amigo mío, hable usted, diga que la justicia y lealtad ante todo, que si hay litigios, vayan todos al arbitraje que es lo racional y justo⁴⁰.

Esta labor fue por fin oficialmente reconocida. Testimonio de ello fueron las expresivas palabras del plenipotenciario argentino Terry en el banquete dado por doña Emilia para festejar los Pactos de Mayo de 1902, que disipaban la atmósfera de tensión que dificultaron la relación entre ambos países: »El éxito ha coronado vuestros esfuerzos de 60 años... vuestro nombre será repetido con cariño y respeto y siempre se recordará en vos a la misionera infatigable y avanzada de la noble causa de la paz«.

La sociedad chilena fue profundamente conmovida por la dolorosa experiencia de una guerra civil, la Revolución de 1891.

Los últimos meses del gobierno de Balmaceda fueron días difíciles para los hogares opositores, cuyos jefes de familia se encontraban en su mayoría enrolados en el ejército del Norte, algunos presos y muchos escondidos, por lo cual las mujeres debieron en muchos casos constituirse en jefes de hogar y soportar continuas presiones y temores, tales como los sorprendidos allanamientos. Las mujeres campesinas y modestas tuvieron también que sufrir las consecuencias del abandono del hogar por sus esposos, que eran reclutados por las fuerzas gobiernistas.

³⁹Teresa Pereira Larrain, *Doña Emilia Herrera de Toro*, p. 51. Memoria de Prueba, Santiago, 1963.

⁴⁰Teresa Pereira Larrain, *Doña Emilia Herrera de Toro*, p. 55. Memoria de Prueba, Santiago, 1963.

Las muchachas mostraban su animosidad al gobierno usando en la muñeca de la mano derecha, una pulsera hecha de una cinta roja con un gran lazo. El intendente de Santiago, molesto con esta actitud, llevó al centro de la capital las mulas de los carretones de basura con las colas trenzadas con huinchas rojas para ponerlas en ridículo.

Hubo mujeres como doña Juana Ross, cuya familia se comprometió en forma decidida con la causa congresista. Sufrió el exilio en el Perú. En carta escrita a su hermana muestra su entusiasmo por el triunfo de la oposición: »En los terribles días que hemos pasado, habría sacrificado con gusto cuanto tenía, aunque hubiera sabido que tendría que mendigar después, con tal de contribuir a la salvación de la patria, que sólo en esos casos comprendemos que es lo que más amamos en la vida«.

La derrota de Balmaceda trajo una secuela de sufrimientos y atropellos a sus familias y partidarios. Sus deudos más cercanos, su madre y su esposa, debieron refugiarse en legaciones extranjeras. La anciana madre del presidente, doña Encarnación Fernández, según el testimonio de sus contemporáneos, no se mezcló en política, pero cuando su hijo fue atacado, mostró un carácter impulsivo y batallador. Sobresalió en los momentos de desgracia por la entereza con que afrontó la salida de su familia al exilio. Con sus 71 años se puso a la cabeza de ese grupo de mujeres solas y de niños, entre ellas su nuera Emilia Toro, para cruzar la cordillera a lomo de mula. Siete días tardaron en llegar a Mendoza y al cabo de una semana de reposo lograron llegar a Buenos Aires, donde se establecieron.

Estas mujeres supieron actuar con valentía y grandeza dejando ejemplos enaltecedores cualquiera fuese la causa que abrazaron en las luchas internas de la nación.

La conducta y actuación a veces heroica y destacada, otras resignada y anónima, van reflejando el modo de ser y la capacidad de respuesta de la mujer chilena en aquellas circunstancias extraordinarias que le tocó vivir en el siglo XIX.

BIBLIOGRAFIA

- AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS. *La Alborada Poética de Chile*. Imprenta Nacional, Stgo., Chile, 1892.
- BARROS DE ORREGO, MARTINA. *Recuerdos de mi Vida*. Ediciones Orbe, Stgo., Chile, 1942.
- BARROS GREZ, DANIEL. *Cuatro Remos*. Editorial Astral, Argentina, 1966.
- BOY, NELSON. *Chili: Sketches of Chili and the chilians during the war. 1879-1880*. Editorial Allen & C.O., London, 1881.
- BRANDAU, MATILDE. *Educación de la Mujer*. Imprenta del Comercio, Stgo., 1902.
- BUNSTER, ENRIQUE. *Bala en Boca*. Editorial del Pacífico, Stgo., Chile, 1973.
- BUNSTER, ENRIQUE. *Casa de Antigüedades*. Editorial del Pacífico, Stgo., Chile, 1972.
- CALDCLEUGH, ALEJANDRO. *Viaje a Chile en 1819, 20 y 21*. Editorial del Pacífico, S.A., Stgo., 1955.
- CASANOVA DE POLANCO, EDUVIGIS. *Educación de la Mujer*. Imprenta de la Patria, Valparaíso, 1871.
- CASANOVA, MARIANO. *Obras Oratorias. Oración fúnebre que pronunció el señor Mariano Casanova en las exequias en la Iglesia de la Merced el 17 de julio de 1867 por el alma de doña Antonia Salas de Errázuriz*. Imprenta Cervantes, Santiago, 1891.
- CIFUENTES, ABDÓN. *Memorias II. 1836-1928*. Editorial Nascimento, Stgo., 1936.
- CÓDIGO CIVIL DE LA REPÚBLICA DE CHILE. 6ª. Edición, Editorial Jurídica de Chile, Stgo., 1975.
- COFFIN, JOHN E. *Diario de un joven norteamericano*. Editorial Francisco de Aguirre, 1968.
- CORTÉS, JOSÉ DOMINGO. *Deberes de la Mujer*. Imprenta de la República, Stgo., Chile, 1872.
- CORTÉS, JOSÉ DOMINGO. *Flores Chilenas: Poesías Líricas*. Imprenta del Ferrocarril, Stgo., 1862.
- COX-STUVEN, MARIANA. *Un Remordimiento*. Imprenta Barcelona, Stgo., 1909.
- DOMEYKO, IGNACIO. *Araucanía y sus Costumbres*. Imprenta Meteoro, Angeles, 1868.
- DOMEYKO, IGNACIO. *Araucanía y sus Habitantes*. Imprenta Chilena, Stgo., 1846.
- ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Tomo XIII. Editorial Nascimento, Stgo.
- ERRÁZURIZ, CRESCENTE. *Algo de lo que he visto*. Editorial Nascimento, Stgo., 1934.
- ESCUTI, RAMÓN. *La Mujer en la Familia*. Imprenta El Jornal, Iquique, 1895.
- EYZAGUIRRE ROUSE, GUILLERMO y ERRÁZURIZ TAGLE, JORGE. *Monografía de una familia obrera de Santiago*. Imprenta Barcelona, Stgo. 1903.
- EYZAGUIRRE, JAIME. *El Conde de la Conquista*. Editorial Jurídica de Chile, Stgo., 1951.
- EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Tomos I y II. 2ª Edición, Editorial Zig-Zag, Stgo., 1973.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. *Viajes Relativos a Chile*. Tomos I y II. Editorial Universitaria, Stgo., 1962.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. *La Abolición de la esclavitud en Chile*. Editorial Universitaria, Stgo., 1973. 2ª edición.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO y PICÓN SALAS, MARIANO. *Imágenes de Chile*. Editorial Nascimento, Stgo., 1933.
- FERNÁNDEZ DE GARCÍA-HUIDOBRO, LUISA. *Oraciones de mi madre para mis hijos*. Imprenta Enc. Chile, Stgo., 1905.
- FUENZALIDA, ALEJANDRO. *La Evolución Social de Chile*. Imprenta Barcelona, Stgo., 1906.
- GAZTÚA DE A., REBECA. *Como decía abuelita...* Imprenta Arancibia, Stgo., 1966.
- GODOY URZÚA, HERNÁN. *Estructura Social de Chile*. Editorial Universitaria, Stgo., 1971.
- GRAHAM, MARY. *Diario de mi residencia en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Stgo., 1971.

- GREZ, VICENTE. *Las Mujeres de la Independencia*. Editorial Zig-Zag, Stgo., Chile, 1966.
- GREZ, VICENTE. *Vida Santiaguina*. Imprenta Gutenberg, Stgo., 1879.
- HAIGH, SAMUEL. *Viaje a Chile, en la época de la Independencia. 1817*. Editorial del Pacífico, Stgo., Chile, 1955.
- HALL, BASILIO. *Viaje a Chile*. Imprenta Universitaria, Stgo., 1906.
- HIDALGO, DELFINA. *La Tolerancia*. Imprenta Patria, Stgo., 1887.
- IRIARTE, TOMÁS DE. *Panoramas Chilenos del siglo XIX*. Ediciones Arcos, Stgo., 1965.
- IRIBARREN CHARLÍN, JORGE. *Perspectiva Folklórica en el medio campesino del valle de Hurtado, provincia de Coquimbo*. Imprenta El Día, La Serena, 1964.
- JOHNSTON, SAMUEL. *Cartas de un tipógrafo yanqui*. Editorial Francisco de Aguirre, Stgo., 1816.
- KLIMPER, FELICITAS. *La Mujer Chilena*. Editorial Andrés Bello, Stgo., Chile, 1962.
- LABARCA, AMANDA. *Historia de la Enseñanza en Chile*. Imprenta Universitaria, Stgo., 1939.
- LABARCA, AMANDA. *¿Adónde va la Mujer*, Editorial Extra, Stgo., 1934.
- LAFOND DE LURCY, GABRIEL. *Viaje a Chile*. Editorial Universitaria, Stgo., 1970.
- LAGO, TOMÁS. *Arte Popular*. Editorial Universitaria, Stgo., 1971, 2ª edición.
- LEÓN NOGUERA, JUAN IGNACIO. *Situación Jurídica de la Mujer*. Memoria de Prueba. Imprenta La Ilustración, Stgo., 1921.
- LONGEVILLE VOWEL, RICHARD. *Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile, durante los años de 1821 a 1829 en viajes relativos a Chile*. Tomo II. Traducido y ordenado por J. Toribio Medina. Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1962.
- MAYNARD, FÉLIX. *Voyages et aventures au Chili*. Paris, Librairie Nouvelle, 1958.
- MARTINEZ, EUGENIA. *Mujeres célebres de Chile*. Imprenta Santiago, Stgo., Chile, 1911.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Literatura Femenina en Chile*. Imprenta Universitaria, Stgo., Chile, 1923.
- MERWIN, C.B. *Three yeras in Chile*. Follet, New York, 1863.
- MIRANDA, ELBA. *La Heredad*. Editorial Zig-Zag, Stgo., 1954.
- MIRANDA, ELBA. *Mujeres Chilenas*. Editorial Nascimento, Stgo., 1940.
- ORREGO DE URIBE, ROSARIO. *Alberto El Jugador*. Valparaíso, 1861.
- ORREGO DE URIBE, ROSARIO. *Teresa*. Imprenta Nascimento, Stgo., 1931.
- PEPPER, CHARLES. *Panamá to Patagonia*. Ed. A.C. Mc. Clury E. Co., Chicago, 1905.
- PÉREZ ROSALES, VICENTE. *Recuerdos del Pasado*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona.
- PINOCHET LE BRUN, TANCREDO. *La Educación de la Mujer*. Imprenta, Litografía y Encuadernación Francia, Stgo., 1908.
- PLATH, ORESTE (seud). *Aportes Folklóricos sobre el tejido a telar en Chile*. Imprenta Fournier, Rancagua, 1970.
- POEPPIG, EDUARD. *Un testigo en la alborada de Chile. 1826-29*. Editorial Zig-Zag, Stgo.
- RADIGUET, MAX. *Viajeros en Chile. Valparaíso y la Sociedad Chilena en 1847*. Editorial del Pacífico, Stgo., 1955.
- ROBINSON, MARIE. *The Republic of Chile*. Philadelphia. George Barrie & Sons. 1904.
- ROUGE, DELIE. *Mis observaciones*. Imprenta New York, Stgo., 1915.
- RUIZ ALDEA, PEDRO. *Tipos y Costumbres*. Editorial Zig-Zag, Stgo., 1947.
- RUSCHENBERG, WILLIAM. *Noticias de Chile. 1831-1832*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1956.
- SCHMIDTMAYER, PETER. *Viaje a Chile a través de los Andes*. Editorial Claridad, Bs. Aires, Argentina, 1947.
- SÈVE, EDOUARD. *La Patria Chilena. Le Chili tel qu'il est*. Imprenta du Mercurio, Valparaíso, 1876.

SILVA CASTRO, RAÚL. *Cartas chilenas siglos XVIII y XIX*. Recopiladas con Introducción y notas por Raúl Silva Castro.

SILVA COTAPOS, CARLOS. *Historia Eclesiástica de Chile*. Imprenta San José, Stgo., 1925.

SMITH, CARMEN. *Mis Memorias*. Editorial Imparcial, Stgo., 1936.

SMITH, EMOND. *Los Araucanos*. Notas de una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile meridional. Santiago, 1915. (Trad. Ricardo Latcham).

STUARDO, CARLOS. *El Liceo de Chile*. Imprenta Universitaria, Stgo., 1950.

SUBERCASEAUX, RAMÓN. *Memorias de Cincuenta Años*. Imprenta Barcelona, Stgo., 1908.

TORNERO, RECAREDO. *Chile Ilustrado*. Imprenta Valparaíso, Stgo., 1872.

TREUTLER, PAUL. *Andanzas de un alemán en Chile. (1851-1863)*. Editorial del Pacífico, Stgo., 1958.

URIBE ECHAVARRÍA, JUAN. *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*. Pineda Libros, Stgo., 2ª Edición. 1974.

VALDÉS, ALEJANDRO. *La Mujer ante las Leyes Chilenas*. Imprenta Ilustración, Stgo., 1922.

VALLE, CARMEN. *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*. Imprenta San Francisco. Padre Las Casas, Stgo., 1937.

VALLE, CARMEN. *Un Alma Cumbre, Juana Ross de Edwards*. Imprenta San Francisco, Stgo., 1944.

VALLEJO, JOSÉ JOAQUÍN (JOTABECHE). *Artículos de Costumbres (1841-1847)*. Imprenta Zig-Zag, Stgo., 1938.

VARIOS. *Actividades Femeninas en Chile*. Imprenta La Ilustración, Stgo., 1928.

VIAL DE UGARTE, MERCEDES (SERAFIA). *Cosas que fueron*. Editorial Zig-Zag, Stgo., 1917.

VICUÑA CIFUENTES, JULIO. *Romances populares y vulgares*. Imprenta Barcelona, Stgo., 1912.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *Crónicas Viñamarinas*. Tall. Gráf. Salesianos, Valparaíso, 1931.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *Crónicas de Valparaíso*. Imprenta Victoria, Valparaíso, 1931.

WALKER, CARLOS. *Historia de la Administración Santa María*. Imprenta Progreso, Stgo., 1889.

WIENER, CHARLES. *Chili et les Chiliens*. Librairie L. Cerf., Paris, 1888.

ZANELLI, LUISA. *Mujeres Chilenas de Letras*. Imprenta Universitaria, Stgo., 1917.

ZAPIOLA, JOSÉ. *Recuerdos de Treinta Años (1810-1840)*. 6ª Edición, Imp. Balcells y Cia., Stgo., 1928.

ZOUROFF, VERA. *Feminismo obrero*. Imprenta El Esfuerzo, Stgo., 1933.

CENSOS

- 1) Censo de 1813 levantado por don Juan Egaña de orden de la Junta de Gobierno formada por los señores Pérez, Infante y Eyzaguirre. Imprenta Chile, Stgo., 1953.
- 2) Censo General de la República de Chile levantado en abril de 1854. Stgo., Imprenta El Ferrocarril, 1858.
- 3) Censo General de la Población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895 y compilado por la Oficina Central de Estadísticas. Stgo., Chile, Imprenta Universitaria de S.A. García, 1904.

PRENSA

- 1) *El Artesano*. Periódico semanal fundado en 1872. Terminó con el N° 234 del 30 de abril de 1876. San Felipe, Imprenta Democrática.
- 2) *El Eco de las Señoras de Santiago*. Periódico semanal fundado en julio de 1865. Terminó sus publicaciones en octubre de 1865.
- 3) *El Ferrocarril*. Periódico semanal. Se revisó el año 1875. Imprenta El Ferrocarril. Santiago

- 4) *La Familia*. Periódico quincenal ilustrado de literaturas, ciencias, artes, modas y conocimientos útiles. Santiago, 1890.
- 5) *La Mujer*. Periódico semanal. Historia, Política, Literatura, Artes, localidad. Imprenta Mercurio, Santiago, 1877.

REVISTAS

- 1) *Anales de la Universidad de Chile*. Fundada en 1843. Revisada desde fecha de fundación hasta 1900.
- 2) *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*. Fundada en Santiago, en 1869. Revisada desde la fecha de fundación hasta 1900.
- 3) *Revista Católica*. Revisada en los años que comprenden el S. XIX.
- 4) *Revista Chilena*. Fundada por Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. 1875 a 1880. Imprenta República, Santiago.
- 5) *Revista Chilena*. Fundada por Enrique Mat- ta Vial. 1917. Tomos I al XV.
- 6) *Revista de Santiago*. Tomo II. N° 46. 1872-73. Imprenta Nacional, Santiago.
- 7) *Revista de Valparaíso*. Periódico quincenal de literatura, artes y ciencias. Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1873.
- 8) *Revista de Chile*. 1881-1882. Santiago.
- 9) *Revista del Pacífico*. 1858 a 1861. Valparaíso.
- 10) *Semanario Musical*. Santiago, Imprenta Ber- lin, 1852. Facultad de Ciencias y Artes Mu- sicales y Escénicas. Departamento de Música de Chile.